IRANTZU VARELA

LO QUE QUEDE

IRANTZU VARELA

LO QUE QUEDE

Irantzu Varela, *Lo que quede*
Editorial Continta Me Tienes, Madrid.

Primera edición: abril, 2024
Segunda edición: abril, 2024
Edición a cargo de Sandra Cendal y Marina Beloki

pp. 250, 14,5 x 21,5 cm.
Depósito legal versión impresa: NA 388-2024
ISBN versión impresa: 978-84-19323-23-1
IBIC: JFFK Feminismo

© Irantzu Varela, 2024
© de esta edición: Continta Me Tienes, 2024

Corrección: Dina Camorino Bua
Maquetación: Marta Vega
Diseño de colección: Marta Azparren

Colección La pasión de Mary Read, 51

Continta Me Tienes
C/ Belmonte de Tajo 55, 3º C
28019, Madrid
91 469 35 12
www.contintametienes.com
info@contintametienes.com
www.facebook.com/ContintaMeTienes
@Continta_mt

a

Arrate, Andrea, Aiala, Ainhoa, Amaia, Arantza, Aitziber, Aran, Alicia, Aura
Baran
Caro, Cristina
Diego
Esti, Eneko, Esther
Furia
Guillermo
Hilda
Ibon, Isabel
Julia, Josune, Jone, Joseba, Juankar
Katrin, Kata, Katixa
Laura, Lucía, Laia, Liliana
Maria, Manuel, Marina
Nerea
Ñ
Oihane, Onintza
Patzu, Paula, Pitu
Q
Rakel, Ruth
Sebastiana, Sandra, Susana, Santa, Saio, Sol
Tania, Tose
U
Viki, Virginie
W
X
Yolanda, Yulia, Yris
Zuriñe

Índice

una especie de prólogo

A
1. ataques de amor y de asma
2. ahora
3. agujeros

B
1. Bazán
2. buena
3. baño de hotel

C
1. contar
2. chica
3. cactus

D
1. desnudas
2. dentro
3. descampado

E
1. esquirol
2. enamorarse
3. ellos

F
1. feliz/foto
2. follar
3. Fuenmayor

G
1. Gea
2. gorda
3. goenagate

H

1. hombres
2. honor
3. Hondarribia

I

1. I de mi maricón
2. ignominia
3. influencer

J

1. Joseba
2. Jaizkibel
3. jazz

K

1. kulebrón
2. Karakas
3. karamelos

L

1. lesbiana
2. lesbiana
3. lesbiana

M

1. Manuel
2. Madonna
3. miedo a Juan sin miedo

N

1. novia
2. nadie
3. naderías

Ñ

1. ñ de mañana
2. ñ de niña
3. ñ de Añana

O

1. o de selva
2. orfidal

3. ósculos

P

1. pueblo
2. páginas
3. psicomotricidad

Q

1. queda
2. queda
3. queda

R

1. Rakel
2. rara
3. respetables

S

1. sardinera
2. sufrir
3. sushi y sake

T

1. taberneras
2. tradiciones
3. trombocitosis esencial

U

1. Urrestizala
2. única
3. uno cualquiera

V

1. Varela
2. violencia
3. verano

W

1. working class real
2. working class hate
3. working class hero

X

1. x de mudanza

2. x antes conocido como twitter
3. ¿xanax o una pistola?

Y

1. yugo
2. yo
3. y todavía lo tiene

Z

1. Zierbena
2. zorras rojas
3. z de puta gorda

bibliografía

queda o escrito, o demais non queda

Emilia Pardo Bazán

Si no creyera en lo que quede,
si no creyera en las que luchan…

Silvio Rodríguez, *La maza*

una especie de prólogo

> Nunca leo prólogos. Me resultan tediosos. Si lo que el autor tiene que decir es tan importante, ¿por qué relegarlo al paratexto? ¿Qué intentan esconder?
>
> Carmen Maria Machado, *En la casa de los sueños*

Me muero del asco y de la rabia de pensar que lo permití
que aguanté
que me callé
que me lo creí
que pensé que era yo la que estaba mal
que pensé que me podían arreglar

Me muero del asco y de la rabia de contar los años que me robaron
de todo lo que no bailé
de todo lo que no follé
de todo lo que no comí
de todo lo que no luché
de todo lo que me quedé

Resucito del asco y de la rabia de saber que sobre la mierda de eso me he construido,
que soy una titana de mierda y cenizas que no tiene miedo,
porque nada es peor.

Resucito
Asco y rabia
titana
mierda y cenizas

Resucito
titana

1. ataques de amor y de asma

La felicidad no puede ser otra cosa que inmoralidad.

BAUDELAIRE

Se me hace raro ser feliz.

Recuerdo destellos y fuegos artificiales y fotos artificiales, pero no me suena haber sido lo que viene siendo feliz. En plan estar tranquila, no querer cambiarlo todo, no esperar a que algo pase, llegue, se vaya, venga, cambie, desaparezca, aparezca, explote, se hunda, me arrastre.

Mirar así un poco por encima cómo estoy, dónde soy y pensar, bueno, pues ni tan mal.

Eso puede considerarse ser feliz, supongo.

Tomo café y escribo con la tele puesta porque me da miedo pensar sola. Es festivo y yo currando, pero ayer no lo era y no hice nada. La culpa se compensa, supongo.

Estoy haciendo lo que siempre he querido y creo que cobraré en algún momento por esto. Tengo un palacio lleno de gente, alquilado a medias con la chavala que ya es lo que yo quiero ser de mayor. Las canas me están saliendo bonitas. Me estoy acostumbrando a ser gorda. Me estoy acostumbrando a hacerme vieja. Perreo hasta el suelo. Tengo amigas que no echan cuentas. Tengo una novia y no quiero matarme ni matarla, como a las otras. Le acabo de pedir el dinero para el alquiler. Ya nunca me despierto de mal humor. Ya casi siempre me despierto sin ansiedad.

A veces me ahogo, pero es por el asma. Me sienta mal el polvo o un espray o el polen o un olor o subir las escaleras o correr o un ataque de risa o fumar y me cuesta respirar. Saco el inhalador del bolso –ya

no me da vergüenza y me lo echo en cualquier sitio–, dos chutes y vuelve el aire. No como antes. Ahora, si no puedo respirar es porque se me cierran los bronquios por algo que viene de fuera y que no tiene que ver con la felicidad o con la falta absoluta y estructural de ella. No como antes.

Me he despertado pronto, porque ella se iba a trabajar, aunque es festivo, y no me gusta dormir sin ella, aunque todavía no sea de día.

No es de día y ya me he reído.

La felicidad es eso, creo.

2. ahora

Artemisa pidió arco y flechas, una jauría de sabuesos

con los que cazar, ninfas para acompañarla,

una túnica suficientemente corta para poder correr con ella puesta,

montañas y naturaleza salvaje como sus dominios especiales y castidad eterna.

JEAN SHINODA BOLEN, *Las diosas de cada mujer*

Ahora me voy. Ya no me quedo.

Antes me quedaba.

Pero ya no.

Me he quedado en tantos sitios, que se me olvidó reconocer cuándo estaba donde quería.

Me he quedado escuchando, callando, fumando a oscuras en la cocina o en el balcón, como si pudiera hacer que –como el humo– lo que me he tragado volviera a salir y se diluyera en el aire, dejando solo mal olor fuera y un poco de veneno dentro. Solo un poco.

Aprendí a tragar pronto, con el primer cigarro. Chupar, aspirar, toser, ahogarse, ponerse malísima, marearse. ¿Pero qué es esta mierda? Y vuelves a probar. Hasta que te acostumbras. Y luego lo necesitas.

Con el dolor y el miedo es igual. Primero te ahogas un poco al tragártelo y luego te acostumbras.

Tragar. Tragar. Creo que soy tan grande porque mucho de lo que he tragado se me ha quedado dentro.

El otro día pesé 100 kilos.

En una báscula con dos decimales, el número era redondo: 100,00 kg. Nunca he estado más gorda, que yo sepa. Y ese número orondo de tres cifras y dos decimales me hizo querer escapar de este cuerpo enorme y meterme en otro en el que la gente no me haga sentirme agradecida por tratarme bien.

No tengo claro cuál es la talla a partir de la cual empiezas a dejar de tener miedo a ser un objeto de deseo y empiezas a dar gracias a la gente por barajar como una idea lejana la posibilidad de desearte, aunque no vayan a hacerlo. Supongo que ya he superado esa talla.

Soy decepcionante. No he leído la mitad de los libros que cito, he vuelto a fumar, no apunto el peso en la app de adelgazar los días que he engordado, bajo las botellas a reciclar de a pocos porque me da vergüenza llevarlas todas juntas, no me acuerdo de con cuánta gente he follado, no me acuerdo de toda la gente con la que he follado, pero tampoco soy tan promiscua como para contarlo en plan zorra heroica y política. Me hice bollera a los cuarenta y dos, me rapé la mitad de la cabeza a los cuarenta y cinco y estoy pensando tatuarme algo, pero no me decido, porque estoy esperando a hacerlo lo suficientemente cerca de la muerte como para que no me dé tiempo a que me dé el agobio de todo lo que imagino perpetuo.

Ahora soy lesbiana.

O siempre lo he sido, yo qué sé.

No acepto opiniones.

3. agujeros

Zu-zu-zu-zuloak gara
salgai merke ta on?
Zu-zu-zu-zuloak gara
Estali nahirik? egon!
ZULOAK, *Zuloak riot*

Nieva muchísimo en Bilbao. Y eso es muy raro. Porque en Bilbao llueve mucho, pero nieva poco.

Hay un clima extraño de desconcierto en el aeropuerto de Loiu, porque este monumento mediocre y carísimo de Calatrava que dicen que es una paloma no está preparado para el viento ni para el mal tiempo, que es el tiempo que hace casi siempre en Bilbao.

Todo el mundo tiene un poco de miedo.

Fuera, intentan quitar la nieve de las alas inertes e intentan quitarnos el miedo a quienes deberíamos viajar con ellas.

Despegamos. Muy tarde. Tan tarde que no llego a Barajas a tiempo para el vuelo a Quito. Odio lo que viene ahora. Buscar un mostrador de Iberia y –detrás de él– a una persona que me explique qué hacer, que me escuche las quejas, que recoja mi enfado, que para eso le pagan. Es una mujer. Finge que le preocupa mi situación, porque para eso le pagan. Mañana hay otro vuelo. Me pagan un hotel en Madrid, o me pagan que vuelva a casa ahora y mañana vuelva a empezar.

Me duele mucho la regla. Muchísimo. Últimamente me duele mucho, como nunca. Como muchas cosas que me duelen como nunca, últimamente. El dolor de regla es extraño, porque no es como si un órgano te estuviera avisando de que le pasa algo malo, es como si tus ovarios te estuvieran avisando de que están ahí, funcionando. Si duele

mucho te parte en dos. Si duele muchísimo, te duele tanto que te duele el coño, que es un agujero, como a la gente que le han amputado un miembro y su hueco les sigue doliendo.

Lo normal sería aceptar el hotel cerca del aeropuerto, meterme en la cama de sábanas blancas planchadas de hotel y esperar a mañana enroscada en mi cuerpo, comiendo comida de hotel y creyéndome historias de mentira en la tele gigante de hotel, para estar ya aquí mañana.

Pero hace mucho que no hago lo normal. Llamo a casa y cuento que tenemos un día más, que la nieve nos ha regalado otra noche juntos que va a aliviar la angustia de los días que íbamos a pasar separados. Otra oportunidad.

Yo sé que no es eso lo que quiero hacer, pero no hago mucho lo que quiero hacer, últimamente.

Con el vale que me han dado, me como un sándwich de cartón envuelto en plástico, cojo el siguiente vuelo de vuelta al Bilbao nevado y me viene a recoger en coche al mismo sitio en que me ha dejado esta mañana. Me siguen doliendo muchísimo los ovarios, pero le digo que solo me duelen un poco. No le digo que me duelen tanto que me duele el coño, que es un agujero.

Llegamos a casa y me pregunta qué voy a hacer de cenar. Me metería a la cama de sábanas negras sin planchar, a enroscarme en mi cuerpo, pero hago patatas al horno y alioli casero falso y digo que sí, que me apetece ver una película, aunque no es cierto. Vemos *Million Dollar Baby*. En castellano, porque él dice que me gustan las pelis en versión original porque soy una esnob, pero es porque él no sabe inglés y, con la presbicia, no lee bien los subtítulos. Supongo que ponerse gafas es de maricones o de blandos. Quiero la espalda, los brazos, la capacidad de dar hostias de Hilary Swank. Él quiere ser Clint Eastwood.

Termina la película y vamos a la cama. Me sigue doliendo muchísimo el coño, que es un agujero.

Se acerca a mí, y me rodea la cintura con su manaza enorme, con esa manera de tocarme de cuando quiere follar, que es casi siempre que

me toca. Le digo que me duele muchísimo la regla, pero no le digo que ni quiero ni puedo follar ahora. Me agarra de la cintura con las dos manos, sonriendo con sus ojos de reptil y fingiendo una ternura automática, coreográfica, extractiva, mientras se inclina sobre mí. Me gira con la fuerza de sus cien kilos y yo me dejo girar con la inercia de mi cuerpo fragilizado, escuálido y dolorido. Estoy bocabajo. Se escupe en la mano, y me mete dos de esos dedos enormes en el culo, abriendo hueco. Se arrodilla detrás de mí y tira de mis caderas muertas hacia atrás y me mete la polla fría de madera por el culo. Su peso me tumba contra el colchón y empieza a empujar, y a cada empujón me duele menos el cuerpo, porque ya no lo siento. Me marcho de ese cuerpo mientras los ojos se me pierden en la puerta de la habitación, que da al pasillo, como si pudiera irme. Me mete dos dedos en la boca mientras hace como que me busca el clítoris con la otra mano. No creo que lo encuentre. No está. Sigue empujando no sé cuánto tiempo.

Al día siguiente me despierto y ya no me duele solo un agujero.

Me lleva al aeropuerto y esta vez sí llego a Barajas a tiempo para el vuelo a Quito.

1. Bazán

La gente siempre atribuye los sucesos a causas
profundas y trascendentales,

sin reparar que a veces nuestro destino lo fijan
las niñerías,

las pequeñeces más pequeñas.

Emilia Pardo Bazán, *El encaje roto*

Llueve a cántaros en A Coruña. Como si fuera Bilbao.

Me despierto pronto, como las insomnes que nos dopamos, y miro llover con un café en una taza de Marilyn en la mano. Conmigo, la pose melancólica no cuela ni sola mirando llover tomando café en una taza de Marilyn.

La cosa no está siendo como imaginaba. Pensaba estar morenísima a estas alturas y haberle sacado todo el partido posible a esta terraza preciosa y llena de plantas, que da al puerto y a ese Cantábrico que me late dentro. Pero ahora, miro el pareo empaparse en la hamaca vacía, la crema solar (protección treinta, soy una optimista) refugiarse debajo y sufro por si la sombrilla cerrada aguantará el vendaval. Qué extrañas y tristes resultan las cosas de verano cuando llueve, ¿no? Es muy pronto para escribir e incluso para leer, así que pruebo con la colección de películas de I, que me acoge en su casa, como las señoras victorianas que somos, que se hacen de anfitrionas y de invitadas. *La dolce vita, Qué bello es vivir…* buf, mucha intensidad para estas horas. ¡*Tomates verdes fritos*! Hecho.

La relación lésbica me parece demasiado implícita, el discurso antirracista demasiado cómodo y el trasfondo feminista demasiado apolítico, pero es un clásico por algo. Qué bonita esa cosa de que las heridas de unas sean las fortalezas de otras.

La peli es larguísima, así que tengo que ducharme y vestirme rápido para llegar a tiempo a la visita guiada en la casa de Emilia Pardo Bazán. Por la pandemia, las visitas son individuales y llegar tarde sería un poco como darle plantón a la guía. Y yo no doy plantones. Ojalá los hubiera dado.

Adoro ese camino desde casa de I. Primero, me encanta salir de ese portal bonito, céntrico y burgués. Tengo disforia de clase y me gusta que me vean en situaciones en las que puedo ser confundida con la propietaria o habitante de moradas que yo no me puedo permitir, pero mis amigos sí. Y me encanta decidir si giro por el callejón estrecho, donde está el restaurante italiano, que termina en una esquina también estrecha que se abre de golpe a ese puerto coruñés precioso –y que tengo tan visto, gracias a la terraza de I– y paseo tranquilamente: a un lado los botes, los veleros, los yates (discretos, joder, que son gallegos) y a otro lado los restaurantes falsos, con marisco congelado y paella comprada hecha y vino blanco injustamente caro, esos que hay ya en todas las ciudades; o si sigo andando por la calle que da a la plaza, con su crepería de mentira, su tienda de croquetas falsas y sus locales pequeños de cadenas textiles grandes, y atravieso esa plaza preciosa, que parece construida solo para rodear la estatua de María Pita, la campesina valiente –y parece que promiscua– que ganó una batalla y evitó la invasión de A Coruña porque los ingleses habían matado a su marido. Me decido por la orilla del mar. Las mujeres valientes y promiscuas me gustan más vivas.

Incluso con el paseo y la pérdida entre calles, llego a tiempo.

Es el primer día de trabajo de la guía, que es becaria. Su entusiasmo me da algo de pena, pero me entrego. En la entrada del museo que es la casa de Emilia Pardo Bazán, escrito en letras rojas en el suelo, en gallego: «*queda o escrito, o demais non queda*». Ya tengo título.

Después de la visita, me siento en la librería que se ve desde la casa de Emilia, la que vería ella si viviera ahora y mirara por la ventana de su habitación, justo donde tenía el escritorio en el que escribió todo lo que queda.

En Berbiriana hay muchos libros y un par de mesas, abro el portátil y me pido una cerveza. Quiero escribir pero me distraigo mirando los lomos de los libros y sueño en que algún día ponga Varela en uno de ellos. Y que sea yo.

2. buena

Yo ya no estoy pa' tu mierda.

Bad Gyal, *Zorra*

Buena chica. Ser buena. Estar buena.

Adelgazar, callarse, sentarse, tumbarse, mirar, sonreír, abrir las piernas, cerrarlas, moverse, quedarse quieta.

Comer poco, hablar poco, quejarse poco, reírse bajito, hablar bajito, sostener las miradas solo unos segundos, responder si te preguntan, hablar solo si te preguntan.

Fingir orgasmos, provocar orgasmos, tragarte la lefa, no manchar al correrte, no manchar, no empeñarte en correrte, apañártelas tú cuando se corra, no parar hasta que no se corra, parar cuando se corra.

Buenas tetas, buena en la cama, buena madre, buena ama de casa, buena amiga, buena persona, buena cristiana, buena mujer, buena cocinera, buena hija, buena esposa, buena currela.

Poca carne, poca grasa, poca pereza, poca lujuria, poco tiempo, poca gula, poco capricho, poca chulería, poco lucirte, poca soberbia, poca ambición, poca bronca, poca avaricia, pocas cosas tuyas, poca ira, poca amiga, poca envidia, poca cosa.

Buena para todo menos para ti. Buena para todos menos para ti.

Ya voy yo no me cuesta nada no importa vale lo que tú quieras lo que decidáis sí.

Sí.

Sí.

Sí a todo.

Sí.

Que sí.

Sí.

3. baño de hotel

Somos el sexo del miedo, de la humillación, el sexo extranjero.

VIRGINIE DESPENTES, *Teoría King Kong*

La primera vez que me levantó la mano llevábamos seis meses y estábamos en un hotel, en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México.

No me acuerdo por qué fue. Casi nunca me acuerdo de por qué. Pero me acuerdo de que estaba sentado en la cama, en penumbra, con la espalda apoyada en la cabecera y los pies sobre la colcha, con cara de estar enfadado, que es su cara de siempre, y yo sentada a sus pies, al borde de la cama, pidiéndole explicaciones o perdón o que me hablara o que me mirara, que es mi estado de siempre. Y entonces me miró con sus ojos de reptil y se incorporó y se me acercó de golpe y levantó el puño y me lo puso en la cara, lo justo como para que no viera otra cosa. Lo justo como para no reventarme la cara.

Diría que nunca se me olvidó ese puño, pero no es verdad.

Es la primera vez que veo su puño tan cerca. Es la misma mano enorme que usa para cederme el culo y follarme como le gusta y la que me mete dentro de la ropa hasta tocarme el coño cuando le da la gana, aunque estemos en la calle o con gente, y aunque le haya dicho que no me gusta. La mano que a mi madre y mi tía les pareció sexi por cómo me agarraba de la cintura en una foto de las que tenemos en la mesilla de la cama en la que me folla.

Pero esta vez está cerrada y apretando fuerte los nudillos para contener las ganas de estampármela en la cara, que se le notan. Me paralizo, me parto en dos, me disocio y me empiezo a desenfocar por

dentro, como Robin Williams en *Desmontando a Harry*, pero sin las risas.

No sé qué pasa después, pero estoy encerrada en el baño de la habitación del hotel, hecha una bola en el suelo y llorando como una niña pequeña, que es como yo sé llorar, repitiendo algo que no recuerdo obsesivamente. Será «me quiero ir» o algo así, pero lo he borrado tan bien que no lo encuentro. Me duermo.

Me despierto en el suelo del baño, en bragas, como las chicas tontas de las películas misóginas, que son casi todas, o como Beatrix Kiddo en *Kill Bill II* cuando se da cuenta de que ha matado a Bill. Me duele el cuerpo y tengo frío, porque he pasado la noche hecha una bola en el suelo de azulejo. Abro la puerta despacio y veo la habitación vacía. Mientras me estoy duchando, vuelve. Se asoma a la puerta del baño y me dice que me invita a desayunar. Comemos huevos al albañil en silencio y me regala unos pendientes preciosos de plata y turquesa, que pesan muchísimo. Los ha comprado esa mañana. Paseamos por esas calles llenas de extranjeros que fingen no sentirse superiores y me promete que no va a volver a pasar.

No es verdad.

Los pendientes todavía los tengo.

1. contar

Escribo desde la fealdad, y para las feas, las viejas, las camioneras, las frígidas,

las mal folladas, las infollables, las histéricas, las taradas,

todas las excluidas del gran mercado de la buena chica.

VIRGINIE DESPENTES, *Teoría King Kong*

No sé muy bien cómo ha pasado. Como casi todo en mi vida.

La cosa es que estoy sentada en mi torre, en la mesa de camping que compré para ir de camping, pero que uso para el ordenador de sobremesa en el que escribo. Normalmente mails. Y ahora, un libro.

Siempre he querido escribir. Cuando no sabía escribir jugaba con la Olivetti de Y a que escribía, pero no me dejaba apretar las teclas hasta el fondo, para que no malgastara tinta en letras que no significaban nada. Aprendí a escribir y a tener miedo a no hacer las cosas bien y a lo que opinara la gente y aquí estoy, con cuarenta y nueve años, cuatro tatuajes, y escribiendo un libro sobre escribir un libro y las cosas malas que me han pasado en la vida y las cosas buenas que me pasan ahora y lo difícil que resulta disfrutar de las cosas buenas que te pasan cuando te han pasado cosas malas.

¿Y de qué va el libro? Casi siempre me invento la respuesta. Porque yo no sé contar cosas. Bueno, sí sé contar cosas, pero en plan que te cuento una cosa que me pasó (o no) y puede que fuera una bobada pero yo te la cuento como una aventura y le voy a poner emoción y le voy a poner épica y le voy a poner risas y va a ser una gran historia, al menos mientras te la estoy contando. Pero contar en plan inventarme

personajes y tramas y paisajes y contextos, no sé. Y menos, escribiendo.

Yo escribo para no tomar orfidales, para no beber sola en casa, para no asustarme de lo que oigo en mi cabeza, para no ir a contarle mis penas a mis amigas, que están poniendo sus muebles en «ofertas gaztetxeras» después de la última mudanza. Por eso escribo sobre mí, sobre lo que me da dolor de cabeza y sobre lo que me da insomnio y sobre lo que me da rabia y sobre lo que me da pena y sobre lo que me da impotencia y sobre lo que me da la gana. Y escribo, sin permiso, sobre la gente que me rodea. Pero no porque quiera, sino porque me hace falta para mi historia.

Pues de qué va a ir, pues de mí. De mi ira y mi rabia, que son las emociones que relato y admito. De las otras emociones no va porque no las cuento. Aunque lo expliquen todo.

2. chica

And for my healing wits
I've been called a witch.
I've crackled in the fire
And been called a liar.
I've died so many times
I'm only just coming to life.
Neneh Cherry, *Woman*

Para cuando sabes que eres una chica ya no eres capaz de explicar qué es eso.

No es una idea o algo que puedas aprender o una receta o una guía o una enciclopedia o una fórmula o una verdad. Eres.

Te lo dicen, sobre todo. Te miran, se te acercan mucho para hablarte, te miran el cuerpo, hablan de tu cuerpo. Te miran las tetas. Las tetas las tetas las tetas. Te salen las tetas sin que te des cuenta y todo el mundo se da cuenta. Hablan de ellas, las dibujan, las intentan tocar, las quieren tocar, las tocan. Son un pase a que te miren, a que te quieran tocar, a que crean que te pueden tocar. Ser una chica es eso, que te quieran tocar, que te puedan tocar.

Tú eres la misma de siempre por dentro pero no importa, importa tu cuerpo. Qué flaca, qué alta, qué guapa, qué es esa tripita, qué pequeñita, menuda nariz. Ponte esto, no te pongas eso, ponte aquí, ponte así, mira aquí, no pongas esa cara, sonríe. No hagas nada de lo que hacías antes tranquilamente porque ya no puedes hacer eso porque ahora tienes que SER UNA CHICA. No corras, no saltes, no grites, baja de ahí, límpiate, no te manches, tápate, dónde vas así, pareces un chico, toma este que es de chica, dame ese. De chica es

todo lo que no te deja hacer lo que hacías antes tranquilamente. Ponte esta más prieta, píntate un poco, átate ese botón, ven aquí, dónde vas zorra, pero si pareces un chico, pero si pareces una puta, pero si pareces una cría, pero si pareces lo que no eres. No solo hay que serlo, hay que parecerlo.

Una chica. Una. Cualquiera. Una chica cualquiera. Una cualquiera.

3. cactus

El mundo entero es un parásito del amor de las mujeres.

Isabel Calderón, *Deforme semanal ideal total*

Compramos un cactus en Ikea hace cinco meses. De esos que parecen del desierto de Arizona, aunque los haya en muchos desiertos y en Lanzarote.

Hoy salgo de viaje de trabajo otra vez. Con el mismo compañero de trabajo que le pone celoso, otra vez. Tiene mirada de reptil y eso siempre es malo. Para mí.

Me lleva al aeropuerto y en el coche está inusualmente inquieto, inusualmente callado, hasta para ser él. Me da miedo preguntarle qué le pasa, pero me da más miedo no preguntárselo.

–¿Qué te pasa?

–Nada.

–Algo te pasa.

–Da igual.

–No, no da igual, dime qué te pasa.

(Silencio denso que se me pega al cuerpo…)

–Creo que es mejor que no sigamos juntos.

(Me estalla la cabeza. Me ahogo. Quiero vomitar)

–Pero ¿por qué dices eso?

–No creo que seas capaz de tener un proyecto de vida en común.

(Me estalla la cabeza. Me ahogo. Quiero vomitar).

–Pero ¿por qué dices eso?

–No eres capaz de cuidar de nada.

–¿Yo? Pero ¿de qué tenía que cuidar?

–Da igual.

–¡No da igual! ¿Por qué dices eso?

(Ya estoy desquiciada. Otra vez).

–No has regado el cactus.

(Presión metálica en la cabeza, se me pegan los dientes, solo veo blanco).

–¿Qué?

–Que no has regado el cactus. ¿Cómo voy a tener un proyecto común contigo, si no eres capaz ni de cuidar un cactus?

Me escucho a mí misma decir que la chica de Ikea nos dijo que había que regar el cactus cada seis meses y que solo han pasado cinco, que no he tenido oportunidad todavía de no regar el cactus, porque todavía no ha tocado regar el puto cactus.

Le escucho decir que da igual, que él sabe que –llegado el momento– no me iba a acordar de regarlo.

Me escucho preguntarme en mi cabeza en qué momento habíamos decidido que el cactus lo tenía que regar yo. Pero no me escucho preguntárselo.

Me deja en la puerta de entrada al aeropuerto y se marcha sin despedirse.

Me voy quince días a Angola y no sé si tengo que regar el cactus a la vuelta.

1. desnudas

No se puede dedicar el alma a acumular
intentos.

SHAKIRA, *No*

Leo *Las madres no* tumbada en la hamaca al lado de la piscina y le mando un audio a Katixa, porque me parece la mejor definición de amor que he leído nunca. Y la que no he visto nunca. Y la que no había sentido tan cerca nunca.

«La embriaguez sin el sufrimiento y el bienestar sin la tibieza». Su puta madre. Quién lo pillara. Quién no se quedaría a vivir ahí, en vez de empalmar embriagueces y resacas año tras año, cuerpo tras cuerpo, intento tras intento.

La miro leer *Stone Butch Blues*, ensimismada, desnuda, quemándose un poco la piel blanquísima y me parece que estuviéramos en la pecera de unas gigantas que tuvieran bolleras pequeñitas de mascotas y que nos compraran terrarios con piscinas diminutas y hamacas a escala de nuestros cuerpos chiquitines y que nos dieran libros bonitos que nos hicieran creernos felices mientras jugamos a ser personas de verdad y ellas nos miran y ponen cara tierna. Ojalá no se aburran de nosotras, ni metan otra bollerita pequeñita en el terrario, ni nos metan en otro terrario, especialmente en ese de cielo gris y lluvia perenne y lleno de ex que nosotras llamamos Bilbao.

Miro los aloe vera y los cactus que hacen de jardín alrededor de la piscina y sus pies enormes de alta espatarrados en la hamaca y siento una placidez que se parece tanto a la definición de Katixa que me asusta, no, me da vértigo, un poco como un síndrome de Stendhal emocional que no quiero que se pase.

Casi no oigo los coches que pasan por la carretera al otro lado de la valla metálica cubierta con rafia negra mal puesta porque he aprendido a ver lo que me gusta y a que eso esconda todo lo que no, y las pocas veces que lo consigo soy lo más parecido a feliz que recuerdo.

Me tiro de cabeza al agua y vuelvo a pensar, como siempre que lo hago (menos aquella vez que me tiré desde una piedra en un río en Venezuela y me estampé contra una montaña de arena, justo cuando iba a pensarlo), que es la sensación más placentera que existe. Meter la cabeza seca y caliente, de golpe y con violencia, en agua fría, con el único objetivo de hundirse y salir hacia la luz –como Carol Anne en *Poltergeist*, pero acabando bien– es la sensación que más me gusta. Más que comer almendras recién tostadas en la sartén, más que cagar sólido sin esfuerzo y más que casi todos los polvos que he echado.

Apoyo los codos en el borde de la piscina y la cara en uno de los brazos, mientras la miro haciéndome la sexi. ¿Ponemos esas poses porque se las hemos visto a Denise Richards en *Juegos salvajes* o es que esas posturas son realmente sexis? ¿Eh? Da igual porque no me ve. Un rato más tarde, levanta un poco los ojos del libro y me mira y sonríe con ternura, pero no percibo lujuria.

Luego se mete en el agua conmigo y resulta que sí.

2. dentro

Artemisa estaba acompañada por un grupo de
ninfas […].

No se hallaban limitadas por las tareas
domésticas,

las modas o las ideas de lo que las mujeres
«deben» hacer

y estaban más allá del control de los hombres o
de las preferencias masculinas.

JEAN SHINODA BOLEN, *Las diosas de cada mujer*

Con mujeres también duele. Y también lloras. Pero es, no sé… es otra cosa.

No me gustan los hombres. Y yo a ellos se suponía que sí, pero no parece.

Si miro hacia atrás, todo el dolor que he sentido en la vida ha sido culpa de algún hombre.

No el de ovarios, ni el de muelas, claro. Ni el de la ciática, cuando me rescataron los bomberos, cuatro ertzainas, tres camilleros, una médica y una enfermera, del suelo de mi habitación, inmóvil, desnuda y con el culo en pompa.

Me refiero al otro dolor. Al que sabes que nunca se va a pasar.

Me refiero a ese dolor que te hace cínica, triste, borracha. El que te hace fingir que no eres una cínica triste, siempre que no estás borracha.

Si tuviera una cicatriz por cada herida que me ha hecho un tío, sería como un torero de mierda, pero con vocación asesina, que sigue toreando y creyendo que en esta corrida no le van a dar una cornada.

O como una detenida camino a la Audiencia Nacional, molida a palos, pero que hace como que no le duele.

Y no hablo de amor. Hablo de odio.

Como ellos.

3. descampado

Ser macho es ser deficiente, limitado emocionalmente.

La masculinidad es una enfermedad carencial

y los machos están lisiados desde el punto de vista emocional.

Valerie Solanas, *Manifiesto SCUM*

Yo tengo diecinueve y él veintiocho. Yo nunca he mantenido relaciones sexuales con penetración vaginal, así que –supongo– que el tribunal de La Rota me consideraría virgen.

Siempre va con traje y corbata, aunque no tengo claro en qué trabaja. En su casa creen que está estudiando Físicas, pero lo dejó el curso pasado, y a la gente le cuenta que trabaja en el negocio familiar.

Siempre tiene dinero, tiene un coche grande y vive en doctor Areilza con sus padres, que tienen una galería de arte, y tiene tres nombres de pila, así que supongo que tiene pasta. Siempre habla de invitarme a cenar y de viajar, pero todavía no hemos ido.

Vamos mucho a un descampado cerca de la universidad donde estudio y donde su familia cree que estudia. Aparca y me hace un dedo, sin movernos del asiento, o yo le hago una paja o se la chupo. Sin besarnos. Pero lo que más le gusta es que me desnude y él no, y pasarme un cuchillo enorme y dentado, con la empuñadura de camuflaje, por todo el cuerpo, apretando lo justo como para darme miedo sin hacerme sangrar. A veces le gusta tanto que se hace una paja haciéndolo y luego se me corre encima.

Una amiga mía dice que su novio le conoce y que tiene novia desde hace años, pero él dice que no.

Hoy vamos a hacer algo especial. Me lleva a la galería de arte de sus padres, que está en el mismo edificio que su casa, en los bajos. Abre vino y me enseña los cuadros y me dice que uno con una mujer desnuda es de Sorolla y yo me lo creo. Debajo del cuadro hay un sofá de cuero negro. Me besa y me tumba en él y me dice te quiero por primera vez y me baja las bragas y me penetra y segundos después se me corre dentro.

Mi primera vez.

Me lleva a casa. Te llamo mañana.

No lo hace.

Nunca.

1. esquirol

No quiero a nadie debajo de mí, ya estoy
bastante abajo.

ESPERANZA, *La sal de la tierra*

Aprendí lo que era un esquirol sentada en el sofá de casa de mi madre y mi padre. En ese sofá de tres plazas, en el que cabíamos justo justo las tres, sentadas, erguidas, con los cuerpos chocando inevitablemente. Yo en el medio. No era cómodo. Nunca he entendido por qué no teníamos un sofá más grande, donde poder tumbarnos o no tocarnos. Nunca he vuelto a ver la tele sentada desde que me marché de casa.

Estábamos viendo lo que echaban en la tele, y en la tele echaban una película italiana, en blanco y negro. Un grupo de hombres enfadados rodeaba a un grupo de hombres asustados que marchaban con la cabeza gacha. Uno de los enfadados escupió a uno de los otros en la cara y le gritó ¡esquirol!

–Aita, ¿qué es un esquirol?

–Un hijo de puta.

De mayor he entendido la mierda patriarcal y putófoba que arrastra esa expresión, pero siendo pequeña, me quedó claro que era una cosa muy mala que no había que ser. Y que mi padre, pedagógicamente hablando, tenía muchas áreas de mejora.

Aprendí lo que era una huelga en esa misma casa. Mi padre era obrero de una fábrica de las que construyeron el pueblo en el que crecí. A principios del siglo xx, Basauri era un pueblo rural con menos de mil habitantes. Cuando yo estaba creciendo, en los ochenta, éramos más de cincuenta mil. La gente había venido de sitios –todavía– más pobres a trabajar en las fábricas que se construyeron en torno al río y

nuestras casas se apelotonaron alrededor de las fábricas y allí nos quedamos, y así construimos el pueblo.

En la fábrica donde trabajaba mi padre había problemas y mi padre era delegado sindical y tenía muchas reuniones y venían a casa otros hombres como él, obreros y barbudos, y fumaban ducados y farias y hablaban muy alto y también se reían y a veces cantaban las canciones que ahora cantamos en las comidas familiares cuando ya estamos pedo.

Un día me llevó a una asamblea en la fábrica y yo nunca había visto tantos hombres juntos. Casi todos barbudos. Fumaban y hablaban altísimo y a veces se aplaudían o se enfadaban un poco entre ellos, pero –en general– parecían estar bastante de acuerdo.

Como mi padre tenía que sentarse en la mesa donde estaban los que hablaban más, yo me senté entre los que estaban en sillas. Para que no se dieran cuenta de que era una niña, di la vuelta a la silla y me senté apoyando los brazos cruzados y la barbilla en el respaldo. Creo que funcionó, porque nadie me hizo caso.

Me enteré de que iban a hacer huelga cuando se lo contó a mi madre. Ella parecía preocupada, pero no dijo nada. Esas semanas me lo pasé muy bien. Supongo que ella y él, no. Cuando salía del cole, tenía que ir al local que alguien les había prestado, convertido en txosna, donde mi madre y las otras mujeres de los otros hombres barbudos hacían pintxos de chorizo, de morcilla y de tortilla. Servían chatos de vino para acompañar y Trina para quienes no teníamos edad. Pero mi Ama solo me dejaba tomar agua, porque había que sacar dinero ahora que los hombres no estaban cobrando. Tortilla sí me daba, que estaba creciendo.

Cuando llegaban los hombres de la asamblea, se cerraba la txosna y salíamos a la calle, cantando y gritando. Mis primeras manis. Él me sentaba en sus hombros, a burrukutxus, y yo cantaba y gritaba como él y como ella, aunque no me sabía algunas canciones.

La primera vez que escuché «Obrero despedido, patrón colgado» fue de su boca, conmigo sentada en sus hombros.

2. enamorarse

olvidar el provecho, amar el daño
creer que un cielo en un infierno cabe
dar la vida y el alma a un desengaño
esto es amor, quien lo probó lo sabe.
Lope De Vega, *Desmayarse*

Sé que me he enamorado varias veces, pero también sé que no creo que me haya enamorado de las personas de las que me he enamorado, sino de las personas que yo me he inventado que eran las personas de las que me había enamorado. No ha acabado bien.

El problema de los enamoramientos es que no suelen acabar a la vez. Una de las dos personas se desenamora, se enamora de otra (que es un poco lo mismo) o se muere. Y eso es una putada.

Que se muera no lo he probado, pero todo lo demás sí. Casi siempre, he sido yo la que se desenamora de otra.

Sé lo que sienten quienes escriben las canciones y los libros y los guiones, porque yo me enamoro como como: con ansia y con un hedonismo forzado. Algunos primeros mordiscos me han parecido la explosión del Big Bang en mis papilas y algunos mordiscos me han parecido la explosión del Big Bang en mi coño. Por eso estoy gorda y herida. Porque no aprendo. Porque –hasta hace poco– no quería aprender. Y así ni se adelgaza ni se avanza.

Siempre me enamoro igual: encuentro a un animal herido que me desprecia un poco y que me despierta toda la ternura de la que soy capaz (o eso creo) y mi vida se convierte en una ginkana para alcanzar la felicidad. La que yo me invento. La suya.

Los fuegos artificiales constantes, los fuegos constantes, los artificios constantes, la complacencia constante, la infelicidad constante. Y se acaba y me aburro y me enamoro de otra.

La última vez que me he enamorado no había desprecio, y al principio no sabía qué hacer con eso. Resulta que sin fuegos artificiales no te aburres, si no estás mirando al cielo.

3. ellos

Fascista y macho son para mí sinónimos.

Cristina Morales, *Lectura fácil*

Están ahí. Te los encuentras en cualquier sitio. En la calle, en el trabajo, en casa, en el metro, en los bares, en la tele, en el banco, en el ambulatorio, en las ferreterías, detrás de las ventanillas, cuando vuelves a casa de noche, en los coches de alrededor, en las tiendas de teléfonos. Vienen a arreglarte el wifi, a traerte cartas certificadas que no traen buenas noticias. Te enmarcan los cuadros, te venden tabaco, te follan, te contratan, te despiden, te regatean, te entran, te detienen, te toman declaración, te insultan, te piropean, te asustan, te defienden, se pelean por ti, te pegan, se pegan. Parece que son más. Muchos más. Parece que son todos. Parece que lo hacen todo.

El director de la sucursal de la caja de ahorros de mi barrio que me negó el crédito y le gustó hacerlo. El que me agarró muy fuerte del cuello y me tiró al suelo para quitarme el bolso. El policía que me confundió con una puta y no me ayudó, cuando uno me agarró muy fuerte del cuello y me tiró al suelo para quitarme el bolso. El policía que dijo que, cuando me violaran, iba a ir corriendo a pedirles ayuda, porque a las mujeres como yo las acaban violando. Como si no me hubieran violado ya. Mi jefe, el catedrático de Economía de izquierdas que me dijo que tenía que asumir las consecuencias de ir a trabajar vestida de forma tan provocativa, refiriéndose a lo que le provocaba a él. Mi jefe, el que me pedía que no fuera a trabajar a la barra del bar con escote, porque le daban mucho asco los comentarios que tenía que aguantar él de sus amigos. Mi jefe, el que me llamaba «el volcán» cuando trabajaba en su bar, supongo que porque le ponía a él en erupción. El vendedor de coches usados que hablaba solo con el hombre que me acompañaba a comprar un coche usado. El vendedor

de coches nuevos que hablaba solo con el hombre con el que iba a comprarme un coche nuevo. Los que me dan indicaciones que no he pedido cuando aparco un coche nuevo o usado. El que me dijo que no le hacía feliz, cuando creía que lo único que me importaba era eso. El que me dijo mañana te llamo, y hasta hoy. El que insistió en no usar condón. El que insistió en metérmela por el culo, aunque me hiciera daño. El que me la metió por el culo y me hizo daño. El amante que, cuando le dejé por otra, me propuso que hiciéramos un trío. El amante de mi amiga que me dijo que, esa noche, se iba a hacer una paja con mis tetas. El amante al que dejé y me pidió el teléfono de alguna de mis amigas, cualquiera. Los que me gritan cosas por la calle. Los que creen que lo peor que pueden decirme es que no quieren follarme. Los que creen que lo mejor que pueden decirme es que quieren follarme. Y los que se me han olvidado.

1. feliz/foto

Amor. La palabra difícil. Donde todo empieza, a
donde siempre volvemos.

Amor. Falta de amor. La posibilidad del amor.

Jeanette Winterson,
¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal?

Dice mi terapeuta que yo me he empeñado en la foto. Que me he emperrado en que mi vida sea fotogénica y que me he negado a mí con tal de conseguirlo.

Por eso me enamoré/empeciné/emperré/empeñé de/con un bombero que en su tiempo libre –que no dedicaba a joder(le la vida) a mujeres– trabajaba en los campos de refugio del pueblo saharaui.

Por eso me pasé noches escuchándole hablar de sí mismo y de su farsa de vida bajo las estrellas abrumadoras del patio de Protocolo, el rectángulo de habitaciones de adobe en el que nos quedamos cada vez que fuimos a los campamentos saharauis. Por eso me pasé noches fumando y llorando a la vez en la cocina a oscuras en aquella casa que compró para encerrarme, con el dinero que le dio su padre, al que odiaba.

Por eso me pasé todas las horas libres de los dos años que tardó en convertir un local comercial en un loft ayudándole a poner cable, pladur, azulejos, montando muebles, eligiendo interruptores, grifos, lámparas, ventanas, herramientas, haciéndolo todo mal. Por eso chuleaba con mis amigas de esa casa enorme que había pensado sin haber soñado, doscientos cincuenta metros cuadrados de luz, líneas rectas, detalles especiales y preciosos que yo había elegido, tensión, tristeza y pena de muerte, que pensaba que yo había elegido.

Por eso me enterré cada fin de semana, en cuanto acabamos la obra, en un pueblo enano y precioso lleno de fundamentalistas del Opus Dei pobre y me tumbaba a leer desnuda en una hamaca mientras él jugaba a hombre de verdad en «nuestro» viñedo.

Por eso me olvidé de todos los mensajes, las llamadas, las burlas de las mujeres a las que se follaba. Por eso no entendí hasta hace poco de quién eran los mellizos de aquella chica que nos miraba en plan Glenn Close en *Atracción fatal* desde la acera de enfrente de la oficina del Gobierno Vasco el día que nos hicimos pareja de hecho.

Por eso dejé que me follara como si fuera una muñeca inerte sin sentido del tacto, cada vez que le pillaba en algo que no tenía otra explicación más que el que me la estaba liando.

Por eso hacía como que era feliz viviendo en un loft gigante en pleno casco viejo, con un bombero canoso y fuerte con el que me iba cada fin de semana a nuestro viñedo en un pueblo pequeño. Era delgada y teníamos coche, moto y un perro. La felicidad era eso. Todo el mundo estaba de acuerdo.

Me parece que hace poco entendí que ahí me había muerto. Y que todos estos años he estado como Beatrix Kiddo, enterrada viva por alguien que creía que no era capaz de romper el ataúd a puñetazos. Sucia, con los nudillos sangrando, al borde de la asfixia, llena de rabia y con sed de venganza, así salgo en esa foto.

Pero salgo.

2. follar

[…] y de nuevo por las noches esta cama tan vacía
y la lleno con historias, aventuras y malicias
luego viene su recuerdo y su canción de despedida
y me encuentro noche a noche en el punto de partida.

Rocío Jurado, *En el punto de partida*

Follar porque sí. Follar por follar.

Follar por no llorar. Follar por no pensar. Follar por no cortar. Follar por no hablar. Follar por no hablar de no follar.

Follar con cualquiera. Follar en cualquier sitio. Follar y no acordarse. Follar para no acordarse.

Follar para que alguien te toque. Follar para tocar. Follar para creerte que alguien te quiere tocar. Follar para convencerte de que sigues queriendo tocar a alguien.

Follar para que te vean. Follar para que te quieran. Follar para sentir algo. Follar para no sentir lo que sientes.

Follar y llorar. Follar y cerrar los ojos para pensar en otro. Follar y abrir los ojos para ver con quién estás follando.

Follar para correrse, y no correrse.

Follar sin ganas.

Follar borracha. Beber para follar. Follar drogada. Droga para follar.

Follar sin amor. Follar por amor. Follar en vez de amor.

Follar.

3. Fuenmayor

Me gusta ser una zorra.

Las Vulpes, *Me gusta ser una zorra*

Allí fue la primera vez que me llamaron puta. También fue allí donde me besaron con lengua por primera vez, el mismo chico que el verano anterior me tiraba de las coletas. Pero ese no fue.

Recuerdo perfectamente al primero que me llamó puta. Era un niño. Y yo una niña. Recuerdo dónde me lo dijo. Era en la parte de atrás de la iglesia de Fuenmayor.

La iglesia es enorme, desproporcionadamente grande respecto al pueblo, como la mayoría de las iglesias de pueblo. De color de piedra rojiza. Y tiene un nido de cigüeñas en la torre. Como siempre que íbamos era verano, siempre había cigüeñas, así que tardé tiempo en enterarme de que eran veraneantes, como nosotras. Está rodeada por un parque y un frontón. En el frontón, en las noches de verano ponen películas de Cleopatra Jones, que es una señora estupenda, divina y con unos looks increíbles, que da unas hostias que flipas y tiene un montón de armas. Con el tiempo he entendido que formaba parte de una corriente cultural de hipersexualización de las personas negras, muy cercana al racismo. Con el tiempo he entendido que esas películas me gustaban tanto porque me gustaba la señora, y también un poco por las hostias que daba y por las armas.

A la salida del frontón, detrás de la iglesia, un grupo de niñas y niños estamos jugando a cosas de niños. La mayoría somos veraneantes. Las niñas y niños del pueblo siempre tienen algo que hacer, porque su madre o su padre necesitan ayuda en el campo o en la panadería o en el bar o en casa. Entre los veraneantes hay un niño muy guapo, de Donosti. Con el pelo negro y tupido, la piel pecosa y los ojos muy

oscuros, con muchas pestañas. Creo que se llamaba A, pero no me acuerdo. Pero sí me acuerdo de que mientras estamos jugando, otras niñas le preguntan si yo le gusto, porque de pequeñas jugar a que nos gustaban los chicos sí que era un juego, y él, girando despacio esa cabeza de pelo negro y tupido, me mira con desdén con esos ojos muy oscuros con muchas pestañas y dice: «No, no me gusta. Es una puta». Y recuerdo que pensé que eso era una mentira muy gorda. Porque yo no sabía muy bien lo que era ser una puta, pero sabía que yo no lo era. Y creo que pensé que él también lo sabía. Y creo que las niñas y niños que lo oyeron también lo sabían. Pero pasó lo que pasa cada vez que un tío llama puta a una mujer, aunque sea una niña. Que se pone en marcha el mecanismo de la sospecha sobre ella y el de la valentía sobre él y el pueblo finge escándalo, pero sonríe un poco.

En la vida de una mujer hay muchas primeras veces y todas te lanzan un poco más al centro de la arena del circo que será encarnar la feminidad. Una de ellas es cuando te salen las tetas, otra empezar a vestirte «de mujer» (o sea, empezar a ponerte ropa incómoda y con una función ornamental orientada al deseo ajeno) y la otra es que empiecen a llamarte puta. Y luego es un no parar. Te lo llegas a creer. Y lo mismo es verdad.

1. Gea

Tras el caos, surgió Gea, la del amplio pecho.

Hesíodo, *Teogonía*

Ellas son la red, la cuerda, la colchoneta, el airbag, el escudo, la lanza, la mercromina, el guante de boxeo, el vino, el fuego.

Tiene suerte en la vida quien conozca y haga banda con iguales. Iguales son quienes viven la misma violencia que tú. La misma mismita. Así no se la tienes que explicar.

Así no te dicen noleshagasnicasonololeasladranluegocabalgamosnoofendequiennopuedenolesdesesepoderquelesdennotepongasasunivel.

Así saben lo horroroso que es que te dé miedo o que tengas que dar explicaciones por ser lo que eres. Lo que sea que seas. Todas las cosas que eres.

Así a veces vienen sin que las llames y a veces vienen aunque les digas que no vengan. Suelen tener llaves. Y os acompañáis al médico y al juzgado y a la abogada y al super y os hacéis tuppers y os vais a la farmacia y os pasáis las rupturas con pasta y música y os pedís pizzas cuando estáis en un berenjenal en el que no hay mesas y heredáis muebles, televisiones, ropa, ordenadores y coches y frentes. Y os sabéis los nombres de su familia y no sabéis si saludar a sus exnovias. Y os vais de farra y perreáis o cantáis o las dos cosas. Y os vais de entierro, de divorcio, de diagnóstico, de sentencia, de ingreso, de despido o del golpe que toque.

Y no os intentáis curar lo incurable y no os excusáis lo mejorable y os decís lo difícil y os escucháis lo mismo mil veces.

Siento que veo más y mejor desde que las tengo. Que entiendo quién soy, dónde están las mías y que no somos perfectas, y que eso es

bueno.

Siento que puedo más, que aguanto menos, que me curo antes, que me río más, que la cago menos, que aprendo antes.

No sé cómo explicarlo, pero solo estoy en casa casa con ellas.

Amigas bolleras feministas, os quiero.

2. gorda

[...] ser gorda es también ser una persona fea,
indeseable, infeliz, poco saludable, incompetente,
floja, amorfa, lenta, sin voluntad, fuera de control e, incluso, repulsiva.

Laura Contrera

Todo el mundo dice que el peor insulto que se le puede decir a una mujer es «puta», pero no es verdad. Es «gorda».

Porque puta es que eres desobediente y follas mucho, o con muchos, o cobras por ello, o dos de las tres cosas, o las tres. Pero gorda es que no eres follable. Y eso es lo peor que se le puede decir a una mujer.

Menos cuando es una mujer embarazada, claro. Ahí es bonito. Porque esa mujer está gorda porque resultaba tan follable que alguien se la folló hasta preñarla, y ella es tan buena, o tan desaprensiva, que va a traer a la criatura al mundo. Y las criaturas, dentro, engordan mucho.

Si la gorda embarazada tiene al lado a un señor, especialmente si es el señor que la folló hasta preñarla, resulta todavía más admirable, porque esa tía debe de ser tan follable, o tan buena, como para que el señor siga queriendo quedarse a su lado, así de gorda, y con criatura dentro.

Pero si no albergas una criatura en tu interior que espera para salir y regalarte el título al que toda mujer aspira, que es la única excusa para que tu cuerpo no sea una figura leñosa con la piel muy pegada a los huesos, entonces eres peor que una puta.

Porque gorda es que comes mucho. Gorda es que te importa más tu hambre que gustarles a los hombres. Gorda es que no haces todo lo

posible para estar delgada. Gorda es que te importa una mierda lo que vea la gente cuando te vea. Gorda es que tienes carne. Gorda es que eres tragona, incontrolable, vaga, egoísta, irrespetuosa, dejada, cerda… Vamos, como para follarte.

3. goenagate

No permitas que tus enemigos se unan.

SUN TZU, *El arte de la guerra*

Hace cuatro días que soy la más mala de España.

Lo dicen en la tele. Y en el periódico y en la radio.

Lo dice Ana Rosa Quintana y Susana Griso. Lo dice Pepa Bueno.

Estaba yo el sábado en Chamberí, tomando un vermú en una terraza con A y sus colegas y miré twitter –porque soy de esa gente que mira twitter mientras está con gente– y había muchas denuncias por la agresión lesbófoba contra dos chicas españolas que había ocurrido en Londres. Una de ellas era de la pareja del portavoz del PP del País Vasco –el hombre que había votado pocos meses antes en contra de la despatologización de las personas trans– desde la misma cuenta en la que había compartido propaganda electoral de su marido o novio o lo que sea. Que lo entiendo. Si te lo follas y desayunas con él los sábados, pues quieres que le voten, normal. Hay que pagar las facturas. Pero lo asumes, guapa. Que guapa es, eso es verdad. Que parece que no pinta nada esto aquí, pero resulta que sí.

Y, bañada por el sol de Chamberí y con el primer vermú, tuiteo:

«Díselo al hombre con el que compartes proyecto vital y crianza, cuyo partido pacta con quienes lanzan los mensajes y proponen las leyes que legitiman la LGTBIfobia. Igual a ti te hace caso».

Y ella responde enseguida y me pide que no sea como los que la acusan de ser «la mujer de» –por lo que sea– y habla de «las feministas» en primera persona del plural.

Y yo tuiteo: «No he hecho alusión a que seas nada de nadie, sino a que compartas proyectos vitales con quien pacta con quienes

pretenden coartar mis proyectos vitales, y hagas como que no pasa nada. Tendrás mi sororidad, pero también mis críticas. Porque el feminismo es una práctica política».

Y el día avanza y me olvido del tema, y me voy a ensayar a casa de A porque tengo monólogo al día siguiente y me voy de farra y voy con resaca al monólogo, pero me sale muy bien.

Y el lunes pierdo el tren a Bilbao y alquilo un coche y conduzco hasta casa y veo que saltan notificaciones todo el tiempo, pero no miro el móvil, porque estoy conduciendo, y cuando llego me entero.

Los informativos de la radio pública vasca han abierto con la noticia de que esta chica, que es una actriz y tal, aunque el interés por ella no es que paralice las rotativas, ha dejado twitter porque yo la he acosado. Faldones en el programa de Ana Rosa, especiales en el de Susana, entrevistas en las radios y tertulias, tertulias, tertulias. Es el tema del día y abre también el informativo de la televisión pública vasca, el que ven mi madre y mi padre.

Ella me llama: «¿Qué le has hecho a esa chica?».

Le agradezco la confianza.

La oficina de prensa de él hace su trabajo y los medios de comunicación el suyo y el martes la «noticia» está en toda la prensa. El miércoles la entrevista Pepa Bueno y hasta yo me caigo mal y ella dice que le doblo la edad, aunque solo tengo diez años más, y me siento vieja y mala.

Me da miedo salir a la calle y me voy a Barakaldo a que me cuiden y un señor me mira mal en el Centro Galego y creo que es por esto y que me va a pegar, pero luego parece que no.

En la televisión pública vasca ponen pantallas partidas en las que ella sale monísima en alfombras rojas y yo malísima encendiendo cócteles molotov (que son botellas de Voll Damm con un pañuelo de papel) que sacan de mis vídeos de YouTube y todo el mundo está de acuerdo en que esta vez me he equivocado y yo me sorprendo de pensar que eso significa que pensaban que antes tenía razón.

Y una periodista y bertsolari a la que quiero más de lo que ella cree escribe un artículo en euskera en el que dice que a la sociedad le gusta ver a mujeres pegándose en la plaza pública, pero que todos los francotiradores apuntan a la misma, o sea a mí.

Ni un solo medio de comunicación, ni una sola periodista de las que me escriben todo el rato para que opine sobre cualquier mierda, me llama, me escribe o se pone en contacto conmigo.

Mis amigas me cuidan y una muy lista me regala *El arte de la guerra* y yo me lo leo y aprendo mucho.

Recuerdo a mucha gente que fue mala entonces, pero se me han mezclado. Menos el periodista que me llamó «feminazi que se lanza al cuello» en el periódico que lee mi Aita y la correveidile del PNV que me llamó «acosadora» en el programa en el que nos conocimos y lo reiteró cuando le advirtieron de que era una injuria. Pero a los dos me los he cruzado después y yo me he reído y él y ella se han asustado, porque me tienen miedo. Porque soy más lista, más mala, y no tengo ningún enchufe del PNV que perder. Ni nada.

Se olvidaron de mí pero ya no fui la misma.

Es la primera vez que aprendo algo de la mierda que es –solo a veces– mi vida.

1. hombres

Aunque quiere ser un individuo, el macho tiene
miedo de todo lo que haya en él

que suponga la más mínima diferencia con
respecto a los otros hombres,

ya que ello le hace sospechar que no es
realmente un «Hombre».

Valerie Solanas, *Manifiesto SCUM*

Quedan pocos, así no me sobra ninguno.

No saben muy bien qué hacer, porque me escuchan hablar de los que nos han hecho daño a mí y a las mías y saben que estoy hablando un poco de ellos. Tampoco se atreven a pedir ayuda, porque me han escuchado muchas veces decir que ellos deberían saber qué hacer. Ya saben que no deberían preguntar.

Hablamos de cine o de «sus» mujeres o de la coyuntura o de música o de política o hacemos chistes malvados o me cuentan lo que les preocupa. A algunos, pocos, se lo cuento yo también. A casi todos me los han traído otras mujeres: Ama, O, mis amigas. A algunos, la calle.

La mayoría ya no me dan clases, ni sermones, porque saben que no soporto las masculinidades funcionales. Pueden quedarse mientras sean malos hombres. Pusilánimes, frágiles, emocionales, desinhibidos, divertidos, tiernos, cocinillas, cotillas, ridículos, frívolos, crédulos, cuidadores, empáticos, simpáticos. Si no, puerta.

Te lo prometo, algunos se quedan. Les mando un beso.

2. honor

When they get what they want,
they never want it again.
HOLE, *Violet*

Esto es una cosa que tú solo tienes en calidad de usufructuaria. O sea, que lo puedes habitar, pero no es tuyo. Es de un tío. A veces, de uno cualquiera.

Siempre ha importado tanto que nos han matado por él, porque ha importado más que nosotras. Ahora se llama *body count*, pero es un poco lo mismo. Tú eres un ser indigno, que ya lo dice dios en sus varios disfraces, y es muy poco probable que dejes de serlo, pero puedes tener la inmensa suerte de que algún hombre –si tu suerte es infinita será uno de tu familia o que pretenda serlo por vía penetración– encontrará lo único valioso que se agazapa dentro de ti, lo preservará, lo defenderá y lo mantendrá intacto, aunque te tenga que hostiar o matar a ti para conseguirlo.

No creo que haya ninguna mujer a la que le importe. No creo, de hecho, que haya ninguna mujer que sepa lo que es. Es la demostración de que las mujeres* somos una posesión más para ellos y que es una posesión valiosa en tanto que inútil y ornamental, por lo que es importante que ningún otro acceda a ella y –sobre todo– que no seamos nosotras las que decidamos cómo cuidarlo, porque si no se nos ata en corto nos liamos. El honor es que nuestros cuerpos son de ellos y entre ellos pelean para ver quién es el dueño. Si tienes un vigilante de tu honor asignado (o elegido por ti, o eso crees), te explicará que vas vestida como una puta, te dirá que mira cómo te están mirando, que le estás faltando el respeto, que bailas como una cerda, que dónde vas así, que la cabra tira al monte, que ya se lo avisaban sus amigos, que no puede salir contigo sin tener bronca, que bebes mucho, que hablas

mucho, que te dan muchos likes en insta a las fotos esas de guarra que pones. Y por mucho que se empeñe en su trabajo de proteger lo que es suyo, los que no son los dueños de tu honor considerarán que no te vigila bien e intentarán ocupar su puesto. Y les parecerá genial que enseñes cacho, que perrees, que te pongas fina y que le des gusto a tu cuerpo, hasta que alcancen el éxito en su misión de ser guardianes de tu honor y entonces ya les parezca que no pueden vivir tranquilos contigo. No tiene que ser tu novio, necesariamente, ¿eh?, vale padre, hijo, hermano, amigo hetero, jefe o compañero (de curro o de militancia o del gimnasio o del espacio que habites en la candidez de pensar que has generado complicidad con ellos).

Para cuidar tu honor te pueden insultar, humillar, pegar, gritar, corregir, interrumpir, mandarte a casa a cambiarte, mandarte a casa para que no te desmadres, dejarte tirada en medio de sitios peligrosos o de los que no puedes volver, denunciarte o matarte.

Lo hacen por tu bien. Ellos lo entienden.

3. Hondarribia

El patriarcado no existiría sin la complicidad de las mujeres.

Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*

Resulta que en 1638 la oligarquía de un pueblo en la frontera entre el reino de Francia y el reino de España, que siempre fue Euskal Herria, le prometió a la Virgen de Guadalupe que si les libraba del asedio francés, le harían una procesión cada año. Y ganaron.

Por lo que sea, los papeles en el desfile estaban marcados por género, porque las cosas con el tema de la igualdad y tal en 1638 estaban peor que ahora. Los hombres soldados y las mujeres cantineras. Con todo el respeto a las cantineras, parece un poco simplista creer que era el único papel que las mujeres desempeñaron en todas las batallas de los sesenta y nueve días de asedio, sobre todo porque es una de las primeras ocasiones en la que está documentado que hubo mujeres haciendo –incluso– de dinamiteras y porque de las escasas trescientas personas que sobrevivieron al asedio, la mayoría eran mujeres y criaturas, que parece que no se cuidan solas muy bien, y alguien tiene que ayudarlas a sobrevivir.

La cosa es que el pueblo de Hondarribia, gente de palabra como buenas vascas, hace todos los años su desfile, desde entonces. «Alarde» lo llaman.

Se ha encontrado la cura a la peste bubónica, se ha abolido la esclavitud, se han inventado los relojes de pulsera, los teléfonos móviles y los tamagochis. Ha aumentado exponencialmente la esperanza de vida, se ha abolido la pena de muerte en gran parte del mundo, se han prohibido los duelos y hay armas que podrían destruir el planeta en minutos. Pero no ha habido ninguna mujer presidenta de los Estados Unidos, ni del Gobierno Vasco, ni que haya podido

participar tranquilamente y sin exponerse a una violencia insoportable en la procesión anual de Hondarribia.

En 1993, veinte mujeres del pueblo decidieron que ellas también querían desfilar en el acontecimiento que paraliza sus calles desde hace casi trescientos años, pero no les dejaron porque los hombres seguían haciendo de soldados y las mujeres de cantineras. Y solo hay una por compañía. Como no querían quedarse en la acera mirando cómo los hombres desfilaban, como las demás mujeres –menos las que hacen de cantineras–, decidieron hacer como se hacen las cosas en esta tierra, pero sin la Virgen de Guadalupe. Se metieron en un portal y, cuando pasó el desfile, se intentaron unir a él. Con ellas iban los pocos hombres (novios, maridos, hermanos) a los que les pudo más la complicidad con las mujeres con las que compartían vida que la complicidad con los hombres con los que compartían privilegios. Ellas no pudieron recorrer más que unos metros. Les pegaron, las tiraron al suelo, les tiraron del pelo, les dieron patadas, las llamaron putas, les escupieron. Ellas cuentan que ellos aguantaron mucho menos, por la capacidad que desarrollamos las mujeres de tolerar violencia intolerable en la calle desde que la pisamos, así, con la práctica.

Desde entonces, ellas y muchas más están luchando para poder salir en el desfile como si fueran personas y tienen que enfrentarse a que les peguen, las tiren al suelo, les tiren del pelo, les den patadas, las llamen putas, les escupan, cuando desfilan por las calles de su pueblo.

Es difícil entender lo que significa este conflicto si no se ha estado nunca un ocho de septiembre a las ocho de la mañana en la calle Mayor de ese pueblo. Las mujeres jóvenes (las viejas estarán preparando la comida para los hombres que desfilan o hasta el coño, supongo) vestidas de blanco y con pañuelos rojos ocupan las aceras. Algunas de ellas llevan horas cogiendo sitio para ver pasar a los hombres desfilando. Las –pocas, porque deberíamos ser hordas– feministas que van a apoyar a la única compañía mixta, la que crearon esas mujeres que salieron del portal y ya no volvieron a entrar, tienen que –o quieren– subir por el centro de la calle y todo el mundo las mira. Ropas negras, estampados de leopardo, mucha camiseta con

lema, mucha mitad de la cabeza rapada, mucho pantalón. Igual no tanto, pero por contraste lo parece.

Yo me estreno este año.

Que síií, que voy a mantener la calma, que nooo, que no voy a responder a las provocaciones, que nooo, que no me voy a poner chunga, ¡que no! que no le pienso gritar «¡Guapa!» a la cantinera, aunque sea la de la compañía mixta…

Bueno, pues todo al revés.

Pierdo la calma a la quinta vez que la mujer de mi edad que tengo detrás me llama «gorda, lesbiana, forastera» y me dice que ella sí que es una mujer de verdad, todo ello en precioso euskera y mientras se levanta la falda y me enseña las bragas. Respondo a sus provocaciones diciéndole que yo también llevo bragas y que gorda y lesbiana no son sorpresas para mí y me pongo chunga cuando viene la Ertzaintza y nos dice que nos tenemos que apartar, como si las que estuviéramos defendiendo el siglo xvii fuéramos nosotras. Y la llamo «¡guapa!» a gritos a la cantinera como si fuera mi hija y me emociono y lloro de rabia y ganas de tener un dragón y hacer Drakarys encima de ese pueblo entero que está haciendo llorar a las mujeres jóvenes que desfilan por primera vez.

Nunca me he sentido tan lesbiana, tan gorda, tan forastera en un sitio en el que quienes defienden lo que les perjudica creen que tienen razón.

No sé si me refiero a Hondarribia o al mundo.

1. I de mi maricón

And I miss you, like the deserts miss the rain.

EVERYTHING BUT THE GIRL, *Missing*

Todas deberíamos tener uno.

Un cuerpo socializado como hombre lo suficientemente valiente y excepcional como para ser él mismo, en vez de un hetero básico con comportamientos gregarios que finge que son sus propios intereses y que va a acabar pareciéndose a los que despreciamos.

Al mío le gusta la moda, Almodóvar, Madonna y la playa.

Mi hombre.

Un día, cenando en un restaurante chino en Pozas, que ahora es un supermercado, cuando venía de ver la obra de Jorge Javier Vázquez a la que yo me había negado a ir, porque una es una esnob y no va a esas cosas, me dijo que le había conmovido una escena. Jorge Javier recordaba el bullying –que siempre es violencia desde la norma contra quienes no la cumplen– que le hicieron de pequeño por maricón, y la herida que eso le había dejado. I me decía que había pensado que a él no le habían hecho nada porque nosotras fuimos su escudo.

Y yo me acuerdo de estar esperando a que terminara de comprar en los puestitos, los que estaban en Los Miradores, con mi cucurucho de cebolletas y mis Triskys, y que se acercaron tres tíos de esos que ya lo son desde pequeños y empezaron a llamarle maricón y que yo les monté un pollo. Y la de veces que lo hemos hecho todas.

Pero luego me acuerdo de aquella vez en los carnavales de Laredo, cuando teníamos como dieciocho y estábamos ya pedo y fuera de un bar él me dice que tiene que contarme algo. Iba de hombre plateado, que es una especie de disfraz de maricón que se ha inventado, para

poder integrarse entre la gente disfrazada y pintarse de plateado hasta el pelo, a la vez. Yo iba de Tippi Hedren en *Los pájaros*, con mi traje de chaqueta, mis perlas, mis guantes, mi bolso y una paloma disecada cosida en la peluca rubia, a la que previamente le habíamos cortado las uñas con un cortaúñas y la habíamos pintado de negro. Ahora no lo haría ni de coña. Por respeto a los animales y por grima a los pájaros. Tampoco me apoyaría ni muerta el pico en la frente ni me pintaría dos chorretones de sangre con pintura de pared (menudo sarpullido, al día siguiente).

La cosa es que lo que me tenía que contar era que le gustaban los hombres.

Y aunque parezca imposible porque era maricón desde que nació (le conocí ya adolescente, pero he visto fotos), yo le dije: «Ah, ¿sí?». Y él me dijo: «¿No te lo imaginabas?». Y yo: «Pues ahora que lo dices…».

Me dijo que no se lo había contado a nadie y que necesitaba tiempo para que lo supiera el resto.

No sabíamos cuánto nos iba a unir aquello.

Muchos años después, cuando yo ya había –por fin– entendido que me gustaban las mujeres, estábamos tomando gintonics en copa balón en el Astoria de A Coruña, después de cenar cosas riquísimas de las que se comen en cualquier sitio en Galicia si tienes ojo o un buen guía, las dos un poco *overdressed*, como nos gusta, y me contó cosas que no creo que le hubiera contado a nadie. Que pasaba miedo todos los días en el camino de casa al colegio y del colegio a casa, que sentía envidia de su vecino de arriba, que iba a nuestra clase y no tenía que pasar miedo en el camino de casa al colegio y del colegio a casa; las humillaciones, las amenazas, los empujones cuando le pillaban solo por la calle; los pasillos de toñejas en Lekeitio, los que ahora le tratan como si no hubiera pasado nada, en Basauri y en Lekeitio. Me enfadé muchísimo. Se me despertaron rabias viejas y algunas propias. Ahora entiendo de qué habla, porque ahora sé lo que es pasar miedo por ser lo que eres. Ahora sé que fuimos un escudo demasiado pequeño.

Otros años después, sobre el escenario del teatro lleno de nuestro pueblo, les dedico un corte de mangas a quienes le llamaban maricón, para que se enteren de que nos acordamos.

Ojalá todas tuvierais uno. Ojalá todos tuvieran escudo.

2. ignominia

La gente que confía totalmente en su
pensamiento racional

y desecha o reprime toda manifestación de su
vida psíquica

suele ser fácilmente embaucada o influida por
magos y prestidigitadores.

Carl G. Jung, *El hombre y sus símbolos*

Hay un osteópata en la Plaza Nueva que hace magia. Te lo cura todo, en serio, juanetes, lesiones, dolores, una cosa increíble, pero también te hace un daño increíble. En plan que yo le he llamado de todo y le he dicho que sería un gran torturador y que debería trabajar para el Mossad y a él le han preguntado si se dedica profesionalmente al BDSM las que tienen los despachos contiguos, de lo que nos oyen gritar, gruñir y jadear. Yo hasta le he pedido una palabra de seguridad, pero a él no le sirve. El tío te aprieta y te clava y te hurga y te frota, pero también te psicoanaliza un poco. O hace cosas de osteópata, yo qué sé. La cosa es que te habla de tu madre y de tu infancia y de las movidas que te pasan y que parece que se notan en tu cuerpo. Pues va el tío un día y me toca la tripa y me dice que yo tengo ignominia, que lo percibe. Y yo le digo que no sé qué es eso y me dice que es que te ataquen públicamente y no te puedas defender. Y me quedo muerta, claro, porque este hombre no sabe nada de mis cosas. Y me sigue tocando y me dice que nota que viene del lado masculino, que cree que tiene que ver con los hombres. Y yo pienso, pero bueno, pero este hombre es mi gurú, mi guía, mi luz en las sombras, el médico de mi alma. Pero luego pienso un poco más y me doy una pena que flipas. O sea, que se me nota en el cuerpo.

3. influencer

Me tiran veneno me quieren cortar,
me tiran veneno me quieren matar.
REBECA LANE, *Siempre viva*

Nadie va a ser capaz de insultarme nunca de una forma en que no me hayan insultado ya.

Hace nueve años se me ocurrió decir que sí a una propuesta que me convertía en una de las pocas mujeres que hacía contenidos feministas –con enfoque pedagógico y con un toque de humor– en castellano en las redes sociales. Este párrafo está redactado como si fuera mi currículo porque quiero enmarcar(me) y dar espacio a la candidez y a la absoluta falta de la más mínima visión de lo que podía pasar que me embargó cuando se me ocurrió decirle que sí a Pablo Iglesias –que entonces era solo/todavía el presentador de *La tuerka*– a la propuesta de hacer un «microespacio feminista» en su programa. Tres minutos en ocho horas semanales de emisión de un programa emitido por internet (del de hace nueve años) que me cambiaron la vida. Vete a saber si a mejor.

Con el primer capítulo llega la primera amenaza de muerte. En la caja de comentarios del vídeo en YouTube un tío fantasea con matarme y otro le ofrece todo su apoyo. Me asusto un poco, me escandalizo un poco y me indigno un poco, pero pienso en un idiota aislado, escondido detrás de una pantalla y que intercala las pajas con las amenazas, todo online.

Debí acordarme de que no era el primer insulto digital que recibía. El primero fue «a fregar» y me lo escribió otro cobarde sin planes, inmediatamente después de que se publicara mi primer texto digital en un blog.

Siguen queriendo matarme y mandándome a fregar y a Afganistán y a Gaza y siguen insultándome de todas las formas imaginables. Y de muchas formas que nunca me hubiera imaginado. Por lo menos, dirigidas a mí.

Tres años después de esas primeras amenazas e insultos, me piden que escriba un artículo explicando lo que significa que cientos de desconocidos usen su conexión a internet para intentar destrozarme la vida cada día, pero no soy capaz de hacerlo. Lo que hago es recopilar, un poco de forma aleatoria, unos cuantos insultos de todos los que recibo sin seleccionar por temas, ni sistemas de opresión, ni partes del cuerpo, ni nada; juntarlos y darles un poco de contexto (hay mucha gente que cobra por esto, pero eso no es un artículo).

Así me doy cuenta de lo que está pasando en mi vida. Así entiendo que lo que me pasa cada día no es normal. Amigas, conocidas y gente a la que no he visto nunca me llama, me escribe, me para por la calle o en los bares o me hace llegar como puede su apoyo, pero también su incredulidad, sobre todo por cómo soy capaz de aguantar.

Y siempre es así. No te has dado cuenta del daño que te estaban haciendo hasta que te lo ha señalado otra. No te has sentido atacada hasta que no ha tenido que defenderte otra que te quiere más que tú misma. No te has defendido hasta que no han atacado a otra a la que quieres más que a ti.

«Malfollada»

«feminazi»

«tienes la cara tan horrendamente fea y de vieja que todos los chistes se te quedarían cortos»

«a ti te miro y te follo, te dejo mansa y te mando a la cama a hacerte fingers hasta que se te pase lo del feminismo»

«cómo quisiera que mi señor te cerrara el hocico, pobre putita»

«hembra de chocho hongoso»

«que se pegue un tiro y desaparezca»

«linchemos a esta zorra»

«menudo pollazo le dieron a esta de pequeña»

«dúchate guarra, fea, gorda»

«quiero follarme esta tía»

«machorra fea»

«ojalá seas la sexta (asesinada) del año, puta»

«qué tufillo a marisco revenido»

«usted lo que necesita es una gran verga en el culo para que le quite esa amargura»

«que se ponga un letrero en la frente que diga que te urge verga»

«si mañana me dijeras que un camión lleno de moros te pasó por la piedra tampoco se me movería una tripa»

«yo te veo muy viva, demasiado viva»

«esta mujer lo que quiere es un pene, le hace falta y mucho. ¿Un valiente por aquí? Yo no me atrevo»

«¡enseña las tetas, Irantzu!»

«¿pero por qué sois todas tan feas?»

«si vas a ir a matarla todo mi apoyo»

«yo con esa cara de amargada no te follo ni con la polla de otro»

«si quieres te presto el palo de la fregona, pero me lo tienes que devolver esterilizado y exorcizado»

«anda a un sex-shop a comprarte una polla con arneses y vete a jugar a los indios y vaqueros con tu novia tortillera»

«cómo se nota que te falta un buen pollazo en la boca»

«cómprate un dildo pedazo de zorra»

«la bollera-chochona»

«como te vea por la calle, te voy a dar de mi cachirulo, pedazo guarra»

«te falta el bigotito, dile a tu novia que te coma bien el coño antes de hacer los vídeos»

«¿y qué puedes saber del coño si tú eras hombre?»

«lástima que no te abortaron a ti»

«pero a ti quién te va a violar, si eres un engendro humano?»

Escribí (corté y pegué, en realidad) esto en 2017.

Si tuviera que escribir ese artículo hoy tendría miles y miles de tuits, mensajes privados a todas mis cuentas en las redes sociales, whatsapps, fotopollas, llamadas, menciones, hilos en forocoches, en Burbuja Inmobiliaria, vídeos de youtubers y twichers y tiktokers, con el único objetivo de tratar de joderme, aunque sea un rato, la vida. Bueno, algunos tienen también otro objetivo: ganar dinero. Porque ahora hay hombres que ganan dinero haciendo vídeos de YouTube y Twich y Tiktok insultando, exponiendo y amenazando a feministas. Y plataformas que son covachas de pajeros, incels y señoros que tienen manchado de lefa seca, sudor rancio y ganchitos el disfraz de Peter Pan.

1. Joseba

Baga biga higa
Laga boga sega
Zai zoi bele
Harma tiro pun!
Xirristi mirristi
Gerrena plat
Olio zopa
Kikili salda
Urrup edan edo klik
Ikimilikiliklik.

MIKEL LABOA, *Baga biga higa*

La primera vez que mi madre le vio, le preguntó su nombre. Lo segundo que hizo fue cambiarle el nombre.

–¿Cómo te llamas?

–José Andrés.

–Ah, ¿Joseba?

Joseba se llama desde entonces.

Lo tercero que hizo fue contarle que había estado en la cárcel. Le encanta hacerlo.

A él le dio igual.

–¿Por qué te enamoraste de Ama? –le pregunté una vez.

–Porque era la que más buena estaba de sus amigas.

Le creí.

Recuerdo una vez, de muy pequeña, que ella me estaba bañando y él apareció en el baño con una sartén en la mano y un huevo frito dentro.

–¿Y ahora qué hago?

Ella le miró con esa condescendencia tan perfeccionada de las mujeres heterosexuales, especialmente las que tienen criaturas en crianza supuestamente compartida, y le dijo, como si no fuera una pregunta propia de un inútil:

–Pues sacarlo de la sartén y ponerlo en el plato.

Luego aprendió a cocinar cosas de hombre vasco: bacalao al pil pil, marmitako, carrilleras, rabo… cosas que no se pueden comer todos los días por caras, por pesadas, por elaboradas –o sea, las contrarias de las que solemos cocinar nosotras– pero que quedan genial en esas reuniones semanales, festivales de la gastronomía y la hombría (a saber qué es eso), llamadas «txoko», donde cuando más indigesto sea un plato, más hayas tardado en cocinarlo y más elementos de menaje hayas ensuciado, más serás alabado.

Poco a poco, ella le fue embaucando y le convenció de que también se podía lucir haciendo puré de calabacín, pechuga a la plancha, huevos fritos, comida «de diario». No recuerdo haber ido a su casa últimamente y que no haya cocinado él. De hecho, una de las últimas veces, me hizo mirarme en la vitrocerámica y reconocer que estaba tan limpia, que veía perfectamente mi reflejo. Desde el umbral de la puerta, ella buscaba mi mirada en un gesto imperativo, mientras movía la cabeza y los labios: –Tú di que sí– decía, sin ruido. Intuyo que no ha vuelto a ser ella quien la limpie. A planchar, ha aprendido hace poco.

Hace años que se encarga él también de las comidas familiares, en las que usa de pinche al único otro hombre de la familia. Sus amigos se burlan de él. Las mujeres de sus amigos quieren uno como él y nos envidian, porque creen que no nos lo merecemos. También creen que lo hace por miedo. Quizás, en parte, es cierto.

Si hubiera podido estudiar, en vez de ponerse a trabajar de tapicero a los trece años, hubiera sido diferente.

–Si volviera a nacer, me volvería a casar con él –me dijo ella una vez.

Si hubiera tenido otra mujer, sería como todos.

Muchas veces me ha preguntado si soy feliz. Cuando salí del hospital, después del accidente, le mandé a por pastillas para el dolor y volvió dos horas después, con un arroz con chirlas. Había pasado por la pescadería, ido a casa, cocinado y reposado el arroz, y –solo después– pasado por la farmacia. Cuando llegó, quería matarlo por el dolor y el hambre, pero leí lo que decía esa cazuela todavía templada envuelta en demasiado papel de cocina transparente. Yo también cocino para querer a la gente.

De él he heredado el pelo ondulado, las canas tardías y solo en las sienes, la mala hostia, y la mirada asesina pero fatua. Y la candidez descontextualizada y la mecha corta y el sentido del humor y la vena cupletista y el placer de los focos a mi persona. De él no he heredado los ojos verdes ni la tendencia a cumplir las normas.

Todas las mujeres heteras que conozco o están solas o tienen al lado un hombre que no está a su altura. O las dos cosas. Algunas, a ella, le tienen envidia.

El otro día me preguntó de qué iba el libro y se rió cuando le dije que no sabía cómo explicarlo.

2. Jaizkibel

Sabes algo, aunque lo que sabes no lo puedes explicar, pero lo percibes.

Ha sido así durante toda tu vida. Algo no funciona en el mundo.

No sabes lo que es, pero ahí está como una astilla clavada en tu mente.

Y te está enloqueciendo.

MORFEO, *Matrix*

Es el monte que escolta el pueblo que estuvo sitiado por los franceses sesenta y nueve días en 1638 y el nombre de la compañía que montaron las mujeres que salieron de un portal hace treinta años para intentar desfilar en las fiestas de su pueblo sin que les pegaran. Todavía no lo han conseguido.

Parece una lucha pequeña pero no hay de eso. Si fuera pequeña, todos los imbéciles con necesidad de protagonismo y masculinidades más peligrosas que la media que han hecho de impedir a las mujeres que desfilen la razón de su vida no las odiarían tanto. Si hubiéramos considerado alguna lucha pequeña, tú y yo estaríamos ahora mismo prisioneras en nuestro dulce hogar esperando a que llegue nuestro amo y nos meta la polla o una hostia o las dos según de qué humor esté, en vez de estar yo escribiendo y tú leyendo.

Las que salieron del portal con la intención aparentemente inofensiva de desfilar en las putas fiestas de su pueblo, como las que salieron a la calle con la intención aparentemente inofensiva de llevar pantalones, como las que salieron a la calle con la intención aparentemente inofensiva de estudiar, como las que salieron a la calle con la intención aparentemente inofensiva de cualquier puta pequeña cosa que hemos

tenido que pelear las mujeres con nuestras vidas, son la razón por la que podemos salir a la calle por otras cosas. Que no es poco.

Sé que ese pueblo precioso y burgués va a tener pronto unas fiestas propias del siglo xxi –o sea, unas fiestas en las que las discriminaciones, la violencia machista y los comportamientos fascistas habrá que hacerlas en el entorno privado y no tener garantizada la impunidad– pero espero que todas las vascas, todas las feministas, todas las mujeres* que queremos vidas libres nos acordemos de honrar la lucha de las que salieron del portal hace treinta años y de todas las que en estos años se han puesto una txapela roja y un pañuelo y han aguantado las hostias, las humillaciones, los insultos y el miedo.

Y espero que los hombres, las cómplices, los curas, el alcalde y los concejales, la ginti di bin que ha preferido mirar para otro lado y los veraneantes colaboracionistas de la mierda de ese pueblo, sepan que nos acordamos de todo lo que (no) hicieron.

3. jazz

Éramos chicas que queríamos ser nosotras mismas,

no queríamos novios posesivos ni controladores,

no nos gustaba aceptar las imposiciones morales

que se reservaban para las mujeres.

Begoña Astigarraga (Las Vulpes),
God Save the Queens

Me encanta el jazz.

Es de esas (muchas) cosas a las que me he acercado sin tener ni idea ni nadie que me guíe, así que fui pillando todo lo que caía en mis manos y hurgando a ver qué descubría. Billie Holiday, Ella Fitzgerald, Chet Baker, John Coltrane… de no tener cultura se sale escuchando a heroínas y pedorras, maltratadores, majetes y cabrones, genios y mediocres, y –ya si eso– con el tiempo, haciéndote un criterio. No es el caso, me temo.

Pero, vamos, que me gusta el jazz. Y a determinados señoros esnobs y un poco mayores que yo esto les parece excitante. Seguramente, porque se sienten tan excepcionales, tan cultos, tan *andergraun*, que les deja estupefactos encontrar una mujer (¡una mujer!) que comparta sus originales gustos. Que no puede haber nada más cliché que un hombre de mediana edad y cultura media al que le guste el jazz, también te lo digo.

Tengo veintipocos años y vivo en Caracas. Trabajo como responsable de comunicación en una organización de defensa de los derechos humanos y estoy lo más cerca que he estado nunca de tener el trabajo

de mi vida. En esa época, con esa edad, Caracas pudo ser mi ciudad favorita.

Tengo mi primer móvil. Una cosa que se parece a un teléfono de toda la vida, con sus teclas y su antena. La pantalla es diminuta, como amarillenta, con números y letras como de calculadora. Un SMS es un acontecimiento.

Un domingo a la noche recibo uno de mi jefa: «Mañana a las 8 en la oficina. No puedo contarte más. Ven bien vestida».

Ya me he acostumbrado al horario caraqueño, pero lo cierto es que no llego nunca a las ocho, aunque sea la hora a la que supuestamente entro a trabajar. Y lo de «bien vestida», primero me sienta mal (¡pero si yo voy siempre divina!) pero luego lo entiendo, porque a veces me dejo llevar por el grunge que acabo de abandonar, el cuerpazo que se me ha quedado de tanta fruta y tanta salsa (el baile) y un cierto chonismo que yo ya traía de casa y que se ve acentuado por los mercadillos que me cruzo de camino a mi casa de ahora, y me queda, a veces, un look como de Jennifer López de Versace en los Grammy del 2000, pero sin ser yo Jennifer López y sin ir de Versace y sin estar nominada a los Grammy. Total, que me levanto más pronto de lo habitual, me pongo el vestido rojo liso sin escote y no demasiado pegado con los zuecos de cuña marrones con rosas rojas bordadas (ni un look sin su exceso) y salgo a hacerles aspavientos a los buses que pasan por la calle Paraíso, a toda velocidad, hasta que me para uno y me subo casi en marcha.

–¿Va a La Candelaria?

Ya sé que sí, pero siempre pregunto porque sé que el conductor me va a avisar a gritos cuando falte poco, para que esté pendiente y poder dejarme justo en la puerta. Imposible dejar pasar a una extranjera vistosa. Impensable que yo no lo aproveche.

–¡Baja, baja! –grito cuando se acerca a la plaza en la que trabajo.

Me meto en la panadería de siempre, pido un marrón grande (que es un katxi de café con leche), un jugo de papaya y una empanada de jamón y queso para llevar, como siempre, y el chico me pone una fresa

de regalo atravesada en la pajita del jugo, como siempre. El café y la empanada en bolsa de papel y el jugo en la mano. Una Carrie Bradshaw bolivariana.

Llego a la oficina y ya están todas. Pero me esperan para el cónclave.

Vamos a soltar una bomba en la actualidad política venezolana y hay que tomar muchas precauciones y cuidar todos los detalles. Llevamos el tema mano a mano con otra organización y hay que trabajar en equipo. Mi jefa y yo vamos a ir esa noche a casa del líder de los otros, para planificarlo todo.

Salimos de la oficina y vamos en su coche. Olvídate de viajar sola en transporte público a un barrio residencial después de las cinco. Que luego yo los findes me recorro la ciudad de noche en metro, en camioneta y como haga falta, incluso un poco borracha, pero eso mi jefa no lo sabe.

Llegamos a un barrio elegante, a una casa elegante. Es en el penhouse, o sea el ático. Subimos. Nos abre. Es una casa enorme, bonita, pelín pretenciosa. Suena Ketama y nos presenta a un amigo que ha venido a «la cena». Mi jefa y yo nos miramos, porque «la cena» era una reunión de trabajo y no creíamos que hubiera invitados. El amigo abre vino. El líder de la organización me ofrece un Ducados. Es bastante difícil encontrar Ducados en Caracas. Lo sé porque era lo que fumaba yo cuando llegué, hasta que descubrí que era muy difícil de conseguir y que el Marlboro Light se vende en cada esquina, mucho más barato.

Nos hace un tour por la casa y en su habitación tiene un mapamundi con chinchetas rojas en los sitios en los que ha estado y chinchetas verdes en los sitios a los que quiere ir. O al revés, yo que sé. Dice que lo hace por su hijo pequeño, pero yo no me lo creo. Joder, qué horterada. Con el tiempo, he aprendido a desconfiar de la gente que necesita enseñar pruebas tangibles de todo lo que ha viajado.

Después del disco de Ketama entero, suena jazz, pero no me suena que fuera del bueno. En la cocina hay un cuadro enorme de Diego Rivera. Le tengo bastante manía a Diego Rivera. Después de cenar hay

patxaran. Que no me gusta, pero es claramente una deferencia a mí, así que me tomo uno, en deferencia al anfitrión.

Hablamos poco de lo que habíamos venido a hablar.

A la hora de irnos a casa, que imponemos nosotras con oposición del líder y su amigo, queda bastante claro que alguien tiene que llevarme a mí en coche. Vivo lejos, en una zona «complicada», aunque se llame El Paraíso, y parece que subirme a un taxi me expondría a todo tipo de peligros y atrocidades. He aprendido a hacer caso a los locales en cuestiones de seguridad, así que no protesto. Doy por hecho que me va a llevar mi jefa, pero parece que estamos en la otra punta y que mi casa está en otra dirección. Así que ella lleva al amigo, que vive de camino, y a mí me lleva el anfitrión.

Que si me ha gustado la cena, que si Ketama, que si Diego Rivera, que si el patxaran, que si el Ducados. En esa conversación en el coche empiezo a entender que la cena ha sido una puesta en escena. Que había demasiadas cosas que coincidían con lo que se supondría que podrían ser mis gustos (solo ha acertado con el Ducados, pobre) como para que fueran casualidades o afinidades.

–¿Tomamos una copa?

(Alarma)

–Jo, pues es que yo estoy muy cansada y mañana tenemos un día complicado. Yo prefiero irme a casa

–Anda, solo una.

–De verdad que yo prefiero irme a casa.

–Vamos, si encontramos algo abierto, nos tomamos una última copa.

–Pues es que no creo que tampoco sea muy recomendable ir a un garito cualquiera a esta hora.

–Mira, ese de ahí lo conozco.

Sale de la carretera y aparca.

(Alarma)

–La verdad es que no me apetece mucho.

–Vamos, ¡solo una! y se baja del coche sonriente, como si yo estuviera de broma.

Un portero de chaqueta y camisa blanca y pajarita negra nos advierte de que los caballeros deben llevar chaqueta para entrar en el club. Parece que no hay requisitos para las damas, o que los cumplo con mi libre interpretación del «Ven bien vestida» del SMS de anoche.

(¡Buf! salvada)

Los cojones. El tipo va a la parte de atrás de su coche, abre el capó y saca una chaqueta. Se la pone, triunfante, y me indica con la mano extendida que entremos, mientras le miro entre flipada y empezando (si, aunque parezca increíble, ¡empezando!) a estar asustada.

Entro por inercia y porque me ha pillado por sorpresa y porque todas, en mi situación, hubierais entrado. Sola, en Caracas, a las dos de la mañana, sin tener ni idea de dónde estaba ni de a cuánta distancia estaba mi casa, con un tío público, conocidísimo, que salía en todas las tertulias e informativos, que me había agasajado de tapadillo haciendo que trabajaba, que era el igual de mi jefa y no el mío –por lo tanto, un poco mi jefe–… por supuesto que habríais entrado. Sobre todo, hace veinte años.

El club era como los de las películas. Entonces no lo sabía, pero los clubs de jazz se parecen entre sí y no se parecen a los de las películas. En sótanos y con escaleras estrechas, enmoquetados y algo ajados, con mala luz, peor acústica y poco sitio, tirando a feos, los de verdad. Espaciosos e íntimos, con luz tenue, mesas redondas muy separadas entre sí y velas o lámparas rojas en cada mesa, los de la películas. Bien, pues este era de los segundos. Muy bonito y demasiado íntimo para la ocasión.

En un súbito interés por mi opinión, me pregunta que si mesa o barra. Le digo que barra, porque no desaprovecho ninguna oportunidad para dar mi opinión, porque soy más de barra y porque me parece como que en la barra quizás pueda buscar la complicidad del camarero, y

hacerle entender que estoy muy lejos del síndrome de Estocolmo. Como Waitangi, Nueva Zelanda, de lejos, por lo menos.

Pero el camarero trabaja en un club de jazz de un barrio residencial de Caracas que está abierto entre semana a las dos de la mañana, así que el hombre prefiere no ver nada.

Pide dos whiskys. Le digo que no quiero whisky, que no me gusta el whisky (que es verdad), que yo quiero agua. Pero el camarero que prefiere no ver nada, prefiere no oír algunas cosas, pone los dos whiskys. Con hielo picado y pajita, encima. Joder qué horterada. Decidida a no tomarlo, adopto una pose hierática como si la inexpresividad pudiera sacarme de allí. Pero no funciona. Él agarra su taburete, lo acerca al mío y su cuerpo va detrás. Yo de frente a la barra y él mirándome, acodado, acercándose. Pego un trago largo. El whisky está para esto. Me acaricia el pelo. Me aparto. Pego otro trago. Me vuelve a acariciar el pelo. Me vuelvo a apartar. Mis manos rodean el vaso y las miro fijamente. Tanto que no veo su mano hasta que agarra la mía. Como si la mano fuera mi frontera infranqueable, la flor de mi secreto, el umbral de mi honra, me giro, le miro, me estiro varios centímetros y le digo:

–¿Me devuelves mi mano?

Sin esperar respuesta estiro fuerte y me devuelvo mi mano, me bajo del taburete de un gesto y le digo que, por favor, me lleve a casa. Pero el «por favor» es una orden. El tono surte efecto y el tío paga, deja la chaqueta en el capó, arranca y me lleva en tiempo récord a mi casa. Tan rápido que pienso en lo cerca que estábamos y en lo que me podría haber ahorrado, aunque me lo hubiese gastado en un taxi.

Por el camino rompo el silencio tenso con una pregunta que no es una duda, es para que se entere de que le he descubierto:

–¿Llevas una chaqueta en el coche por si acaso?

–Por si acaso, ¿qué?

–Por si acaso…

Sonríe como si no le importara que le haya rechazado.

Intuyo que está pensando cómo va a contarlo.

1. kulebrón

Llorarás y llorarás, sin nadie que te consuele
y así te darás tú cuenta, que si te engañan duele.
Oscar D'León, *Llorarás*

Llego a casa y L me pregunta:

–¿Qué tal, tía?, ¿te ha entrado?

Flipo porque ella sabía que era una cena de trabajo. Parece que soy la única que se lo había creído. Le cuento y me dice que eso no es entrar, eso es acosar. Cuantos más detalles le doy, más se va ella encendiendo, más se enfada, más quiere que vayamos a partirle la cara. Ella hace todo lo que hacemos cuando la acosada es otra, sobre todo si la queremos, y yo hago todo lo que hacemos cuando somos nosotras: dudar.

Por la mañana, entro en la oficina y voy directa al despacho de mi jefa. Y le cuento la cosa, desde mi perspectiva, no desde la de L. Pero, vamos, corta se ha quedado. Mi jefa recoge todo lo que le digo y se va enfureciendo, porque le añade todo el contexto que a mí me daba miedo. Que es mucho mayor que yo, que es poderoso, que me ha conocido en un contexto laboral, que estamos en una situación delicada… y empieza a hilar Ketama, el Ducados, el patxaran, el vino, el amigo invitado y –como si estuviera haciendo *graphic recording* diez años antes de que se inventara– me va dibujando una noche que parece una ginkana premeditada, pero sin premio. Porque el premio era yo. Y me cuenta una historia en la que, en un congreso fuera de Caracas, el mismo tipo la convocó en su habitación con una excusa de trabajo y ella, con la misma candidez que yo ayer, apareció con su carpeta y sus papeles y tuvo que rechazar un whisky y tuvo que rechazarlo a él. Me cuenta que no le había dirigido la palabra hasta

que surgió el asunto que nos (debería estar) ocupa(ndo) y pienso en el disimulo, ese gran músculo que desarrollamos las mujeres, de esos de los que tienen los deportistas de verdad, de los que parecen de nacimiento. Mi enfado es tímido, todavía, pero el suyo ya está *on fire* y ella sale del despacho apresurada y hablando para todas, como cada vez que pasa algo muy bueno, muy malo o muy raro. Y, como cada vez que pasa eso, todas dejan lo que están haciendo, en esa oficina diminuta y llena de mujeres, y todas opinan y les parece grave, pero hacen bromas para darme ánimos y quieren lincharle y habrá que hacer algo, y ninguna me pregunta si dejé claro mi rechazo, si he pensado en las consecuencias de esto para nuestro trabajo, si no me lo habré buscado. Pero la contable, esa mujer excepcional, lista y dulce, sensible y sarcástica, que sigue teniendo acento español después de cuarenta años en Caracas, suelta la bomba que va a hacer que esto, más allá de estas paredes rellenas de sororidad, explote:

–Pero si ese tipo está prometido con la mejor amiga de mi hija.

(Bum)

Ahora sí que estamos en un culebrón venezolano.

El bululú se para por un segundo. Todas nos callamos y, como a cámara lenta, giramos la cabeza y nos quedamos mirándola.

–¡¿Qué?!

–Que está prometido con la mejor amiga de mi hija.

En realidad, ya lo habíamos oído. La pregunta a coro la hemos hecho para poder saborear la información con todo el dramatismo y la épica que merece una revelación así. Ahora sí: aspavientos, exclamaciones, soplidos, miradas estupefactas y sobrerreacciones varias. Joder, cómo me gusta la gestión latina del drama.

–Voy a llamarla ahora mismo.

¡Ala! ¡Venga! ¡Que no falten tramas secundarias!

Llama a su hija y se lo cuenta y nos quedamos esperando a que le devuelva la llamada después de hablar con la interesada. Que vete tú a

saber si a la mujer le interesa saber lo de la chaqueta en el capó de su prometido, en plan tira pegajosa para que se queden atrapadas las inocentes moscas, que somos nosotras. Mientras el drama se propaga, ella hace una broma sobre que no se me puede dejar sola y que me van a poner un saco de patatas en la cabeza, para que no la líe, pero me mira con la cara de complicidad de quien sabe lo que implica transitar por el mundo con un cuerpo marcado como objeto. Sé que la broma es una forma de cagarse en los muertos del cabronazo del prometido.

Madre mía, la que hemos liado. Aunque nos encantaría, no podemos dedicarle el día entero a esta historia, porque mañana tenemos comparecencia en el tribunal, que ahí también la estamos liando. Es curioso como gana siempre la batalla de la importancia la vida personal. Eso sí que es político.

Para cenar, L y yo nos vamos a una arepera, y sale El Líder en la tele y L se pone a gritarle como si nos hubiera acosado a todas. Y como si pudiera oírnos.

Por la mañana, con otro modelo de los que mi jefa considera «vestir bien» y super pronto, llegamos al tribunal. Como si fuera una peli mala, justo cuando se está cerrando la puerta del ascensor aparece una mano que la retiene, las puertas se abren y ahí está él. Incomodidad máxima. Silencio sólido. Mi jefa y yo nos miramos y, de complicidad, casi nos reímos. Los tres pisos más largos de la historia y llegamos. Entramos en la sala y nos sentamos.

De repente, la mujer de delante se gira. Es solo un par de años mayor que yo, rubia, guapísima. Me escruta un poco y me sonríe:

–Eres 2, ¿verdad?

–Sí –sonríe más.

–Cuando me contó ayer que tú te habías tirado a su cuello, no me lo creí. Pero, ahora que te veo, no tengo ninguna duda.

No sé qué responder. Solo la miro y siento un vínculo.

No se casó con él.

2. Karakas

La mujer que quiero tiene que ser corazón,
fuego y espuela.

Luis Silva, *Venezuela*

Y que me perdone el pueblo originario Caribe que habitaba esas tierras antes del genocidio y la colonización, pero me ha hecho mucha gracia ponerle un toque punki al nombre. Es guay ser del pueblo originario que habla una lengua que vuelve punkis las cosas solo con una letra.

Tengo recuerdos geniales de esa ciudad, pero me parece que pertenecen más al tiempo que al espacio. Éramos tan jóvenes que ahora me parece mucho para semejante aventura, vivíamos con lo mínimo, porque lo mínimo era pagar el alquiler de la habitación compartida en el piso compartido, cervezas, transporte y comer, y no teníamos amo, ni marido ni las llamadas internacionales eran asequibles como para hablar con casa más de una vez a la semana, y llamábamos nosotras. Recuerdo bailar salsa hasta ahogarnos en sudor, bailar descalzas, bailar en sitios en los que ahora no me atrevería ni a entrar, bailar pegadas hasta el petting con desconocidos, apuntarnos a planes de gente que acabábamos de conocer, acampar en playas que no creía que pudieran existir, ir a recitales de poesía, a conciertos en la calle, a obras de teatro en sitios que no eran teatros, a sacar amigos de comisaría, a fiestas en barrios donde no iba gente como nosotras, coger dos autobuses solo para comer el mejor perrocaliente, fumar la mejor marihuana que he probado, acabar la gaupasa en areperas, ir a cagar al Hilton, hacernos las modernas en La Mosca, ir a beber primero a La Flama, que estaba al lado. Ahí conocimos al único punki que vi en todo ese tiempo. En La Flama la música se ponía en un casette y la gente llevaba cintas y las ponía y ese punki karakeño puso

«Mucha policía, poca diversión» y nosotras nos levantamos de un salto con mono de pogo y de casa y nos pusimos a patear y aullar y él no dio crédito, porque no te esperas encontrarte a dos vecinas de Eskorbuto en La Flama, Karakas.

3. karamelos

Gracias a dios no conocemos el futuro, no
saldríamos de la cama.

BARBARA WESTON, *August: Osage County*

Siempre he sido más comilona que golosa, por eso –conmigo– lo que funcionaba como soborno era la comida de verdad, no los dulces. Un sandwich del EME, una Doble Gran Ugari cuando existía el Ugari en Henao, que era como una hamburguesería vasca con señoras peinadas como si fueran al batzoki y donde me llevaba mi madre después del médico del asma, si me había hecho daño o me había pinchado; o un «pide lo que quieras, hija» el día que me sacaron una muela enorme con raíces gigantes para lo pequeña que era yo, en el restaurante Anboto de la calle Jardines, que vino seguido de «pues unas angulas» en aquellos tiempos en los que se podía pedir angulas en los restaurantes.

Estoy trabajándome lo de que la comida haya sido mi premio, que a eso te acostumbras y comes por no llorar, o para no beber o para no drogarte, pero en el fondo todas somos un poco Gretel –o ET– y caemos en la tentación del camino de chuches.

O eso creen los viejos. O eso creía, al menos, el viejo que me encontré en la calle Jardines, algunos años antes de lo de las angulas en el Anboto y muchos años antes de que mi vecino y su familia lesbófoba me obligaran a mudarme.

Mi madre estaba dentro de la degustación que había entonces en la calle Nueva, la que corta con Jardines. Las «degustaciones» son esos garitos a los que las mujeres iban a hacer cosas que les daba vergüenza hacer en la calle, como comer pasteles, tomar café solas o estar sin hacer nada. Normalmente, no pueden vender alcohol, pero algunas

tenían una botella de JB o Marie Brizard para las que querían alegrar el cafecito y se atrevían a pedirlo.

Mi madre iba a comerse un pastel.

Yo estaba fuera, haciendo cosas de niña, en plan entretenerme con cualquier cosa, mirarme los pies o manchar el cristal del escaparate con las manos pringosas de pastel. Llegó un viejo muy viejo. Me parecería viejo ahora. Pequeño, arrugado, con txapela y cachaba, tembloroso, con pocos dientes. Un señor Burns txikitero. Se me acercó mucho, demasiado. Yo llevaba un peto de tela fina de rayas rosas y blancas con los tirantes atados con lacitos, que me había hecho mi madre. El viejo sacó del bolsillo unos caramelos de esos de piñones, de El Caserío, con el envoltorio dorado y las letras y los bordes rojos, verdes o azules, y me los metió dentro del peto haciendo frotamientos innecesarios en mi pecho, que estaba muy lejos de convertirse en unas tetas. Pero a él le sirvió, supongo.

A mí me dio asco.

Supongo, también, que este viejo fue el primero. Pero vete a saber.

1. lesbiana

Los sueños duran muy poco, así que tú no lo eres.

Jimena Amarillo, *Billete de amor*

Es el último sábado de Aste Nagusia, pero no vamos a salir. Tener la sensación de haber salido suficiente es una cosa que solo pasa en fiestas de Bilbao.

Comemos risotto de mi receta inventada y vemos una peli noruega preciosa y triste y luego un documental sobre Nan Goldin. Qué tía, Nan. Menuda vida.

Hay que bajar un poco la intensidad, así que vemos *Showgirls* –que no sé si es una buena idea para bajar la intensidad– mientras comemos pizza. Y ella me enseña a pronunciar bien Verhoeven y se ríe de mí porque la primera vez que vi *Showgirls* no me enteré de la trama lésbica.

Y yo me río, pero siento pena de mí misma, porque la trama lésbica no es implícita, como la de *Tomates verdes fritos*, es obvia y extrema y exagerada e inverosímil y fascinante, como toda la película. Me río y siento pena de mí misma porque me pregunto qué ceguera autoinducida me he tenido que imponer para no ver las ganas de follarse que tienen esas dos señoras. Sobre todo Cristal, que la hace una actriz bollera, por lo que sea.

No es un repaso que hago ahora, porque llevo siete años haciéndolo, pero es que lo mío parece cada vez más una disonancia cognitiva que no me la creería si la leyera en un libro. Que me gustaba más Elisabeth Taylor que Paul Newman en *La gata sobre el tejado de zinc*, joder. Que de toda la academia de *Fama*, me gustaba la profesora de ballet, joder. Que en *Jamón jamón* la que más me ponía era Penélope Cruz.

A veces me siento como si estuviera en *El show de Truman* y todo a mi alrededor estuviera guionizado para fingir que nadie se daba cuenta del pedazo de bollera que era. No sé si siempre lo he sido. Solo sé que nunca he estado tan a gusto en ningún sitio.

Y nos reímos de todos nuestros ex, como en la canción de Gabinete Caligari, pero en bolleras feminazis.

2. lesbiana

Si nosotros, las lesbianas y gais, continuamos
diciéndonos, concibiéndonos como mujeres,
como hombres,

contribuimos al mantenimiento de la
heterosexualidad.

Monique Wittig, *El pensamiento heterosexual*

Soy lesbiana.

No sé si eso se es, pero sé que lo soy.

Yo no me acuerdo de haber sufrido de pequeña y adolescente porque quería ser como las demás, como mis amigas lesbianas. Pero sí me acuerdo de haber sufrido de mayor por todo lo que he hecho desde pequeña para ser como las demás. O como los demás esperaban que fuera. O como yo pensaba que había que ser para que te quisieran.

Cuando fui a la segunda de las tres terapeutas que llevo, en la primera sesión me dijo que notaba en mi cabeza (era buena, pero de esas que te tocan y queman palosanto) un mecanismo en el que me adaptaba a las circunstancias y luego volvía a mi situación inicial. Como un tentempié. Como un barbapapá. Como una mujer heterosexual.

He tenido dos maridos, uno bueno y uno malo. Al bueno le hice daño y al malo le dejé que me lo hiciera a mí. A mi alrededor nadie parecía notar la diferencia.

He sido delgada, callada, casera, obediente, transparente, boba y cerda para que me quisieran.

La terapeuta (la segunda, que era buena, aunque me tocaba el cuenco tibetano) me dijo que mi vida era una profecía autocumplida en la que había dos tipos de hombres: los buenos que se van y los malos que te

hieren. No sé si soy buena profeta o buena autocumplidora, pero acerté.

Me dicen que soy lesbiana porque odio a los hombres. Y hay dos afirmaciones ciertas en esa frase, pero no tengo claro que estén relacionadas. Soy lesbiana. Odio a los hombres.

He follado con muchos más hombres que mujeres y era mejor en la cama con los hombres, porque con ellos sabía lo que había que hacer. Lo que ellos quisieran.

Y yo me sentaba en sus pollas y me movía como una bailarina cochina y siempre he tenido unas tetas geniales para mirar y un buen culo para agarrar, así que era un completo inolvidable. Y la chupaba muy bien, porque le ponía empeño, como cuando hago risotto.

Pero nunca estuve contenta. Siempre asustada porque se fueran porque se quedaran porque quisieran repetir porque no quisieran repetir porque les pareciera más flaca de lo que pensaban o más gorda de lo que les perdonaban sus amigos. O demasiado lista.

Con las mujeres soy monógama sucesiva, me corro con alaridos, he llegado a pensar que me quedaba bizca de correrme, y se quieren quedar y algunas quiero que se queden.

Ser lesbiana es estar contenta de verdad a veces, porque es construir espacios en los que los hombres no importan. Y eso significa que huele mejor, se habla más bajo, se escucha más, se baila tranquila y te puedes sacar las tetas sin que te embistan. Se folla a turnos, la piel es más suave, los pelos mejor puestos, los fluidos no dan arcadas y los polvos no se acaban después de un estertor unilateral. Casi nada es unilateral, cuando eres lesbiana.

Ser lesbiana no es el paraíso ideal que nos gusta pensar a las lesbianas que es, pero se parece más a un mundo vivible que un bar de heteros, la calle o tu familia.

Ser lesbiana es lo mejor que me ha pasado, aunque no sea todo bueno.

Ser lesbiana es no ser un tentempié, ni un barbapapá.

Cuando se lo conté a mi terapeuta (la segunda, que es buena, pero no la mejor que he tenido) me dijo: «no me extraña».

Joder, ni a mí.

3. lesbiana

Las mujeres consideraban a Artemisa una
auxiliadora del dolor,

a la que ningún dolor afecta.

Jean Shinoda Bolen, *Las diosas de cada mujer*

Siempre he pensado –y me han dicho– que soy agresiva, casi violenta.

Pero cuando he abierto la puerta y era mi vecino con su mujer y su hija detrás y me ha tirado dentro de mi casa la basura que tenía esperando a ser reciclada al lado de la puerta y me ha roto el espejo y la intimidad al entrar, no me he puesto agresiva, ni violenta.

Y cuando he conseguido que salga al descansillo y se vaya de mi casa y él y su mujer me han seguido gritando que no se puede vivir a mi lado, que en mi casa no hacen más que entrar y salir mujeres, que estoy todo el día follando y que les he contagiado (supongo que el COVID, pero quién sabe con la gente decente) a todos, pues tampoco me he puesto agresiva, ni violenta.

Y cuando me han llamado lesbiana e invertida tampoco.

Y cuando él me ha dado cuatro puñetazos en la cara, me he quedado mirándole, con una interrogación en la cara enrojecida, y le he dicho: «¿Pero qué haces, no ves que está tu hija delante?». Él no es tan viejo como parece, es menos viejo y lo parece más que mi padre. Ella no es joven, pero sí para él. Como yo, más o menos.

La niña es muy triste, y un día me la encontré en la escalera, detrás de las rejas que han colocado para que nadie llegue a su puerta, llorando pero conforme. «*This is my cage*» me dijo. Porque va al colegio americano y allí le enseñan inglés. Lo de estar conforme en una jaula, no sé dónde lo habrá aprendido.

Una noche en la que él se puso malo, antes de que yo tuviera novia, y se tuvieron que ir a Urgencias, ella me tocó el cristal del balcón y me dio un susto que casi me muero y me pidió que me quedara con la niña hasta que llegaran sus padres. La niña estaba dormida así que no la tuve que meter en ninguna jaula.

Él la mira y le dice «¿quién tiene la culpa?» y la niña dice «ella». Flipo.

Todo pasa rápido y parece un vídeo de instagram grabado con el teléfono de otro. Como si no le hubiera pasado a nadie. Pero me ha pasado a mí.

Estoy sentada en el borde del sofá, entendiendo lo qué he vivido. Por qué me ha pegado, por qué les doy tanto asco, por qué la Ertzaintza me ha tratado como si la que la hubiera liado fuera yo, y no la que ha llamado. Por qué el ertzaina me miraba con incredulidad la cara y por qué no han apuntado el espejo roto, las cosas tiradas, la basura dentro y fuera de mi casa en el atestado. Por qué quiero llorar, pero no sé por dónde empezar.

Lo cuento en twitter, me tomo un orfidal y me meto a la cama. Al otro lado de la pared les oigo hablar a gritos de mí.

Por la noche me levanto y me veo la cara hostiada y me pego una bofetada yo también no sé muy bien por qué.

Por la mañana, prontísimo para mí, voy al ambulatorio y la médica me hace un parte de las lesiones, que considera se corresponden con puñetazos en la cara. Me pregunta si ha sido mi novio y le digo que no y me río un poco por dentro. Si supiera.

Descubro que la responsable de redes sociales del ayuntamiento de Basauri, que estudió Periodismo como yo –y estaba claro que iba a tener que tirar de sus enchufes en el PNV para encontrar trabajo– ha madrugado y ha respondido a mi tuit. Resulta que mi vecino «era» el arquitecto municipal del pueblo, pero ya se ha jubilado y ese detalle yo no lo puse en el tuit, y me piden una rectificación. Los años en twitter y el odio manejado me han enseñado a ser prudente como una serpiente, y espero. Pocas horas después han tenido que pedir

disculpas y condenar la agresión, porque hay gente que me cree y hay gente que le importa más una agresión que el prestigio del ayuntamiento de mi pueblo y hay gente que las dos cosas.

Me escribe mi gente y mucha gente a la que no conozco,M me regala siemprevivas porque me gustan las flores y la canción de Rebeca Lane y una periodista pelirroja y valiente hace una campaña y recoge firmas y firma hasta Pepa Bueno y mis amigas se organizan para que no duerma sola ninguna noche y E me dice «amiga, sabes que te tienes que ir, ¿verdad?».

Y la primera noche que duermo sola oigo el ruido de su reja abriéndose y algo que se acerca a mi puerta y miro por la mirilla y veo al viejo dejando algo debajo de mi felpudo. Se va y abro y miro debajo y hay una bolsa con billetes. Sin abrirla parecen setenta euros.

Me asusto mucho y me invento y me creo que es dinero que ha dejado para que unos sicarios me maten o me rompan las piernas y pongo una silla contra la puerta blindada, como en las películas, y escribo a mi abogada y a mis amigas de toda la vida (no las lesbianas) y me dicen que llame al ejército y a los SWAT, y mi abogada que nadie rompe unas piernas ni mata por setenta euros.

A la mañana siguiente, se me pasa el Orfidal y recupero levemente la cordura y me creo que no me va a mandar unos sicarios.

Estoy de baja por ansiedad y pierdo trabajos y entiendo lo que es ser autónoma, porque eso significa no cobrar.

Con mis amigas lesbianas, que me acompañan a todas partes, planeamos mandarles roscos de reyes rellenos de mierda, organizar besadas bolleras en el portal, secuestrar a la niña, darle a él una paliza y seducir a su mujer, pero no lo hacemos.

Mes y medio después, me mudo a mi torre.

En el juicio no admiten delito de odio y la jueza dice que «mi orientación sexual no tiene ninguna relevancia» aunque le tengo que escuchar a él que sus mejores amigas son lesbianas y a ella que lo

único que les molesta de mí es que hago mucho ruido cuando me alivio. Así, «cuando me alivio».

Mis amigas (las lesbianas) me acompañan al juicio y a casa y me escriben mientras veo *El juego del calamar* metida en la cama para no tener que mantener el dolor y la rabia en pie.

Después de unos días, me levanto y ahí están.

Al final, le absolvieron.

Y la declaración de la renta me salió a pagar por haber estado mes y medio de baja.

1. Manuel

Solo él tiene el derecho de tutearle a la mar
le parieron mar adentro y se le quedó la sal
lamiéndole los orígenes
enseñándole el cantar.
Patxi Andión, *Con toda la mar detrás*

Le recuerdo gigante.

Seguro que no lo era, pero a mí me parecía una torre enorme, con manos inmensas. Solo se quitaba la txapela en misa, para comer y para ir a la cama.

Se levantaba muy pronto para ir a pescar y yo me despertaba, porque dormía en la misma habitación en una cama plegable que se hacía sillón de día, al lado de la cama que él compartía con Amama.

Volvía cuando yo me estaba levantando y desayunaba manzanilla con galletas María. Yo apoyaba la barbilla en la mesa y él me daba galletas untadas en manzanilla. No creo que me gustaran mucho, pero me gustaba estar ahí. Y comer.

Un día fuimos a ver cómo llegaba con la pesca al puerto, en ese bote diminuto de madera en el que cabían justo él, su compañero, la caja con el motor y los baldes con la pesca. Begoña se llamaba. Nunca supe quién era esa señora. Ahora lo tiene un pijo de Getxo que restaura botes por afición.

Subieron los baldes con la pesca al puerto y los repartieron en tres partes iguales, aunque eran solo dos.

–¿Para quién es el otro balde, Aitite?

–Para el amo.

–¿Qué amo?

–El amo del bote.

–¿El bote no es tuyo?

–No.

Y miró para abajo.

Y así entendí la plusvalía.

Y el odio de clase.

Él me enseñó a nadar.

Me llevaba en el bote hasta alta mar, me ataba una cuerda de nylon verde a la cintura y me lanzaba al agua. Cuando me hundía, tiraba de la cuerda y me sacaba a flote. Hasta que un día no me hundí. Tenía cuatro años. Podría haberme ahogado o cogido pánico al agua, pero resulta que es el único sitio en el que soy intrépida, osada y valiente.

Una vez, paseando con el bote no muy lejos del puerto vimos una orca y la seguimos. Todavía recuerdo esa cola enorme y ese cuerpo gigantesco saliendo del agua y rompiéndola hasta casi hacernos volcar. Flipé muchísimo. Más flipó mi madre cuando se lo conté. Casi lo mata.

La única travesura que recuerdo (esto le preocupó bastante a mi anterior terapeuta, que fuera tan buena de pequeña) fue una vez que estaba con él en la gabarra, que es un bote grande y cerrado, como una casa flotante, en el que se guardan los aparejos, las jaulas para el marisco, las cuerdas, las boyas… no sé, muchas cosas que hacen falta para pescar tres baldes al día. Mientras él estaba arreglando algo, yo me subí al tejado (no recuerdo cómo, no era yo muy ágil) y me tumbé arriba a mirarlo en silencio. Cuando él se dio cuenta de que hacía tiempo que no me veía, empezó a buscarme y enseguida se asustó muchísimo, porque no había muchos sitios en los que buscar. Empezó a llamarme a gritos, angustiado porque me hubiera caído al agua y yo lo miraba sufrir desde arriba. Cuando aparecí, estaba más sorprendido que enfadado o aliviado. Supongo que no conocía la crueldad.

En casa se asustaron el día que me gritó. Nunca lo había hecho. Resultó que tenía un tumor en la cabeza. Murió al de un mes.

Mi anterior terapeuta me dijo que tengo un duelo no superado desde entonces. Que me asusta querer y que pienso que los hombres buenos se acaban yendo.

2. Madonna

To everyone who gave me hell
and said I could not, that I would not, that I must not,
your resistance made me stronger,
made me push harder,
made me the fighter that I am today,
made me the woman that I am today.
MADONNA

Nunca es la persona, la figura, su trayectoria o su obra. Siempre eres tú.

Dónde te pilló, qué te dijo, dónde te toca.

Supongo que tiene que ser agotador ser la ídola de alguien, porque significa que alguien vuelque todas sus expectativas incumplidas en la idea que se ha inventado de lo que eres tú. No me imagino qué supone ser la ídola de millones de personas. Me mato. He tardado años de terapia en entender que me tengo que querer aunque la gente odie a la persona que se han inventado que soy y aunque la gente quiera a la persona que se han inventado que soy más que a mí. ¿Qué te crees: que no sé que habrá tomado decisiones pensando solo en el dinero y que probablemente sea una imbécil gordófoba? ¿Y a mí que me importa?, ¿me voy a hacer su amiga? Me importa que cuando tenía diez años, estaba sentada en el suelo de casa de Amama viendo la tele y salió una tía vestida de novia en sujetador y ligueros siendo cerda mientras cantaba una canción que no entendía porque yo estudiaba francés, pero dije: «¿perdona? ¿se puede ser así?». Y cuando tenía dieciséis volvió a cantar la misma canción en una gira y lo hacía desde una cama simulando de una forma muy obvia una masturbación. Y

cuando tenía dieciocho publicó un libro en el que era la puta dueña de su cuerpo y se hacía fotos pasándose por el coño los géneros y las razas y la moral. Me importa que ella tenía cuarenta y tres cuando le dieron un premio y se espatarró como si fuera un tío y contó que la habían violado y que era una mala feminista y dijo que «*there are no rules if you are a boy*» y soltó un discurso que no tenía ninguna necesidad de soltar y que me sigue poniendo los pelos de punta. Y yo tenía cuarenta y nueve cuando fui a verla, otra vez, con I, otra vez, y bailamos y lloramos y bebimos katxis de cerveza y fuimos felices porque esa zorra que bailaba como nadie y ahora es vieja y ya no es lo mismo y siempre ha estado rodeada de maricones nos ha ayudado a creer que éramos posibles. Aprendimos a ser zorras y ambiciosas y orgullosas barriobajeras con ella. Y ahora vamos a aprender a ser viejas. Y si no te gusta o me quieres contar que una vez hizo unas declaraciones que nosequé o que anunció Coca-Cola, vete a un bar de heteros a beber IPA y a fingir que no tienes conexión con tu cuerpo, que es de ellos.

3. miedo a Juan sin miedo

No hay mujer sin herida
ni hombre que no mienta.
Bad Bunny, *Andrea*

Éramos tan pequeñas que no teníamos miedo a los hombres como él.

Ni a ningún otro, supongo.

Jugábamos en los columpios a ver quién de las dos subía más alto, y seguramente fuera E, porque siempre era más intrépida que yo, hasta que nos hicimos mayores.

Nuestras familias estaban cerca, aunque no las veíamos, preparando la mesa y las ensaladas –ellas– y haciendo el fuego en las parrillas del merendero –ellos–. Todo muy vasco y muy bucólico y muy normal. Dos familias pasando un día en el monte, aprovechando las mesas y las parrillas de piedra en los alrededores de una ermita en un monte al que se llega en coche, que si no hay que cargar con la comida y todo. Y las niñas, en los columpios.

No me acuerdo si le pusimos «Juan sin miedo» antes o después.

La verdad es que ya habíamos entrado a pedir un vaso de agua al bar que tenía en los bajos de la ermita y vimos que tenía una revista porno abierta encima de la mesa, que no cerró cuando entramos. Pero, yo qué sé, pensaríamos que todos los hombres hacían eso o que no tenía nada que ver con nosotras. Bebimos el agua y volvimos a los columpios.

Él salió a la puerta y nos miraba, pero, yo qué sé, pensaríamos que no tenía nada que ver con nosotras. Hasta que nos dimos cuenta de que tenía el pito fuera. Y que lo estaba agitando. Por supuesto nunca habíamos visto un pito adulto ni sabíamos lo que era una paja, pero

sabíamos lo suficiente como para entender que no era muy buena señal que un hombre como nuestros padres se agitara el pito mientras nos miraba.

Corrimos hacia donde estaban nuestras madres y padres y contamos como pudimos que había un señor agitando el pito ante nosotras. Nuestras madres vieron cómo la inmunidad de sus hijas pequeñas se destruía en su puta cara y se abría el foso del castillo de la feminidad, del que solo se sale si te saca un dragón (o un príncipe, ¿cómo era?) o tirando la trenza al primero que pase. Nuestros padres empezaron a hacer aspavientos y a cagarse en todo y a lanzar amenazas al aire pero para cuando se habían organizado y fueron a por él, ya había cerrado el chiringuito y se había pirado. O se había escondido.

Volvimos más veces a ese lugar, pero no íbamos a los columpios.

Me pregunto si los padres de otras niñas le pillaron. O a cuántas habrá violado.

1. novia

Beautiful, beautiful girl from the North,
you burned my heart with a flickering torch.
IGGY POP, *Candy*

Es lista, artista, divertida, farrera, bailonga y guapísima. Tiene más heridas de las que nadie debería tener pero no las usa para ser mala con nadie. Es tan empática que da miedo (por ella). Canta que flipas.

Dormir, follar, comer, bailar, reírnos, emborracharnos, ver películas en el sofá, ver películas en la cama, ver películas en el cine, hablar del pasado, hablar de lo malo, hablar de nosotras, hablar de lo que nos ha pasado, ver vídeos tontos juntas, mandarnos vídeos tontos, querer a la gente de la otra, fantasear con seguir igual, fantasear con ser ricas, perrear, pelear (con los malos), cuidarnos, despertarnos, no creernos la suerte que tenemos.

Ojalá diga en serio lo de estar siempre juntas.

Espero merecérmela.

O que se quede.

2. nadie

Que la reseca muerte no me encuentre vacía y
sola sin haber hecho lo suficiente.

ANA BELÉN, *Solo le pido a dios*

Qué miedo, ¿no? No ser nadie. Supongo que le pasa a todo el mundo, pero luego veo las vidas e igual hay gente a la que no, a la que con eso le vale. Pero tampoco he visto a nadie usarlo como orgulloso pasaporte: «no soy nadie». Qué miedo la irrelevancia ¿no? Aunque tampoco he visto a nadie ser más feliz por eso. Creer que sí, sí, pero serlo no.

Me dan pena las fotos antiguas porque sé que esa gente ya está muerta y ya no son nadie. Y me muero de pena con las fotos antiguas que aparecen en rastros o en la basura o en mudanzas ajenas porque eso es que la gente se ha muerto para nadie. Qué miedo, ¿no?

Los bloques enormes de casas pequeñas, como en el que crecí, con pisos con número, con puertas con letra, con buzones sin nombre, con ventanas como celdas, «mira la mía es esa, la segunda de la derecha empezando por arriba, sí, esa, la de las cortinas amarillas». Así es difícil ser alguien. Igual por eso me empeño.

No me creo que alguien no lo quiera, aunque sea para alguien. Nos tatuamos, bordamos iniciales, modelamos nuestros nombres, hacemos canciones, dibujos, casas, fotos, libros, para que alguien nos reconozca, nos nombre, nos siga, nos envidie, nos recuerde. Perdemos elecciones y guerras y batallas para que alguien se acuerde de quiénes somos, queremos pasar a la historia de otras vidas de gente que no son nadie. Supongo que eso es ser alguien, que te conozca alguien que no es nadie para ti. No me creo que alguien no lo quiera.

3. naderías

La narración sobre el peligro sexual es un relato
de límites que respetar,

de territorios que no traspasar:

la frontera que contiene el cuerpo supliciado y
el cuerpo dócil.

Nerea Barjola, *Microfísica sexista del poder*

El que me llamó cerda el martes pasado porque le dije que qué asco escupir un gapazo dentro del bar. El que me llamó marimacho cuando le canté el estribillo de «*Telephone*» de Lady Gaga para que me dejara de comer la oreja en el mismo bar. El guiri altísimo que me mordió la cabeza en el concierto de Underworld, justo en el mejor momento de «*Born Slippy*». El figura de la izquierda local que me dijo que un mes saliendo a correr y estaría buenísima. El que me puso la polla erecta contra el culo toda la noche cuando dormíamos cinco personas en la misma tienda de campaña. El que me dijo que me estaba poniendo intensa cuando intenté hablar en serio del genocidio en Palestina en un programa de radio en el que nos pagaban por opinar. El que me lamió el sobaco mientras bailaba despreocupada en la txosna de Mekauen en fiestas de Bilbao. El que se quedó agachado mirando cómo meábamos mis amigas y yo. El desconocido que se subió borracho a un avión y se sentó a mi lado y se pasó todo el viaje hasta Frankfurt gritando que iba a follar conmigo en el baño. El que me llamó «marujona anorgásmica» delante de toda la clase cuando me decidí a preguntar por primera vez en primero de Ciencias Políticas. El profesor que me ridiculizó cuando le pedí que no hablara solo en masculino en una clase de Periodismo en la que éramos casi todas mujeres. El novio de mi amiga que me dijo que con ella hacía el amor pero que conmigo follaría como un animal. El desconocido al que tuve

que sacar a hostias del taxi en el que se había metido con mi amiga, prácticamente inconsciente. Al que tuve que sacar del baño tirando la puerta abajo de una patada porque se había metido detrás de mi amiga, casi inconsciente. El que me agarró de las orejas y empujó con violencia mientras se la chupaba. El que me robó la txapela de Aitite, que no volví a ver más, en una fiesta de la uni, solo para lanzarla al aire. Cada uno de los que me han comido la oreja a mí y a mis amigas y a mis novias porque no soportan vernos bailar despreocupadas.

1. ñ de mañana

No sé si está bien o está mal,
yo sé…
sé que vengo a matar.
Najwa Nimri, *Panpan*

Mañana he quedado para comer con una amiga para celebrar que acaba de curarse de una cosa mortal, y para cenar con Novia para celebrar que he entregado el libro en plazo (a la tercera). Y a las diez voy al palacio a presentar a una feminista muy lista que viene a hablar de amor romántico a la gente que agotó la plazas de la escuela feminista que hemos montado, y luego a entrenar con la amiga que me está volviendo Xena y luego a terapia.

Y voy a comprarle el libro de Britney Spears a la de las de Santurtzi que me ha tocado de amiga invisible y el jersey beige que me ha dicho Ama que quiere Aita para el Olentzero –que en mi casa es Mari Domingi–, que ahora que la pequeña ya nos ha confesado que lo sabe (aunque yo creo que en realidad lo sabe desde hace años) pues ya podemos ceñirnos al regalo por persona y podemos preguntar qué quiere cada cual. Yo he pedido una batidora. Y luego iré a hacerme las uñas, creo.

Ya no tengo nada hasta enero, que me tocan un par de bolos del monólogo en el que bromeo con lo de matar a todos los hombres cishetero y luego me voy a Argentina, a ver a amigas, hacer un par de bolos a la gorra y abrazar a las compañeras que están en shock con lo de que gobierne el país un imbécil con graves problemas de empatía, una masculinidad más problemática que la media y millones de votantes. Y luego, presentaré el libro, veré cómo se recibe y disfrutaré del sueño cumplido. Y después me dedicaré a rodar el nuevo

monólogo que me bulle entre dientes y a ver por dónde nos lleva la vida.

Vivir, compartir, trabajar, colaborar, disfrutar, salir a comer, de vinos, al cine, a bailar con mujeres* listas y majas con las que las cosas son fáciles o se hablan. Pensar y organizarnos para vivir al margen de quienes nos matarían si pudieran porque no queremos seguir limpiándoles la mierda, escuchándoles hablar, comiéndoles la polla y aplaudiéndoles la feria. Mientras, pensamos y nos organizamos para que ninguna tenga que hacerlo. A ver cuántas quedan cuando –de verdad– lo haga solo la que quiera.

Ese es el plan.

2. ñ de niña

Me gustaría pasar un rato
sin nadie herido y nada roto,
no preguntes cómo estoy.
SUZANNE VEGA, *Luka*

Cuando te das cuenta de que eres una niña es justo cuando dejas de serlo.

No puedes aplazarlo. A veces ni quieres. A veces tienes ganas de dejar de serlo. Y luego te pasas la vida entera intentando volver y te gastas dinero en terapia y drogas para encontrarla. Y, para cuando la encuentras, pues normalmente está muerta.

Niña de no tener vergüenza, digo. Niña de levantarte la falda, de mear en cualquier sitio, de comer con las manos, de mancharte y reírte y llorar y tener mocos y limpiarte en la ropa. De decir lo que opinas y lo que nadie te ha preguntado. De ser mala si te da la gana y llorar o enfadarte para arreglarlo. De comer cuando tienes hambre, de dormirte donde te pille el sueño, de bailar y seguir bailando aunque te miren, de enfadarte si se ríen de ti, de comer lo que te apetece, de no mirarte en el espejo sin gustarte y zalamearte. De no dar besos si no quieres, de no dar las gracias si no te gusta lo que te han dado y de no dar lo que te quieres quedar.

Niña de sin domesticar, sin domar, sin apaciguar, sin suavizar, sin asustar.

Niña de con ganas o nada, de con hambre o no se come, de con sueño o no se duerme, de con gracia o no se ríe.

Niña de que no nos soportarían si no dejáramos de ser así nunca.

3. ñ de Añana

Lo que me falta es compasión, perdón y piedad,
no racionalidad.

Beatrix Kiddo, *Kill Bill*

Estoy de visita guiada en las Salinas de Añana.

No soy yo muy de excursiones domingueras, pero son las secuelas de emborracharse en casa ajena en La Rioja alavesa el sábado. Parada cultural el domingo en el camino de vuelta. Es bonito, hace bueno, es curioso, la chica que lleva la visita lo explica muy bien. Me entrego. Qué cosa, la sal.

Me empiezan a entrar decenas de mensajes y llamadas al móvil. Todas a la vez.

Tardo tres segundos en entender lo que está pasando.

Llamadas, videollamadas, fotos, fotopollas, mensajes, mensajes con pollas. Cientos, todos a la vez.

Colapso porque entiendo. Entiendo porque llevo así una década. Recojo en la mano una traca infinita de las cosas que dicen los hombres cuando están hablando con una mujer que no respetan y a la que se quieren follar (que son casi todas).

Cuelgo dos llamadas por segundo. Es imposible leerlo todo porque no da tiempo y porque dan arcadas y ganas de matar a partes iguales.

La gente con la que voy me ve actuar de forma rara. Entre espía sin experiencia y apaleada con ella. Trato de no hacer demasiados aspavientos, porque no quiero centrar la atención ni molestar. Como si lo que me está pasando fuera culpa mía. Que lo será, supongo. Cuento por encima lo que me están haciendo y ponen cara de fastidio y me siento la amiga problemática que siempre he temido ser y sola.

Llamo a la Ertzaintza. Porque todavía no he aprendido que no sirve para nada. Que vaya a comisaría en cuanto llegue a Bilbao. Y voy. Porque todavía no he aprendido que no sirve para nada.

Voy.

Por el camino he escrito al que menos asco me ha dado, entre los que me mandan la foto de su polla (o la de otro, nunca se sabe) con la foto de sus hijas en el perfil; los que me mandan la foto de su polla (o la de otro, nunca se sabe) con la foto de su mujer y sus hijas en el perfil, y los que dicen lo que me harían con su polla en mi boca, en mi culo y en mi coño y por dónde me echarían la lefa, con su propia foto, de cara y vestidos en el perfil.

–¿De dónde has sacado este número?

…*escribiendo*

–Me lo has dado tú. ¿No eres tú?

–¿Quién se supone que soy?

…*escribiendo*

–Yo pensaba que estaba chateando contigo.

–Pues no.

–Pues alguien te quiere joder y se está haciendo pasar por ti. Con el nick NINF45 y tu foto en Hispano WebChat.

–¿Y quién se supone que soy?

…*escribiendo*

–¿No eres Irantzu?

Joder.

Joder.

Ahora entiendo todos los mensajes que he recibido en los últimos minutos de «ahora te pones tímida, puta», «llevas toda la tarde calentándome, ¿ahora por qué no respondes?» y todas las variables de mevasadejarasí/calientapollas/quemeduelenloshuevos, pero en tipos a

los que no les ves la cara ni te la ven ellos a ti y para matarse a pajas eso les da igual.

–Gracias, supongo.

–Lo siento, tía. Pensaba que eras tú.

Qué asco.

Llego a la comisaría. Lo peor es siempre contarle tu película a ese ser que pensaba que se conseguía este trabajo por el dinero pero que se ha quedado porque le pone el poder, pegar a gente y la pipa.

He ido demasiadas veces a contar historias parecidas con resultados similares: yo cuento mi peli, el policía no entiende la mitad de lo que le estoy contando, me mira con cara de desconcierto, desaprobación, desprecio y más cosas que empiezan por des; y –al final– no pasa nada.

Pero esta vez es tan obvio, hay tantas pruebas, tenemos el teléfono de cada uno de los agresores, están las imágenes, las niñas haciendo felaciones, la suplantación de identidad, yo que sé, está tan claro, que me creo que van a hacer algo.

–¿Link?

–Nick.

–¿Link?

–No, nick.

–¿No es lo mismo?

–¿Pero tú no eres el responsable de delitos informáticos?

–Sí, ¿pues?

Buf.

Ni una sola de las denuncias fue siquiera admitida a trámite.

Ni la suplantación de identidad en varios chats sexuales, ni la publicación de mi teléfono móvil en redes sociales, ni el envío de vídeos y fotografías con pornografía infantil, ni el acoso insoportable

que supone que cientos de tíos que te odian puedan llamarte por teléfono, mandarte mensajes o meterte en grupos de guasap, ponerles de nombre «la manada» y empezar a compartir fotos de mujeres descuartizadas o de agresiones sexuales a niñas, cantarte el «Cara al sol» o explicarte con detalles cómo van a violar a tu hermana.

Piénsatelo bien la próxima vez que le digas a una tía: «denuncia».

Igual ya lo ha hecho.

En la copia de la denuncia que me dieron pone «link», no «nick».

1. o de selva

A la buena besos y abrazos,
a la mala botellazo, sin soltar el vaso.
Bad Bunny, *Andrea*

Nos parecemos demasiado para no ser hermanas.

Nos parecemos más de lo que creemos, puede que de lo que queremos.

Siento que entre ella y yo somos todas las que han sido antes. Nana, la que echó a su marido de casa en 1923 porque le contaron que se estaba jugando a las cartas la máquina de coser que daba de comer a su hija y sus dos hijos, la que daba pecho a los hijos de los (más) ricos (que nosotras) con un uniforme con delantal y cofia (lo sé porque tenemos una foto en un marco), la que vivió más de cien años. Amama, la sardinera de la foto llevando a vender una cesta de pescado, en alpargatas, con el mismo remango y el mismo pico en el nacimiento del pelo que tenemos todas. Su Ama, que siempre ha soñado más de lo que le tocaba y menos mal. Mi Ama, que ha desobedecido mucho más de lo que podía y qué bien. Su hija, que parece haber escogido lo mejor de todas.

No me atrevo a contar su historia.

Seguro que lo acaba haciendo ella.

2. orfidal

I've had a hole in my heart for so long.
I've learned to fake it and just smile along.
KATE PIERSON, *Candy*

Es muy difícil de explicar, si nunca la has sentido.

Seguramente, es más difícil de explicar, si sí la has sentido. Pero es facilísima de entender, si la sientes. Porque de la ansiedad no se puede hablar en pasado. Siempre está ahí, agachada detrás de tus intentos vanos de felicidad, para saltar en cualquier momento y joderte la vida en ese momento, que es la vida.

Si tienes ansiedad no tienes capacidad para pensar en el futuro. Estás siempre ocupada en repasar todo lo que hiciste mal y en adivinar todo lo que puedes hacer mal desde ese momento. No es ser pesimista sobre lo que pueda pasar. Es tener certezas con las que vas a lidiar desde este momento y hasta que te mueras.

Es como un mecanismo perfecto en el que todos los sistemas de tu cuerpo empiezan a funcionar a la vez con el único propósito de que te encuentres mal. De que te quieras morir. De que te quieras marchar. No es una sensación autodestructiva, es un deseo insoportable de huida. «No puedo estar aquí, no puedo aguantar esto, no puedo ser yo. Quiero ser otra persona, en otro sitio, haciendo otra cosa. Lo que sea, menos esto».

Por eso corremos, bebemos, leemos y nos dejan drogarnos. Para que no huyamos.

Es como vivir en un novelón ruso todo el rato. Como ser Ana Karenina, con el terciopelo verde, los corpiños, los tocados, los juicios morales, los peinados elaborados, la culpa y las pasiones arrebatadas,

pero para abrirle al que te trae la pizza. Para ir a trabajar. Para hacer cosas anodinas en tu vida anodina, que es una sucesión de cosas anodinas, pero a ti te parece *Holocausto caníbal*. Es llevar el drama, el culebrón, las pasiones genuinas y monopolizantes del alma –que ríete tú de Shakespeare– al supermercado.

Es entrar en colapso como si estuvieras ante un león, un apocalipsis zombi nuclear y la muerte abrupta de toda tu familia, pero por la cosa más insignificante. A veces tan insignificante que no la ves lo suficiente ni como para señalársela a alguien.

Es vivir como un bombero, pero no en la parte del horario laboral, las pitikis y el sueldo, sino en la de que, en cualquier momento, tu actividad intrascendente, tu vida inane, tu ocio pasivo, se puede ver atravesado por una sirena que haga que te levantes de un salto y te enfrentes a una situación que ningún humano está preparado para soportar, y hacer heroicidades que ningún humano haría, si lo pensara.

Es saber que después de la calma, siempre llega la tormenta y que tienes un pararrayos injertado en la cabeza.

Es saber que se pasa paseando, respirando, durmiendo, relajándote, pero que es precisamente lo que te inmoviliza, te corta la respiración, te quita el sueño, te tensa hasta el dolor.

Es saber que se cura pensando en lo que te preocupa, quitándole importancia, relativizando, tomando perspectiva, pero que es precisamente lo que te impide tener pensamientos complejos, te arrastra a sobredimensionarlo todo, te quita la capacidad de ver nada más que tu tragedia, que se mostraría inexistente si fueras capaz de ponerla en relación con tu contexto y con el del resto. Y reduce tu perspectiva a las cuatro paredes altísimas de mármol pulido inescalable que se te acercan a toda velocidad y te meten en un zulo que solo ves tú.

Es ahogarte en un vaso de agua que para ti es un balde con la mano de un guardia civil apretando hacia abajo en tu cogote.

No te hace comer, ni llorar, ni beber, ni gritar. Eso lo haces tú. Para que tu cuerpo haga algo que no sea entregarte a ella. Como quien se hace daño para sentir un poco menos un dolor más fuerte. Te arañas, te tiras del pelo, rompes cosas, das patadas. Para sentir otra cosa, aunque no sea mejor. O porque cualquier dolor parece mejor, aunque no lo sea.

Eso es la ansiedad. Creo.

3. ósculos

Me gustaría que las personas no nos obligáramos

a representar papeles que no nos apetece representar.

Y que, entre todos, hubiera un poco más de ternura.

MARIANNE, *Secretos de un matrimonio*

Algunos besos no deberían llamarse así.

Besos babosos, fríos, pegajosos, con más respiración que jadeo, con más aire que fuego, con la piel fría, con las manos torpes, tan tristes que no sabes cuándo terminarlos.

Como los besos que nos dábamos cuándo éramos adolescentes y nos besábamos con cualquier chico que nos quisiera besar. Por probar.

En el colegio de monjas, en octavo, toda la información nos parece valiosa. Socializamos los primeros besos con lengua, las primeras tetas tocadas por fuera, los primeros dedos, los primeros chupones, y los contamos con detalles y mucha omisión, para que los disfrutemos todas. Pocas se atreven a admitir que no les ha gustado, que les ha dado asco, que no lo querían así, que imaginaban algo mejor. Que esperaban que fuera mágico, como en los libros de Danielle Steel con los que trapicheamos: lenguas intrépidas y habilidosas, escenarios bucólicos o elitistas, polvos largos y tórridos pero tiernos, gemidos a dúo, ropas que se arrancan y no se arrugan; frente a portales a oscuras, callejones, manos torpes que se hacen hueco entre cremalleras y botones a medio abrir, demasiadas babas y pocos orgasmos.

Normal que le echemos un poco de cuento. Me gustaría saber cuál es el margen entre que una adolescente empieza a follar o similar y su

primer orgasmo compartido.

Nos contamos el cosquilleo entre las piernas, las bragas mojadas, los escalofríos, las frases empalagosas, las manos imparables y los piropos prefabricados. Y con eso construimos fábulas en las que somos mayores y follamos con quien nos quiere. Pero no nos contamos que no nos apetecía pero hemos seguido, el miedo a que nos llamen estrechas o putas, el daño que hacen, la imposibilidad de decir que no te gusta, el olor a tabaco y cerveza y pota, el frío, el miedo a que nos pillen, el hacer por hacer, el chantaje, la ausencia de preguntas, la falta de escucha. Las veces que hemos estado sentadas sobre las piernas de uno sin tener muy claro que nos gustara, en el banco de un parque, de noche, dejando que nos metiera la lengua hasta la garganta y multiplicando las manos para que no meta las suyas donde no queremos, pero sin decirle que pare. O las que hemos seguido bebiendo kalimotxo, o licor de melocotón o patxarán o tequila, aunque ya estuviéramos pedo, porque así íbamos a tener excusa para irnos al callejón, o al descampado o al muelle y dejar que nos soben sin rumbo, a ver si –con un poco de suerte y un mucho de intención– nos gusta. O las que nos hemos ido con el último que quedaba, o con el primero que nos elegía, para ver si esta vez sentimos algo parecido al placer, que no se consigue ni haciendo pajas, ni mamadas, ni dejando que te meta la polla o los dedos un niñato borracho que no sabe lo que hace pero sí lo que busca: correrse él. Y contarlo.

Empezamos en las monjas, poniéndole imaginación y lazos y purpurina y música de fondo y cuento, pero ya no paramos nunca. Velo y anillos le pusimos luego.

Demasiados besos entregados sin querer, a bocas y a lenguas que no nos decían nada. Demasiada saliva tragada. Demasiados polvos por compasión, por miedo, por no negociar, por no oírle. Demasiadas pollas donde no queríamos, como no queríamos, cuando no queríamos. Demasiadas veces mirando al techo, a la pared, al horizonte inventado. Demasiado cuerpo regalado por compromiso. Sin placer ni ganas. Ni sexo.

1. pueblo

Niña dame la mano, ha llegado el momento de
quemar Bilbao.

Doctor Deseo, *Darle fuego a Bilbao*

Aprendí a hablar, a andar y lo que era una familia obrera en una casa pequeña y superpoblada en Santurtzi.

Aprendí a jugar en la calle, a pasar miedo al volver sola a casa y lo que era el centro, viviendo en los márgenes en un barrio obrero en Basauri.

Vivo en una tierra en la que tener amistades desde la infancia es obligatorio y se convierten en una especie de familia elegida demasiado pronto como para haberla elegido.

Me he librado de muchos y ha sido cada vez más fácil. Ertzainas, compradores de bebés, peterpanes de porro y San Miguel, machistas de siempre aunque yo no lo pillara, neoliberales sin culpa, cumplidores de las normas, heteros orgullosos y petardos que creen que han nacido en el mejor sitio del mundo. Esos fueron fáciles. Otras despedidas me costaron más.

Salí de mi entierro en la ciudad en la que todo está cerca, en el barrio en el que está todo lo que necesitamos y encontré amigas que querían serlo, a veces sin saberlo. Y ahí seguimos. Algunas.

Ha costado quedarse con las de siempre, las que son tierra. Porque a veces parecía que les molestaba mi vida y muchas veces me ha molestado la suya. Y muchas veces me ha molestado mi vida como ellas la veían. Y muchas veces, no encuentras el tiempo.

Con las que quedan, nos sentamos a comer pasta artesana copiada de una receta italiana en mi torre y acabamos cantando canciones de

Shakira de las viejas con pelucas en el karaoke de YouTube en la tele. Nos tatuamos cosas tontas que ahora importan. Quedamos entre semana cuando a una no le tocan las crías o ha tenido un mal día, y acabamos en un japonés extraño en el que puedes repetir eternamente, muertas de la risa, o cerrando el Zazpi. O comemos una vez al mes, casi siempre en una terraza con cocina que cierra tarde, para no perdernos la pista. Nos contamos las bobadas cotidianas y nos adivinamos las excepciones trascendentes. Nos juntamos a comer, a beber, a llorar, a consolarnos, a hacernos reír, a contarnos los divorcios, los despidos, los ascensos, las deudas, las multas, los sustos médicos, los miedos. Trapicheamos con consejos. Bailamos alguna vez, recordamos casi siempre, nos metemos en harina enseguida, que luego hay que volver a la vida.

En terapia aprendí que no hay que quedarse por el tiempo que hace que conoces a nadie. Con ellas aprendo que hay pocos tiempos más valiosos que los que pasas con quien no necesita hacerte un hueco, porque en su vida tienes sitio.

Amigas, os quiero.

2. páginas

Cuando escribes siempre piensas que todo el
mundo te está entendiendo.

Lucía Lijtmaer

Recuerdo devorar libros. Recuerdo la enciclopedia *El mundo de los niños* de pe a pa. Recuerdo los fascículos semanales de *El libro gordo de Petete* de arriba a abajo, hasta las clases de Esperanto. Recuerdo leer *La casa de los espíritus* tres veces seguidas, porque no se podía comprar otro libro esa semana. Recuerdo los nervios en la librería Biok, la única de Basauri que tenía –de verdad– libros, eligiendo uno nuevo, con los mismos nervios que, un poco más pequeña, me daba tener que elegir solo una trufa de todas las que tenían en tarros gigantes redondos de cristal en la pastelería Ori-beltza en Gernika, cuando volvíamos de la playa de Pedernales. Recuerdo los lomos amarillos con el apellido y el título en negro, y pensar que esos eran los libros buenos. Recuerdo usar la linterna con forma de boli que hubo que comprar para hacer de angelito en la actuación de navidad de ballet, para leer escondida debajo de las sábanas, porque ya era hora de estar durmiendo. Recuerdo el horizonte inmenso cuando me dieron el carné de la biblioteca de mayores, empezar a leer al azar, por orden alfabético de los autores y que se me haya quedado esa manía, que en las mudanzas las únicas cajas que van ordenadas son las de los libros, separados por género y ordenados por apellido de la autora. Recuerdo la felicidad cuando conseguí que nos hiciéramos de Círculo de Lectores y había que elegir un libro cada dos semanas. Recuerdo la primera vez que escuché a alguien hablar de «La Biblioteca» de su casa. Recuerdo que me pareció injusto. Recuerdo haberme leído todos los libros que había en mi casa y en la de Amama, sin criterio, desde una novela con rollo sexual enmarcada en ETA que había ganado el Planeta en 1981 hasta *Yo, Claudio*. Algunos, varias veces. Recuerdo

empezar a saber qué leer. Recuerdo el cuatrimestre de la uni en que hubo que leerse ONCE libros (un diez, saqué). Recuerdo flipar tanto leyendo que tienes que leérselo a la que está al lado, que está leyendo otro.

Recuerdo el miedo que me da escribir, porque recuerdo el placer que me da leer.

Recuerdo a mi terapeuta de ahora diciéndome: «Si llevas cincuenta años intentando decepcionar a todo el mundo y no lo has conseguido, igual no eres tan decepcionante».

3. psicomotricidad

Tú no me das todo lo que quiero, me das todo
lo que tú quieres darme.

Joanna Wallace, *Dos en la carretera*

Ese día descubrí que para hacerle la cobra a alguien hay que tener un control sobre la propia psicomotricidad, incompatible con determinado nivel de alcohol en sangre.

Son carnavales y no es que eso sea un acontecimiento en Bilbao, pero yo voy disfrazada de Frida Khalo. Bastante lograda, por cierto. Mi pelo negro, mis cejotas, mi voluptuoso stock de complementos con toque étnico, heredados de un pasado extraño de grunge y cooperante internacional, y el origen de Frida, contribuyen a un parecido más que aceptable. Por lo menos para unos carnavales en Bilbao.

Yo he salido con dos amigas brasileñas. Una de ellas, alta y rubia, va disfrazada de pirata y la otra, bajita y morena, va de Dilma Rousseff en el día de su detención. Demasiado conceptual, ya se lo digo. También es demasiado osado invitar a los carnavales de Bilbao a dos brasileñas, pero no soy muy de medir los riesgos.

Avanzada la noche, Dilma ha perdido la foto de su ficha policial, que le daba cierta coherencia al disfraz, así que ahora, vestida con una camisa de cuadros y con unas gafas redondas, hacemos el chiste de que es Trotsky, y hacemos como que follamos por los bares del Casco Viejo, porque nunca nos ha caído bien Diego Rivera. Perdemos a la rubia, y la morena se marcha poco después con su novio, que va de flamenca (esa cosa de los heteros vascos de travestirse en cuanto pueden).

Así que yo me quedo con su amigo. Es alto y cocinero, y bailamos y hablamos de puros y bebemos vino de una bota. Me cuenta el truco de

que, para que quede bien el sushi, hay que cortarlo con un cuchillo previamente metido al congelador. Funciona.

Acabamos en el Badulake. Bueno, no. Ahí descubro lo de la psicomotricidad mínima para hacer la cobra. Como estoy tan borracha que no soy capaz de esquivarle, nos morreamos y acabamos en mi casa, que entonces estaba muy cerca. Recuerdo un morreo más en casa y recuerdo un poco de lío con la falda, porque llevaba varias capas, con eso de conseguir el look étnico de Frida.

A la mañana siguiente me despierto y no está.

No recuerdo nada después de lo de las faldas.

Pero debe de haber sido una noche larga, porque hay dos condones usados en el suelo, al lado de mi cama.

1. queda

Ya no queda paciencia
sobran razones
voy a llevar encima la opinel
por si tengo que hacer los honores.
La Furia, *Opinel*

Queda gente, claro que queda. Parece que cada vez menos, pero es cada vez mejor, lo que queda.

Queda lo que has aprendido, que nunca es lo que creías que ibas a querer aprender.

Queda tiempo, si tienes suerte, para decirle a la gente que te importa que te importa o para intentar que lo noten, si eres incapaz (como yo).

Queda rabia por descubrir para no esperar a tener que defenderte, y empezar tú.

Queda amor, aunque no lo encuentres. Créeme, queda. Busca entre tanto miedo disfrazado de cinismo y verás cómo te queda un poco.

Queda lo que hagas porque quieres, no porque hay que.

Queda todo lo que hayas decidido no hacer por dinero. Todo lo que has dejado de hacer aunque pagaran. Por eso pagan.

Queda todo lo que has dicho cuando no tocaba, porque lo que te callas se va.

Queda lo que te sirvió de lo que hicieron o contaron otras.

Queda lo que cuentes tú.

Queda lo que hagas tú, si lo cuentas.

Queda el no tener nada que perder.

2. queda

Elige la vida
elige un empleo
elige una carrera
elige una familia
elige un televisor grande que te cagas
elige pagar hipotecas a interés fijo
elige un piso piloto
elige a tus amigos
elige el bricolaje y preguntarte quién coño eres los domingos por la mañana
elige sentarte en el sofá a ver teleconcursos que embotan la mente y aplastan el espíritu,
mientras llenas tu boca de puta comida basura
elige pudrirte de viejo cagándote y meándote encima en un asilo miserable,
siendo una carga para los niñatos egoístas y hechos polvo
que has engendrado para reemplazarte
elige tu futuro
elige la vida.

RENTON, *Trainspotting*

Resulta que todo era elegir *lo que quede*.

Decidir entre las peleas, las que ni se lucha sola ni se ganan para una.

Escoger entre las heridas, las que son mortales si no las curas o las miras o las enseñas.

Entender lo que importa, antes de que arrase todo.

Elegir dónde quieres guardar todo lo que quieres que quede y ver si tienes sitio y todo lo que hace falta.

Optar por los dolores que van a convertirse en aprendizajes, aunque sean más jodidos. El de callarse, no hacer nada, mirar a otro lado o fingir, no sirve para una puta mierda, solo para hacerte más triste y llenarte de mierda por dentro, pero no deja sitio para lo que quieres que quede.

Preferir lo que es bueno, que parece fácil pero implica ser capaz de tener un criterio para ver lo que te hace bien a ti sin hacer mal al resto.

Decidir sin pensar.

Escoger lo que deseas.

Entender qué quieres.

Elegir arriesgarte.

Optar por lo difícil.

Preferir ser.

Queda el no tener nada.

3. queda

Si no percibes socialmente la violencia,
probablemente es porque la estás ejerciendo.

Paul B. Preciado

Queda la nostalgia rabiosa del tiempo robado, como un bolso que hubieras dejado descuidado, solo porque estabas contenta.

Queda la sensación del cuerpo sobado, pegajoso, amoratado, que no fue mío un tiempo.

Queda la lucidez construida sobre los escombros de la inocencia. Torcida, cínica, en ruinas, desenfocada.

Queda el asco. El asco no se va. El asco crece.

Queda la culpa. La culpa no se va. La culpa se fosiliza.

Queda la certeza de que tienes razón, de que no estás loca, de que no eres tú, de que no te lo merecías, de que todas lo ven, pero no todas lo asumen.

Queda el saber que vas a perder las formas, vas a ser inoportuna, vas a querer de menos y vas a beber y a destruirte de más.

Queda ira. Ira que sale e ira que se queda y se infecta.

Quedan fotos que aparecen sin querer y queda pus.

Queda pus y marcas y cinismo.

Queda un dolor crónico que te hace mal y te hace mala.

Queda el no tener nada que ganar.

1. Rakel

Si molesto con mi canto
a alguien que no quiera oír
le aseguro que es un gringo
o un dueño de este país.
VÍCTOR JARA, *A desalambrar*

Al principio, solo había dos discos en casa, uno de Joan Baez y otro de Víctor Jara.

Los escuchaba y los miraba girar una y otra vez en el tocadiscos portátil con forma de maleta que había traído mi tío de un viaje en barco, mientras ella hacía cosas por casa.

Murió sin saber por qué

le acribillaban el pecho

luchando por el derecho

de un suelo para vivir.

Y casi siempre que sonaba esa canción ella me contaba que eso es lo que le pasó a él, que lo secuestró la policía de la dictadura chilena, que se lo llevaron a un estadio convertido en campo de tortura y que le cortaron las manos y le hicieron tocar la guitarra después y que luego le dispararon en el pecho, como en su canción. Aunque él sí sabía por qué.

Y hoy me entero de que el Tribunal Supremo de Chile ha condenado a siete militares por su asesinato y pienso en mandarle el enlace por wasap, pero no sé si sabrá abrirlo. Le mando la foto del titular.

Era demasiado pequeña para que me hablara de torturas y dictaduras. Como era demasiado pequeña para que me contara cómo torturaban

a las mujeres con las que ella estuvo en la cárcel.

Un día estaba en una mani contra alguna guerra y la vi con Y entre la gente que miraba. Seguramente me estaba buscando. Venían de compras con sus bolsas de papel, pero se unieron a la mani, a pesar del descontexto.

–Mira, Ama, esa es la mujer que estuvo contigo en la cárcel, a la que me contaste que torturaban.

Se le ilumina la cara y se vuelve joven y tímida pero osada y me pide que la acompañe a saludarla.

Vamos y –al principio– no la reconoce. Son más de cincuenta años. Y esa mujer ha estado en muchas cárceles. Pero, según van hablando de cómo ella le ponía toallas mojadas en las heridas que le hacía la guardia civil, y cómo cantaban canciones en euskera (lengua que ella nunca ha aprendido, con la excusa de que Franco se lo prohibió) en las que contaban a las que estaban en aislamiento las noticias que sabían de fuera, ella se va pareciendo más a la chavala de veintiún años que entró presa en la cárcel de Basauri por ir a una romería con la bandera de su pueblo al hombro y no poder pagar la multa que le pusieron. Y no era ni suya la ikurriña.

Según atan los recuerdos ella va creciendo, rejuveneciendo, levantando la barbilla, mutando en esa joven morenaza y guapa que sacó papeles de la cárcel en el moño cardado que llevaba entonces. «Y en lo que no era el moño». Nunca me ha contado qué había en esos papeles.

Y luego se volvió una señora decente, con su marido guapo y trabajador, su hija universitaria y sus canas teñidas del color que nunca fueron.

Pero siempre ha tenido ese fuego dentro. Y yo la sensación de que en otro tiempo, con más dinero, menos hetero, hubiera sido otra. Ella.

A veces creo que me tiene envidia, porque yo he desobedecido más. Espero que sepa que cada desobediencia la he apoyado en esa mirada que pone a veces, cuando no posa.

Se le ve el fuego cuando está con sus amigas, sobre todo con C, porque pierde el sentido del ridículo y se mea de risa y se disfraza y mea en arcenes y viaja y se deja mandar. En eso he salido a ella, solo me mandan las tan listas como yo.

También se le ve cuando habla de los viejos tiempos, cuando era joven y reconocía al enemigo.

Ha vuelto a las manis, pero sin obligaciones. Dice que ya ha hecho bastante por el feminismo pariéndome a mí.

Como si no hubiera hecho todo lo demás.

2. rara

De perto, ninguém é normal.

CAETANO VELOSO, *Vaca profana*

Es que es un piropo. Es que es un sinónimo de todas las cosas que quiero ser o en las que me he convertido y ya como que me he acostumbrado. Especial, diferente, extravagante, loca, alventada, lesbiana. Imagínate querer ser como las demás. Imagínate serlo y que te guste que un maromo te diga que no eres como las demás y pensar que eso es bueno.

No sé si se es o se busca. O si alguien lo es y consigue evitarlo. No sé cuándo se ha convertido en una especie de salvación, pero lo es. Lo soy.

3. respetables

Se me está acabando lo buena que soy
y me está llegando lo malo por dentro
yo no sé matar pero quiero aprender
para disipar todo el mal que me has hecho.
María Jímenez, *Con golpes de pecho*

No me relaciono mucho con hombres. Cada vez menos. Pero me ha tocado, como a todas, trabajar con hombres que se creían más listos que yo, aunque no lo eran. Ni de coña. Spoiler, no ha sido una gran experiencia. Tampoco he aprendido nada. Bueno, igual sí. He aprendido a no dejar que me traten como si fuera una persona que vale menos que ellos.

Hubo un tiempo en el que salía en la tele haciendo lo más bajo que puede hacer una periodista o alguien que respete la dignidad de la comunicación: ser tertuliana. Opinar sobre el conflicto vasco, el pez globo, el genocidio en Palestina, la duquesa de Alba, el cumpleaños del rey o la proliferación de incendios en verano y de frío y lluvia en invierno. Sin tener ni idea de nada, porque nadie tiene idea de todo. Este formato está hecho a medida de los hombres blancos mediocres con estudios superiores, como los micrófonos de corbata y el mundo. Pero en los últimos años, hay que meter a una o dos mujeres blancas en esos sitios, para que parezca que algo es distinto. Pues ahí iba yo. Pensaba que lo hacía por el feminismo, por la lucha, por la propaganda. Pero seguramente lo hacía por la notoriedad y por los cien euros por programa.

Hasta la tercera vez no me di cuenta de que la azafata con la que me cruzaba en la entrada del edificio y que me acompañaba a la sala de invitados lo hacía porque era su trabajo. Porque a las mujeres como

yo no nos suelen acompañar azafatas a ningún sitio. Desde la primera vez me di cuenta de que esos hombres, a los que pagaban lo mismo que a mí –espero–, creían que eran mejores que yo. Y que la mayoría me quería follar. O me querían hacer creer que me querían follar para que no me creyera que valía para otra cosa. Porque a las mujeres como yo, nos intentan hacer creer eso todo el tiempo.

Solo me acuerdo de algunos episodios, pero no se me ha olvidado ninguno de ellos.

El director de la sucursal de un periódico estatal de derechas y carroñero, que se cree un chulazo y que lleva siempre los pantalones de una talla menos que la suya para que se le marque el paquete, la primera vez que coincidimos, ya sentado en la mesa de debate y poco antes de que entremos en directo, me mira con lo que supongo que es su cara de matar de seducción y me dice que tengo una voz muy sensual, forzando su propia voz para que parezca muy sensual, supongo. Le digo que gracias, pero que no van a funcionar sus intentos por desactivarme políticamente. A partir de ahí, me trata con desprecio y condescendencia, pero al menos no disimula.

Ahí sigue, creo.

Estamos en maquillaje y el señor amable aunque de derechas que ha tenido cargos institucionales y que tiene un deportivo y que me mandó un mensaje cariñoso cuando tuve el accidente y que a mí me dice babosadas, pero a la presentadora delgada y fina le dice que a ella la invitaría a cenar y le regalaría flores, me mira abiertamente el escote y delante de (y para estupefacción de) las maquilladoras se inclina hacia delante, me agarra ambos lados del escote del vestido y haciendo como que los junta (y un escote en v con las tetas que yo tengo, no se junta por mucho que lo intentes) me roza evidentemente las tetas y me dice que así nadie va a prestar atención a lo que diga. Como lo ha hecho delante de ellas, delante de ellas le digo que no cuela, que lo ha hecho solo para tocarme las tetas. Se ríe y se va al plató. Ni siquiera cambia su forma de relacionarse conmigo.

Hay uno que lleva toda la vida saliendo en la tele, y esa gente parece un poco de tu familia, así que, aunque a veces dice cosas asquerosas, como una vez salió contando que los curas de su colegio habían abusado de él, me fío y decido compartir coche con él hasta Donosti. Por ahorrar (si compartes te quedas con parte de lo que dan para el viaje) y por no ir sola, que a veces se hace largo. Gran error, por supuesto. Desde el principio del viaje me empieza a hablar de sexo, de todo lo que folla, y de lo que le gusta (follar con mujeres como yo, por supuesto. Qué coño significará eso). Me toca la pierna disimuladamente cuando cambia de marcha, hasta que se anima a ponerme la mano en la piel desnuda entre el vestido y la bota. «Como se te ocurra volver a tocarme, te reviento». Pero es que ni me enfado. Estaba claro. Se da más o menos por vencido y yo hago el viaje de vuelta con otro que –como es defensor de la marihuana– me parece un poco más de fiar. Luego te cuento el final.

Estamos en publicidad y veo que el que está sentado a mi lado, que es policía municipal de Bilbao y viene a meter miedo a la gente sobre la inseguridad y a alabar a las fuerzas de represión –pero, vamos que qué va a decir él– tiene de salvapantallas del móvil al ave fénix de *Los juegos del hambre* y yo, por dar conversación porque me aburro pero también porque he aprendido que si les das confi, luego les puedes manejar mejor, le comento que me gustaron mucho las películas, menos los últimos cinco minutos de la tercera, que me parecieron una mierda patriarcal (lo del bebé y lo de quedarse con el tonto que no le gusta y lo del campo de lavanda y el vestido de florecitas). Y él lo interpreta como una invitación a congeniar conmigo (supongo que él también se sabe el truco de la confianza como trampa) y me dice que cada vez que cuenta en la comisaría que viene al programa y va a coincidir conmigo (que me inquieta bastante que hablen de mí en la comisaría, la verdad) sus compañeros se dividen entre los que me odian y los que me pondrían mirando a Cuenca.

Me parece una fantasía pensar que los que me tendrían que proteger (en el sueño alienado del panóptico feliz en el que la policía te protege) se dividen entre los que me hostiarían y los que me violarían.

Un militante de la izquierda abertzale de toda la vida, que viene a la tele con camisetas de Stalin pero se las quita para el programa, me llama un día, porque tenemos los teléfonos para organizarnos con los viajes, y empieza a dar rodeos hasta que me dice que me está entrando –literal–, que quiere quedar conmigo. Casado, creo. Pero, vamos, que ni de coña.

El activista de la legalización de la marihuana y cogollo en todas las salsas sociales de Bilbao, con el que hago el viaje de vuelta para no volver con el que me toca la pierna, me dice que la próxima vez podríamos ir a tomar algo al llegar a Bilbao. Vamos al Peso Neto y pedimos algo de picar y vino y antes del primer trago me dice que me está imaginando desnuda y a él lamiéndome de arriba abajo. Yo, que me estaba planteando la posibilidad de que pudiera haber química, siento un escalofrío frío en el hipotálamo y se me pasa el hambre y las ganas de comer. Desde entonces, me trató mal en directo y me llevó la contraria hasta llegar a defender a la policía. Lo que habrá contado. Lo que me la suda.

1. sardinera

Tu madre ha hecho lo que le hicieron a ella
y así hasta llegar a Eva.
En algún punto, paras y dices: a la mierda,
empiezo desde aquí.

Lowell Kolchek, *Postales desde el filo*

Llevaba el pelo morado.

No en plan punki ni señora de Bildu, sino en plan mujer de pelo blanco que usa un tinte ligeramente morado para que las canas no amarilleen. Pero a mí me parecía un puntazo. Dormía con una redecilla en la cabeza para que no se le estropeara el peinado, un poco en plan reina de Inglaterra.

Siempre estaba haciendo cosas. Casi siempre llevaba delantal. Cocinaba sin parar y nunca he conseguido copiar sus garbanzos con arroz. Había que trabajar mucho para llenar esa mesa de formica azul marino con los extremos desplegables alrededor de la que nos sentábamos su marido, su madre, su hermano, su hija, su yerno, su otra hija, el otro y yo. Los hombres y yo contra la pared o en los extremos, ellas, cerca de los fogones. Levantándose todo el rato. Sopa siempre, ensalada siempre. Todavía a veces nos reímos del ruido que hacía cuando intentaba pinchar la lechuga en la fuente de duralex, como si estuviera viva y se le escapara.

No tengo muchas historias con ella, porque no nos tocaba juntas. Había mucho que hacer en esa casa y cuidar de la niña era una tarea que podía hacer cualquiera, por eso no se encargaba ella. Dormimos juntas muchos fines de semana y a veces le daban ataques de risa porque hablaba en sueños o la asustaba porque gritaba en sueños. La vi sufrir mucho. La recuerdo siempre vieja, aunque cuando nací debía

de tener un par de años más que yo ahora. No recuerdo oírle gritar. Le daba las buenas noches a la presentadora del telediario. Me hizo calcetines y bragas de perlé hasta que fui tan alta como soy ahora.

Recuerdo que Aitite y ella se daban picos en la cocina y más de una vez él le tocó el culo. Ella se reía.

Desde que Aitite murió, se fue poniendo flaquita, flaquita, ella que siempre fue de carne abundante. Hasta que se fue. Dicen que fue el cáncer, pero fue de pena.

2. sufrir

How long must I suffer?
Dear god, I've served my time
This love becomes my torture
This love, my only crime.
PJ Harvey, *Send His Love to Me*

Sufrir está sobrevalorado. Tiene como buena prensa. Ay, mírala cómo sufre, pobre, qué buena. Pobre.

La pena es la emoción que mejor impresión da cuando eres una señora/chica/mujer porque implica que estás sufriendo y que no es culpa tuya. Y no es fácil producir pena, no te creas, porque la mayoría de lo que nos pasa es culpa nuestra.

También te diré que de la pena no sales ya ¿eh? O sea, como hayas conseguido dar pena –y por tanto librarte del juicio y la sospecha y el castigo por merecerte la desgracia que sea que te ha sucedido– luego tienes que pasarte la vida entera sosteniendo la pena, que tampoco es fácil. No puedes pasártelo bien, ni follar, ni reírte, ni cometer un error, ni publicar una foto, ni cambiarte el peinado, ni emborracharte, ni hacer cosas de persona a la que no le han otorgado la pena.

Creo que por eso fingimos el sufrimiento. Por eso lo he fingido yo, al menos. Para dar bien de pena y parecer bien buena.

No estaba tan triste en algunos entierros. No me han dado tanta pena algunas despedidas. No estaba acompañando de verdad algunos duelos. Igual tampoco he querido tanto, así que seguramente tampoco habré sufrido tanto. Pero, yo qué sé, me dejo llevar por la performance.

De verdad que he pensado que la letra iba por mí cuando he cantado *Y sin embargo te quiero* a gritos llorando en el coche (que es mi paroxismo de sufrir) quesemeparenlospulsositedejodequererquelascampanasmedoblensitefaltoalgunavez. De verdad que he tenido la sensación física de que se me rompía el corazón y de verdad que se me quedó un dolor metálico que pensé que nunca se me iba a pasar. De verdad que sentía que Bunbury hablaba de mí y que *si tú me quisieras como yo te adoro por toda la vida no habría de quedar amor para nadie en el mundo entero*. Y yo me metí ahí y me embadurné la cara con todo el barro y la grasa y la sangre y lo que hiciera falta y me revolqué en un gozo que era demasiado exagerado para ser verdad y llegó el mono demasiado pronto porque cuando crees que quieres a alguien como nadie ha querido antes pues estás fatal de lo tuyo y estás proyectando un montón de taritas y a nada que te encuentres con uno un poco tocadito también pues os vais a montar un drama de ahora sí ahora no que me voy que me quedo que no me quieres suficiente que hay otras mejores que tú y que quién te va a querer como yo y que morirme contigo si te matas. Si te lo montas bien y no le matas, pues consigues el premio de consolación de la pena. Si te lo montas regulinchi y no te mata, pues vas a sentirte una imbécil el resto de tu vida y te va a dar vergüenza contar las cosas que darían pena de verdad porque vas a parecer tonta de la pena que das y tampoco es plan.

Y puede que no aprendas nada, ¿eh? Puede que creas que no te vuelve a pasar algo así ni de coña y que vayas y a la siguiente te creas que esta vez sí y quesemeparenlospulsositedejodequerer y las campanas y la hostia. Otra vez.

Y puede que te pases así la vida.

O puede que entiendas que si sufres la mitad del tiempo y le llamas disfrutar a no tener un pollo igual es mejor que te tomes el pulso antes de que se te pare y te pires y no te quedes donde creas que tienes que fingir que estás sufriendo cuando no estás fingiendo que estás disfrutando.

3. sushi y sake

El hombre histérico es ese que parece que te va
a follar pero nunca te va a follar.

Isabel Calderón, *Reviews fuertecitas*

Voy a la oficina de Iberdrola de la plaza Santiago, que me pilla más cerca. Entro y cojo un número. Me toca y me siento en el mostrador que me indican. Me atiende una chica.

Le enseño la carta que he recibido y me dice que hay un contrato a mi nombre en una dirección que me suena, pero que no es la mía. Es la casa que compramos juntos y que él se quedó cuando nos separamos. De hecho, mis cosas siguen allí y sé que no voy a poder pasar a recogerlas nunca. Lo sé porque lo intenté una vez y mis amigas y yo tuvimos que llamar a la Ertzaintza, que no vino, y bajar corriendo las escaleras de Mallona, con una maleta enorme y roja vacía. Llovía. En mi cabeza, ahora, parece una escena de una película de Kieślowski. Entonces, no.

No llevo DNI, porque soy esa gente que va a hacer trámites y se olvida el DNI, así que la chica me dice que vuelva a la tarde, que ya cierran.

Vuelvo a la tarde y no hay gente esperando, así que me dirijo directamente a la chica que me ha atendido a la mañana.

–Te atiende mi compañero, me dice.

Me extraña, pero obedezco. Y me siento en el otro mostrador, detrás hay un tío muy guapo, muy alto, con gafas y una voz grave y preciosa. Me gusta.

Le enseño la carta y le explico que ya no vivo allí, que no quiero que el contrato esté a mi nombre. Me explica que no estoy pagando nada

por ser la titular y que, si damos de baja el contrato, «le cortarán la luz». He comido con vino blanco y los hombres guapos con gafas me ponen eufórica, así que le digo:

–Por mí, como si le cortáis otra cosa.

Abandona su seriedad de empleado de cara al público y levanta la vista de los papeles para mirarme intrigado. Diría que sonríe un poco.

–Veo que no fue amistoso, me dice.

–Para nada, le digo.

El ruido de la oficina y de los teléfonos que suenan y de la gente que va llegando y pasando a los otros mostradores se vuelve difuso y lejano, como los audios de ruido de oficina que se ponen de fondo en las películas. Y empezamos a hablarnos como no se habla la gente que va a hacer gestiones a la oficina de Iberdrola con los empleados de Iberdrola. Hablamos más de la cuenta y tardamos más de la cuenta, pero la compañera del mostrador de al lado no se queja y, de hecho, se intercambian miradas cómplices y ella atiende tan pichi a la gente que se acumula.

Alarga la gestión hasta donde se puede y un poco más y me pregunta repetidas veces si el número de móvil que está en el impreso es el mío, el personal. Sí, lo es.

Coge mi DNI en la mano y le da la vuelta.

–¿Qué estás mirando, mi edad?

–No, tu horóscopo.

Esto no me lo estoy inventando. Aquí hay lío.

Damos por terminada la gestión con todos los rodeos posibles y, cuando me estoy levantando, me dice:

–Ya sabes dónde estoy.

–Y tú –le digo, súbitamente poseída por el espíritu de todas las divas por las que siempre he babeado– ya tienes mi teléfono.

Y me giro como si estuviera en una película clásica y llevara un sombrero negro diminuto y ladeado, con una redecilla de tul y encaje multiplicándome el misterio. Y no miro hacia atrás.

Me escribió esa misma noche, mientras yo estaba de concierto con unas amigas. Y me habló de cenar sushi y de tomar sake y de «postres». Total, que un par de días después, ya sábado, animada por amigas y cañas, le escribo y le propongo cenar. Y me dice que sí y quedamos en el restaurante chino de la calle Jardines, que es el que hacía el mejor pato Pekín de Bilbao, que es como decir del mundo, cuando eres de Bilbao, y que ya ha cerrado.

Es tan guapo como recordaba, pero más serio, más callado, menos vacilón. Ha viajado mucho, y me lo cuenta todo. Yo también he viajado mucho, pero no me da tiempo a contarlo.

–¿Tomamos una?

–Vale, pero mañana tengo que madrugar.

Tomamos varias y duerme en mi casa. Al día siguiente, viene a buscarle un amigo a mi portal, para ir a jugar al baloncesto.

Quedamos casi todos los días para tomar café antes de que abran la oficina por la tarde, pero no puede quedar nunca a comer, aunque no sé por qué.

Se queda varias veces a dormir en mi casa y le hago couscous y sushi y huevos fritos con patatas. No tengo sake.

Es su cumpleaños y le regalo un cómic de Joe Sacco sobre Palestina, porque lleva un mapa de Palestina de plata colgado de una cadena en el cuello, y supongo que le interesa.

Un sábado por la mañana, después de un decepcionante polvo –que no me lo parece, porque tiendo a idealizar la realidad cuando creo que me conviene– me voy a mear y a la vuelta le miro tumbado boca abajo en mi cama y me siento afortunada porque tiene un culo increíble y porque le queda de puta madre el cerezo en flor gigante y hortera tatuado a todo color en la espalda. Mira lo que me acabo de follar. Aunque lo haga mal.

Cuando quedamos me mira como si no hubiera visto a nadie como yo antes, parece interesadísimo por todo lo que le cuento, conoce a mis amigas y me habla de viajar a París y a Bali.

Casi nunca coge el teléfono y tarda mucho en responder a los mensajes.

Lleva la foto de dos niños pequeños de salvapantallas del móvil, pero dice que son sus sobrinos.

Una amiga conoce a uno que se llama igual y que se corresponde sorprendentemente con su descripción, que está casado, tiene dos niños y tiene costumbre de hacer como si no lo estuviera. No, no creo que sea él.

Quedamos para tomar café y está especialmente intenso.

–¿Sabes cuando conoces a alguien y sientes que todo el mundo alrededor desaparece, que no puedes pensar en nada más que en esa persona y en tenerla cerca para siempre?– me pregunta clavando en mi pupila marrón su pupila azul, con cara de último capítulo de culebrón. No le respondo porque me tiene la cara sujeta entre sus manos y me habla tan cerca que me roba el aire.

–Pues a mí me está pasando ahora mismo –suena imposible, pero estoy en la gloria–. ¿Pero dónde has estado todo este tiempo? –me dice ya totalmente poseído por el espíritu de Víctor Alfonso.

Asumo que no es una pregunta que requiera respuesta, sonrío embobada y tomo el café.

Antes de que se vaya a abrir la oficina de Iberdrola de la plaza Santiago, le recuerdo que tenemos (porque las he comprado yo) entradas para *Carmen* esa noche, en una representación vanguardista e imperdible que todo el mundo me ha recomendado.

A media tarde, me manda un mensaje para avisarme de que no va a poder ir, que le ha surgido un imprevisto. Aviso a mi madre, que se apunta encantada.

Al salir de la ópera, camino de casa, le llamo para contarle lo increíble que ha sido, pero no me coge. Le mando un audio para hacerle un resumen de cuánto me ha gustado y de cómo pienso que lo hubiera disfrutado, y que mañana le cuento.

No he vuelto a verle.

1. taberneras

Ez dugu nahi beste berorik
Zure muxuen sua baino.
Aranzazu Calleja y Maite Arroitajauregi, *Akelarre*

Nos conocimos en las calles, como casi toda la gente interesante.

Nos quedamos hasta tarde, nos tomamos más de una, aplazamos la última, igual se nos fue un poco la mano.

Nos encontramos tantas veces que nos acabamos buscando.

Siempre están, siempre escuchan, siempre opinan lo menos fácil.

Compartimos frivolidades que no se pueden contar.

Compartimos intimidad que nos da palo admitir.

Bailamos, bebemos, hablamos, viajamos.

Hacemos planes para vivir mejor, que es vivir más como creemos y más como queremos.

Entendemos el tiempo como espacio para aprender a que nos pille recogiendo la muerte.

Se vienen conmigo a todos los miedos y los hacen pequeños.

2. tradiciones

Existe una cosa muy misteriosa, pero muy cotidiana.

Todo el mundo participa de ella, todo el mundo la conoce,

pero muy pocos se paran a pensar en ella.

Casi todos se limitan a tomarla como viene, sin hacer preguntas.

Esta cosa es el tiempo.

Michael Ende, *Momo*

Diría que me la sudan, pero no es verdad.

Sería una tontita inocente o una punki de palo si me limitara a pensar que las costumbres arbitrariamente convertidas en sagradas se pueden, simplemente, ignorar. Y ya.

Cuando solo eran una anécdota, alguien entendió que no solo no eran inofensivas, sino que contribuían a sostener la norma y a que parecieran lo normal. Y así hasta hoy. En el camino, algún imbécil sin imaginación que veía peligrar sus privilegios, decidió apuntalarlas como pilares de una civilización, un pueblo, una creencia, una secta, una tribu rural o urbana, una dinastía, una escuela, una revolución.

Lo que toca, lo de siempre, lo de todos los años, lo de los findes, lo que se hace por las mañanas, por las tardes, para dormir, en los entierros, en las fiestas, para celebrar los partos y los enemigos muertos. Lo que se hace. Lo que SE hace. ¿Quién? SE HACE. Eso nunca es nuestro.

Comer animales, comer, comer con gente, comer en sitios, comer a horas, comer cosas, decir que se comen cosas, beber, beber y comer,

juntarse con gente que igual no quiere estar para comer cosas que igual no se quieren comer.

Beber. Lo que toca, cuanto toca, cuando toca, con quien toca, donde toca, por lo que toca. Beber. Porque toca.

(No) hablar con gente con la que no se tiene de qué hablar, buscar de qué (no) hablar. No hablar de lo que hablarías. Hablar de lo que quieres hablar con quien no quieres hablar.

Moverse a donde hay que ir, bailar como se baila, parar cuando se para. Decirle al cuerpo que haga como que es una parte de algo que ni idea. Pero que vaya y se junte y sea.

Desear lo deseable, comer lo comestible, usar los agujeros para lo que son, gozar con lo placentero.

Cualquier cosa que no sea ser un cuerpo. Cualquier cosa que no sea ser cuerpos juntos buscando.

3. trombocitosis esencial

La trombocitemia esencial

es una enfermedad maligna

que se engloba dentro de los síndromes mieloproliferativos crónicos (SMPC)

o neoplasias mieloproliferativas, junto con la leucemia mieloide crónica, la policitemia vera o la mielofibrosis primaria.

FUNDACIÓNCARRERAS.ORG

Tengo muchas más plaquetas de lo normal.

También tengo muchas más tetas de lo normal y muchos más kilos de lo normal y mucha más memoria de lo normal, pero esto es en plan mal.

Las plaquetas son unas células agregantes de la sangre, que hacen coagular las heridas pero también hacen que te den trombos e ictus.

La médica lista y maja que se parece a Broke Shields que me paga Osakidetza se dio cuenta en unos análisis normales de los que se nos hacen a las señoras de mediana edad para que muramos de algo fulminante o en un accidente, pero no arrastremos enfermedades carísimas que se puedan predecir. Pues (no) hay suerte, trombocitosis.

Sí es una suerte que no sea un síntoma de leucemia, pero eso no lo sabemos hasta que me hacen una punción en la médula ósea que duele muchísimo. Cuando voy a por los resultados, el hematólogo flaquísimo y cordialmente baboso que me paga Osakidetza, me mira con esa sonrisa mucho más grande que su boca y me da las buenas noticias, apuntando que a una mujer «con mi aspecto» no le puede pasar nada malo. Mi aspecto son mis tetas grandes y tiesas sosteniendo con gracia un vestido de lunares de escote derrochador.

Pues hay suerte, es esencial. Que es como le llaman a los síntomas que no tienen claro de dónde vienen pero que no se van a tomar la molestia de investigar, sobre todo si afectan mayoritariamente a mujeres.

Análisis y revisión de los resultados cada seis meses y una aspirina infantil diaria. Como enfermedad rara es muy decepcionante, no me digas.

Aparte de las páginas de internet que anuncian mi muerte inminente, encuentro unas cuantas que están de acuerdo en cuál puede ser una de las causas de esta extraña y ordinaria dolencia: el abuso de los antiinflamatorios.

Y pienso en los tres ibuprofenos diarios que me tomé durante seis años, para que no me impidiera vivir el dolor de cabeza insoportable que me recordaba que mi vida también lo era. Y para que así pudiera vivir él. Yo solo estaba allí, fingiendo.

1. Urrestizala

El apellido Urrestizala nace en Santurtzi a
finales del primer tercio del siglo xix.

En la actualidad, casi el 100% de las personas
que tienen este apellido

viven en Bizkaia, en Santurtzi y municipios
aledaños.

Santurtzi historian zehar

Familia aventurera no somos.

Cuando conozco a gente que tiene doble nacionalidad, ha nacido en un país diferente que en el que vive y tiene familias en distintos continentes, me siento una triste.

Pero somos esa gente. Yo también. Vivo a cinco kilómetros de la casa de mis padres, que viven en el pueblo en el que él nació y en el que ella estuvo presa. A veintidós kilómetros del pueblo donde ella nació, que es el mismo en el que nacieron su madre y su padre. Todas vivimos a menos de veinte minutos en coche.

Hoy Novia viene a comer a la casa donde nos juntamos «las Urrestizala». Dos mujeres que solo parieron mujeres que solo han parido mujeres y un hombre que solo tuvo hijos que solo han tenido hijos. Se nos nota el apellido de lejos. Pelazo oscuro, ojazos marrones, cejas grandes. Nos reímos de que se nos notan poco los genes externos. Me gusta creer que se nos nota la mar.

Ellas vendieron pescado en la calle y él sigue pescando.

Se nota nada más entrar (ya se lo he avisado) el kitsch vasco y la mar como estilo decorativo. Igual que en el comedor de la casa de mi madre y mi padre. Cuadros tallados en madera con escudos de Zazpiak Bat, hojas de roble, ikurriñas, perfiles de hombres con txapela

y mujeres con pañuelo, dantzaris y neskas, arrantzales y sardineras, redes, anzuelos, salvavidas, aparejos, fotos con bonitos, con congrios, con peces como trofeos.

A veces no me doy cuenta de cuánto se me nota la mar, hasta que viene una amiga a mi casa altísima sin ascensor y le lanzo un aparejo de pescar jibiones por el hueco de la escalera con las llaves, para que abra el portal y me las devuelva, si los vecinos han cerrado por dentro el portal, porque es tarde. Parece que no todo el mundo tiene aparejos para pescar jibiones en casa.

Me pregunto qué piensa Novia de ese txoko que construyeron en los bajos de una casa estrecha y que era una cuadra con gallinas, cuando yo era pequeña. Parece contenta.

No tenía claro si invitarla, porque creo que cada cual tiene suficiente con su familia. Pero si quiere entender quién soy (y parece que quiere) tiene que conocer a esta gente con la que tengo tan poco que ver, pero con quien estoy más que en ningún sitio en casa. Y que me explican. Ya le he avisado de que gritaremos mucho, que hablaremos mucho de comida y que puede que no todos los comentarios sobre el vegetarianismo –o sobre cualquier cosa– sean oportunos.

Como si fuera un hada o una inspectora de servicios sociales mal, su presencia nos convierte en nuestra versión más divertida, mamarratxa y antifascista. Mi tía, que no suele hablar mucho, nos cuenta una historia que incluye una habitación con dos recién paridas, una botella de vino Siglo, dos bebés y la posible explicación de por qué mi primo el pequeño no se nos parece. Y también que su padre estuvo preso y condenado a muerte por el franquismo. Y cuentan historias de cuando detuvieron a mi madre. Y de cuando, hace más de setenta años, mi tío y ella se conocieron y hubo un rechazo y una apuesta y hasta hoy.

Y mi madre y mi padre, que celebran que llevan cincuenta años casados, se morrean y cuentan historias nuevas. Y parecen felices.

Y comemos y bebemos y hacemos chistes sobre lo pobres que fuimos y descubro una foto que no recordaba de Aitite y Amama. Qué pinta de pobres, por favor.

Cantamos rancheras mal, como nos gusta, y hacemos gintonics por turnos y hablamos de las tierras que podríamos tener, si no se las hubiera quedado nosequién y de la gente que ya no está sin pena, porque no tenemos confianza ni alcohol suficiente para ponernos tristes.

La miro y está contenta. Mi familia invita a la suya a la comida de Navidad, aunque no sabríamos en qué idioma hablar.

Ya en casa, me dice que sabía que éramos clase obrera, pero no creía que tanto.

Me gusta.

2. única

Una perra sorprendente, curvilínea y elocuente
magníficamente colosal, extravagante y animal.
NATHY PELUSO, *Sesión #36*

Soy Leo, asmática e hija única.

Reconocerán la relevancia de esta descripción quienes tengan alguien así cerca y lo sufran. Es una teoría de mierda que me he inventado pero soy la encarnación de que es cierta: sería difícil ser más egocéntrica. Solo podría conseguirlo si fuera, además, un hombre. Madre mía qué horror.

Depende de a quién le preguntes y en qué escuela de la psicología esté invirtiendo las perras de la terapia, pero podría ser más ventajoso de lo que puede parecer, ahí con el filtro de la cultura popular. Resulta que ser egoísta en términos de autopercepción de la propia excepcionalidad es una gran idea, porque como que te quieres, como que te gustas, como que te parece que te mereces algo bueno. En otras cuestiones, como el gusto por la soledad en términos de ausencia de compañía eventual, la capacidad para el ocio exento del más mínimo estímulo externo, o la comunicación intrapersonal, vamos que la niña sola no se aburre, pues no le veo yo el problema. Y lo de caprichosa y mimada me parece que se traduce en haber recibido mucho amor y haber visto cubiertas no solo tus necesidades materiales sino muchos de tus deseos. Pues te diré que la peor gente que me he encontrado es a la que no le han querido mucho de pequeña.

Para lo demás, conciencia de clase, empatía, bien común, antirracismo y transfeminismo.

3. uno cualquiera

Dios debió hacer letales a las chicas,
cuando hizo monstruos a los hombres.
Elisabeth Hebert

Este tiene patillas y hace boxeo y fuma puros y vive con su madre, pasados los cuarenta y cinco. Cara de pringao, complejo de putoamo. Hay miles así. Todas tenemos marcas de babas de varios así. Algunas se los follan o se casan con ellos. O los paren y los tienen en casa, pasados los cuarenta y cinco.

Este es grande –más que yo– y eso me dio miedo, cuando me amenazó en Facebook con venir a buscarme y cagarme en la boca, por decir que lamer un coño menstruante era como lamer una herida, en un vídeo en YouTube. Luego hizo un vídeo en YouTube hablando de mí y tuvo 388 visitas más que su vídeo más visitado, que tenía seis. Hay miles así. Algunos se ponen caretas o camisetas sin mangas o motes épicos, pero todos se plantan delante del mismo ordenador en el que se hacen las pajas y hablan como si tuvieran algo que decir, pero todo lo que tienen que decir es que nos odian. A mí y a todas. Pero a mí más que a la mayoría porque me planto delante de una cámara y me río de lo que les parece serio: ellos y sus mierdas. Algunas les limpian la mierda gratis.

Este me puso una querella criminal por injurias y calumnias porque decía que hablaba de él en mis redes, pero –en realidad– era para verme.

Mi procuradora, que es una bollera majísima que hace un trabajo que yo no sabía que existía porque nunca me habían puesto una querella criminal, me llama flipando después del acto de conciliación. No nos conocemos, así que habla con cautela pero no puede disimular que

está procesando lo que ha pasado y que todavía no tiene claro que la chiflada no sea yo, pero me trata con cierta confianza, supongo que porque le pago.

Me cuenta que ha ido con una abogada y con su madre y que él ni ha hablado, casi, y que la abogada era joven y no tenía ni idea y que la madre era el cerebro de la banda absurda y que se ha enfadado muchísimo cuando se ha enterado de que yo no iba a ir.

Me dice que está casi convencida de que me han puesto la querella solo para verme. Incrédula pero con una curiosidad que no pretende disimular, espera a que le dé contexto para entender este vodevil.

Y yo, pensando en ponerle una querella criminal a Monica Bellucci.

Me cuesta como unos seiscientos pavos, la broma, entre abogada y procuradora y cosas que hay que pagar si quieres que te hagan justicia sin haber hecho tú nada. Y es mi primera vez de esas cosas y no me imagino que voy a hacerme amiga de la abogada y le voy a dar mucho trabajo y que otras le van a pagar por mí y que vamos a ir juntas a Madrid a entregar una petición al gobierno para que nos proteja de ellos y que vamos a hacer muchas cosas buenas y pasar muchos malos ratos y que vamos a tomar muchos vinos.

Un día, cuando todavía no ha vencido el plazo para saber si la querella criminal de incel triste que me ha puesto ha sido admitida y todavía no tengo claro en qué puede derivar esto, me lo encuentro en la calle Bidebarrieta. Le reconozco enseguida porque tengo memoria de rencorosa. Se me olvida lo grande que es y me acerco demasiado y le apunto con el dedo en la cara, demasiado cerca.

–¡Tú! ¡Como pierda un solo minuto más de mi vida por tu puta culpa, te reviento la cabeza!

Qué bien se me da amenazar, joder. Es que soy supercreíble. Me lo creo hasta yo.

Se queda quieto, callado, me mira con los ojos como pajas, sonríe un poco feliz y dice mi nombre como quien conoce a su concursante de OT favorito.

Me mato. Le pongo.

Mientras su madre habla por él y me grita con el dedo demasiado cerca de la nariz como si me hubiera divorciado de su hijo por el monitor de pilates, yo pienso en las pajas que se ha hecho en mi honor ese ser y en las sábanas acartonadas y agrias que habrá echado a lavar esa mujer. Y la verdad es que me alegro por las veces que haya eyaculado fuera de una mujer, a mi costa. Pero qué asco.

No admitieron la querella a trámite.

1. Varela

Todas las familias felices se parecen unas a otras,
pero cada familia infeliz lo es a su manera.

León Tolstói, *Ana Karenina*

Grandes, con pelazo oscuro, gritones, fuertes, inflamables y de corazón frágil.

Así somos.

Mitad Galicia, mitad La Rioja. Pobres. Pobres de no poder salir porque la ropa estaba mojada. Pobres de comerse el gordo de la carne como si fuera carne. Pobres de padre afilador-paragüero con bicicleta y armónica por las calles del pueblo que se estaba haciendo ciudad, alimentando a cuatro hijas y cuatro hijos.

En una generación nos hicieron universitarias con posibles que casi no se acuerdan de dónde vienen.

Ya casi solo nos vemos en los entierros y siempre decimos «hay que quedar, a ver si nos vemos», pero –yo qué sé– no lo hacemos.

2. violencia

Quien habla de una protección supuestamente
igualitaria para nazis, hombres blancos o
heteros no es cierto que esté persiguiendo una
igualdad,

está persiguiendo el mantenimiento de
diferentes escalas de dignidad humana.

Pastora Filigrana

Es mi tema.

Verla, nombrarla, usarla, esconderla, enseñarla, buscarla, explicarla.

En mi tierra la hemos definido demasiado, la hemos desgastado.

Siempre me ha fascinado y la única lucha que de verdad me conmueve es la única que conozco que nunca la ha usado.

Busco a quien quiera usarla en nuestro nombre, pero no quiero empezar yo.

Sola no.

3. verano

Y aunque duela quiero libertad,
aunque me haga daño.
Mónica Naranjo, *Sobreviviré*

Como soy hija sola y Leo y asmática y primera nieta, mi madre siempre ha temido que me vuelva una niña mimada, como si no hiciera falta –para eso– que me hubiera mimado ella.

Así, me apuntaban a actividades al aire libre para niñas intrépidas, no siendo yo nada de eso. Y así es como acabé en las colonias de Briñas, La Rioja alavesa, financiadas por la Caja de Ahorros Vizcaína.

Seis años tenía.

Soy de naturaleza adaptativa, así que coloqué mi bolsa en la cama que me había tocado en la habitación compartida con decenas de niñas y me puse a buscar lo que importaba: el comedor. Encontrado y confirmado que había comida y una silla para mí. ¿Qué podía salir mal?

Pues muchas cosas.

Yo desayuno café con leche hace años, porque dice mi madre que el Cola Cao no es bueno y aquí eso es verdad, porque tiene grumos, que me dan mucho asco. Pero más asco me dan los dos niños que me han tocado en la mesa, que parecen mucho mayores que yo, por el carácter de sus actividades de ocio.

–Cuando terminemos de desayunar, echad a correr porque, si os pillamos, os vamos a meter el pito en la boca.

La otra niña de mi mesa y yo nos miramos un poco alucinadas, pero decidimos no descubrir si están bromeando. Así que nos damos la mano y echamos a correr hacia el patio.

El juego del calamar pero en pitos infantiles, en vez de balas.

Nos separamos y van a por ella, y eso que corre más que yo, porque ella no está gorda. O por eso.

No sé si le pusieron el pito en la boca, porque no me volvieron a ofrecer jugar. Sé que se lo pusieron en la frente a una chica muy alta y muy delgada y muy rubia.

Seis años teníamos.

Transcurrieron mis colonias en relativa tranquilidad, entre grumos de Cola Cao y croquetas de nada e historias que me enseñaron a tener miedo a la oscuridad y pocas amigas y ningún amigo y la misa de los domingos, antes del cine.

El último día, no tenía casi de quién despedirme así que paseaba al tuntún por la campa esperando a la última comida olvidable, antes de volver a casa.

Se me acerca de frente un niño con el pelo muy corto, casi rapado, que tenía fama de malo. Le dice algo con los ojos a alguien detrás de mí y unos brazos pequeños como los míos me agarran fuerte de las muñecas y me las pegan a la espalda, mientras el niño malo del pelo rapado me da un beso en la boca a la fuerza. Sin lengua.

Seis años teníamos.

1. *working class real*

Nuestras vidas se consumen, el cerebro se destruye.

ESKORBUTO, *Cerebros destruidos*

La prueba de que eres de una clase social es que no te das cuenta. Porque, desgraciadamente, con la clase se nace. Luego, si eso, a veces te escapas. O a veces te crees que lo has hecho, pero no.

Una vez me preguntó una amiga que por qué tantas historias de mi infancia empiezan por «estaba yo sentada en el suelo, viendo la tele…» y ahí me di cuenta de que no todo el mundo había vivido en una casa tan pequeña y tan llena de gente que no había sitio para todos en el sofá y a veces tocaba sentarse en el suelo. La cosa es que no me parecía raro ni cutre. Como no me lo parecía que me tocara compartir habitación con Aitite y Amama, que Aita durmiera en el sofá cama de la sala y que a veces él estuviera ya durmiendo mientras veíamos la tele, sentadas encima de su cama (vaya susto el día que se incorporó dormido y empezó a soltar puñetazos al aire… pobre, de quién se estaría vengando), que fuera imposible estar sola dada la densidad de población hogareña, que a veces hubiera cola para el baño o que me persiguieran apagando las luces por toda la casa, que no era mucho perseguir.

Nunca sentí que me faltara nada.

Es verdad que hacían muchos chistes sobre que nos comíamos el dinero, que heredábamos la ropa, que no sabía lo que era el olor a coche nuevo, que no viajábamos, que no teníamos vídeo, que me echaban la bronca si hablaba mucho rato por teléfono… pero no me di cuenta de que no todo el mundo vivía así hasta que no crecí y vi las casas de otras, que no estaban en El Kalero. Me acuerdo de que oír que una casa tenía dos baños me sonaba a Versalles. Y también de

cuando, ya adulta, fui a casa de la madre de un amigo en Indautxu y le pregunté por qué había dos puertas de entrada, una de ellas en la cocina. Me miró y se rio, con cara de qué proletaria eres, y me explicó que era la de servicio. Supongo que debí saberlo. Por ahí entrábamos nosotras.

De mayor, cuando estaba a punto de dejar de ser nuestra, me di cuenta de lo pequeña que era esa casa. Casi no cabía en el baño. Igual que me di cuenta de lo humilde que era la casa a la que nos mudamos solo los tres en Basauri cuando una amiga de la uni vino a pasar un fin de semana y se quedó solo una noche y ni sé duchó. Menuda pedorra.

La cosa es que siempre me enseñaron que estábamos bien, que había que fijarse en quienes estaban peor, y no había que ir muy lejos para verlo. Había mucha gente viviendo peor solo en nuestro bloque, y en el barrio, y en todos los barrios parecidos en todos los pueblos como este. No me dejaban quejarme mucho, ni pedir demasiados libros, ni demasiadas cosas, ni desaprovechar nada, ni envidiar a nadie, ni pedir becas, porque eran para la gente que las necesitaba de verdad. Tener más parecía excéntrico e innecesario.

A mi Aita le sigue haciendo gracia gritar en las comidas familiares que ya no quiere más angulas, para que lo oigan desde la calle. Como si alguien se lo fuera a creer.

2. *working class hate*

En su cuerpo quedó grabada la sensación de
injusticia y, por tanto, de venganza.

Andrea Momoitio, *Lunática*

Y yo pensaba que no, fíjate.

Me acuerdo en Sevilla, hablando con una amiga abogada laboralista, feminista, gitana de Triana, que me dijo que no pensaba que era yo tan de clase obrera (definitivamente, no se me nota) y que si no sentía odio.

Y le dije que no.

Y recuerdo otro día, en el Almodobar, un poco borrachas, después de la procesión del Borriquito –que resulta que ahora siempre vamos, desde que Andrea escribió *Lunática*–, estábamos con una amiga periodista de Basauri, maketa e hija de obreros, como yo, y ella nos contó que ella sí.

Pues resulta que yo también.

De pequeña, la mayoría de la gente que conocía era como nosotros, así que me parecía que vivíamos bien, normal. La gente en la tele vivía en otras casas y viajaba a otros sitios, pero también vivía en kibutz y ganaba apartamentos en Torrevieja, así que no me parecían comparables. Luego crecí y resulta que la mayoría que conozco no es como yo. Casas regaladas, apartamentos de veraneo, segundas viviendas, casas en el pueblo, entradas para pisos, pisos heredados, pisos comprados con herencias, casas gratis, casas vacías. Resulta que la clase era que a tu familia le sobre una casa. La gente dice que la clase se nota en que tu abuela haya ido a la universidad, pero la clase se nota en que tu madre no sepa escribir sin faltas de ortografía la lista de la compra, o un guasap. En que tu padre fantasee con cómo

hubiera sido su vida si no hubiera empezado de aprendiz de tapicero a los TRECE, con lo listo que le decían los curas que era. En que en tu familia no seas la primera, sino la única que ha ido a la universidad, no por lista, sino porque en tu mundo se tienen que dar demasiadas condiciones para aprovechar las oportunidades.

Pues resulta que tengo odio de clase. O rabia, más bien. Quiero venganza, en realidad. Quiero comprar una casa en Zierbena, para que mi familia desayune en el porche y tenga un txoko para invitar gente y un jardín para tomar el vermú al sol y una barbacoa y tierra con hierba y una valla y una puerta, donde haya sitio de sobra, mucho más del que necesitamos.

Quiero acordarme siempre de dónde vengo, pero no quiero acordarme cada día de que nos ha tocado tener que preocuparnos siempre por el dinero. Es pensamiento de pobre, la verdad, pensar que así me vengo.

3. *working class hero*

No hay nada más parecido a un machista de derechas

que un machista de izquierdas.

Mujeres Creando

Conozco un montón de cenutrios que dicen que son de izquierdas para molar muchísimo cuando sean ricos, porque están esperando a hacerse ricos porque se creen más listos que el resto. «El resto» son las mujeres y los maricones, básicamente, aunque dicen L G T B I Q plus plis plas mañana más para hacerse la vanguardia. Solo admiran a hombres blancos famosos porque se consideran a un paso de ser como ellos y los negros que les importan son Malcolm X, Muhammad Ali y Lumumba –eso a los googleados– porque hicieron cosas épicas y eran guapos. El Che les parece demasiado *mainstream* y Fidel dando discursos les pone, pero no lo dicen.

Algunos se enrolan en grupos revolucionarios de su barrio que no han revolucionado más que el ocio y el capital social de otros como ellos y otros se convierten en mini líderes de opinión, porque resulta que hay gente que necesita que le lideren aunque solo sea para opinar. Imagínate qué gente. Todos se creen el hijo único que tendrían –si se engendrara por el culo y se pudiera follar a través del tiempo y les fuera el rollo– Marx y Leonidas, pero no el de los libros de Historia, el de 300.

Voy a hacer el perfil de uno de ellos (que va a ser mejor que cualquiera de ellos, porque lo he creado yo). Seguro que más de uno se cree que me he inspirado en él, porque ellos se creen una inspiración y no una copia. Vive en un barrio que él considera obrero en una casa que era de su abuela, que está en una residencia. Nunca va a verla, que no le gusta cómo huelen las residencias, ni los hospitales. Ha puesto un

poster de la revolución rusa y uno de Gramsci y no ha quitado ni los tapetes de ganchillo, y ya siente que ha hecho suyo el espacio. Tampoco ha cambiado de sábanas. Va a comer a casa de su madre los domingos y se lleva croquetas, canelones y embutido para toda la semana. Come carne, porque es un guerrero de Esparta y necesita proteínas animales para cuando llegue el momento de la batalla y porque se cree mejor que las vacas, los pollos, las mujeres, los maricones, los negros y los veganos. Va mucho al gimnasio de su barrio porque allí se siente un triunfador, aunque no sea el que más peso levante, porque él es un tío que piensa. Es heterosexual, porque el ojete es un agujero de salida, menos el de las tías con las que folla, que siempre lo intenta, aunque ellas no quieran. Con sus novias no, que no quiere hacer planes a largo plazo con guarras. No ha cuajado con ninguna, porque ninguna le da lo que él necesita, que sería que fuera como su madre pero que le gustara el hard core o el trash metal o *Breaking Bad* o jugar a la play, o todo a la vez, esa sí que molaría. Bebe cerveza porque el vino es burgués. Le gustan los platos de cuchara, la pasta, la paella (tiene un amigo de Valencia que le enseñó a diferenciarla del «arroz con cosas») y una buena carne poco hecha, aunque lo que más come es pizza barbacoa del súper, y no mierda snob de sushi ni poke ni ramen ni hostias. Le gusta el buen cine, Scorsese, Nolan, Kurosawa, y no le gusta *Succession* ni *Los Soprano*, le gusta *Uno de los nuestros*. Ha abusado de la mayoría de las mujeres con las que ha follado pero no se lo cree porque ellas se tomaron los chupitos voluntariamente, o subieron a su casa voluntariamente o se dejaron quitar las bragas voluntariamente o abrieron la boca voluntariamente. Cree que si se corren es gracias a él y que si no se corren es porque son estrechas. Cree que su polla es más grande que la media. Cree que ha leído suficiente. Cree que él ya había pensado antes lo que otros han escrito. Cree que no es famoso porque no quiere. De vez en cuando se fuma un puro. Cree que sería un buen guerrero si las guerras fueran cuerpo a cuerpo, como antes. Cree que folla mejor que ningún tío con el que hayan estado las tías que follan con él. Es jefecillo intermedio, el más viejo de su puesto. Los demás se han ido o han ascendido. Él está ahí, a pie de calle, enseñando a las chavalitas nuevas. Ha visto discursos de Hitler y le parece que tiene

carisma. Ha hecho discursos delante del espejo, y se gusta. No hace turismo, porque es de borregos. Viaja a apoyar luchas o a conocer la cultura o a vivir aventuras. Le gusta la buena música, el jazz, el rock, Mahler y algún cantautor. Le da asco el reggaeton y no lo diferencia del trap y desprecia a las guarras que mueven el culo a cuatro patas en cualquier bar. Cada vez se enrolla con tías más jóvenes. Le gusta hablarles en la cama de las revoluciones que se han perdido. Tienen mucho que aprender. Las mujeres de su edad le dan pereza, no le dejan hablar.

1. x de mudanza

Gauez bakardadeak bortzatzen gaitu ohean.

Anari, *Gu*

Después de la bronca de anoche y de que volviera a amenazar con hostiarme, me mudo. Tomo café mientras él me llama zorra y se burla de que voy a decirle a mis amigas feministas que me ha pegado y yo ya no le tengo miedo y le respondo y me voy a trabajar. Y a mediodía veo un piso y la casera se da cuenta de cómo estoy, porque ella está parecido y me llama por la tarde para decirme que el piso es mío y que me puedo mudar hoy mismo. Voy acompañada a comprar sábanas y almohadas y un nórdico y monto la cama y ceno acompañada al lado de casa. Me he traído solo lo justo, una maleta de ropa. Nunca recojo nada más.

Fue mi incubadora.

Después de mes y medio de baja tras los puñetazos de mi vecino, me mudo. Una amiga me manda una casa que se me escapa un poco del presupuesto, pero es preciosa y tiene una bañera con patas y no tiene vecinos y voy a verla acompañada. Tengo que presentar muchos papeles en la inmobiliaria para que se crean que puedo pagarla y me la dan y llamo al señor de las mudanzas de mis amigas y meto todo en cajas, primero muy ordenadas y luego con todas las cosas mezcladas y hago algunos viajes con amigas y compro sábanas nuevas y almohadas nuevas. Se duerme bien aquí.

Será mi torre.

2. x antes conocido como twitter

Los ricos viven aterrorizados
de que indaguemos y descubramos el origen
criminal de su riqueza.
NAN GOLDIN

Es el sitio en el que más violencia sufro y en el que soy más poderosa. O viceversa.

A veces me siento como Mulan y a veces tomo conciencia de que soy una señora mayor opinando de grandes temas que no repercuten directamente en mi vida desde la cama, tapada con el nórdico.

En realidad es una metáfora de mi vida, porque juré que nunca iba a tener una cuenta personal y es el lugar donde más éxito tengo. De no lo veo para nada a vamos con todo en cero coma. Mi vida.

A veces pongo cosas solo para provocar y a veces con la secreta intención de que me cierren de una vez la cuenta y poder ser una mártir de la libertad de expresión en vez de desaprovechar las irreconocibles ventajas de que me siga más gente que la que hay en mi pueblo.

Lo cierto es que soy el ejemplo del apocalipsis al que nos dirigimos porque tengo más seguidores que la tele en la que era tertuliana en la que me llamaron acosadora y que la radio en la que era tertuliana en la que empezaron con lo de llamarme acosadora y se supone que tendrán gente para llevar las redes, ¿no? Que me da gustirrinín pero tampoco es que me sirva para nada más que para tener que estar pendiente de no tuitear borracha, para pedir el boicot a Israel y para que me escriba gente que no me conoce para pedirme que le retuitee cosas y para que me escriba gente que sí me conoce pero que solo me escribe para pedirme que le retuitee cosas.

Mulan, vamos.

3. ¿xanax o una pistola?

¿Cuánto tiempo estuviste a su lado? Demasiado.

LAURA BURNEY, *Durmiendo con su enemigo*

La última vez que me puso el puño en la cara fue la última noche que dormí con él en nuestra casa.

Me despierto con el cuerpo entumecido de dormir tensa, sin moverme, arrinconada al borde de la cama por hacer el espacio que nos separa lo más grande posible. Cuánto cuesta escaparte de la cama compartida, ¡joder! *Durmiendo con su enemigo*, joder, no podían haberle puesto un título mejor. Durmiendo con su puto enemigo. Y no te vas. No te puto vas ni a dormir al sofá o a casa de una amiga o a casa de tu madre o a un puto hotel. No te vas. Te quedas allí, incrédula, inmóvil, respirando mal, con el cuchillo debajo de la almohada y la certeza de que no vas a ser capaz de usarlo.

Pero ¿una pistola? Una pistola sí la usarías. Si anoche hubieras tenido una pistola, le hubieras disparado en toda la cara, según estabas. De rodillas encima de él, gritando, desesperada, incapaz de sobrevivir más, de aguantar más, de fingir más. Anoche, cuando te empezó a gritar mientras dormías –con lo que te cuesta a ti dormirte– y no paró hasta que te despertaste, te giraste y le miraste, y justo en ese momento decidió dejar de hablar, girarse y dejar de mirarte. Cuando te volviste loca y no aguantaste más y le gritaste con un puño a cada lado de su cabeza, de rodillas encima de él, muy cerca de su cara «¡que me hables!» «¡que me hables! ¡que me has despertado para hacerme una puta pregunta y ahora no me hablas!».Y entonces él, te empujó hacia atrás, se incorporó en la cama, se puso de rodillas, te agarró del cuello y te puso el puño en la cara. Otra vez. Tan cerca como para que no vieras nada más. Lo justo para no arrancarte la cabeza. Otra vez.

A la mañana siguiente, te levantaste, te hiciste un café, él te dijo «ahora les dices a las zorras de tus amigas feministas que te he pegado» y es que ni discutiste, aunque le dijiste «no me pegaste, pero me querías pegar» pero ya es que estabas hasta el coño y ya no estabas allí, te habías ido.

Y te mudaste esa semana, porque eres resolutiva cuando quieres y porque la futura casera se dio cuenta de que estabas en la mierda y te preguntó si te estabas separando, cuando te vio con la coleta y la autoestima bajas, y tú le dijiste que sí y ella te dijo que ella también y te coló en la cola de gente que quería el piso y A y G te acompañaron a Ikea a por sábanas y almohadas y un nórdico y cenaron contigo la primera noche en el Ágape, que siempre te ha gustado. Y ahí empezaste a respirar, poco a poco.

Te lo cuento por si no te acuerdas que eras tú.

Para que no se te olvide que eras tú.

1. yugo

Carne de yugo ha nacido
más humillado que bello
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.
MIGUEL HERNÁNDEZ, *El niño yuntero*

Ella siempre sonríe.

Siempre ha sido guapa. Siempre me ha gustado que me digan que me parezco a ella. Morena, de ojos oscuros, de pelo larguísimo, de pequeña quería ser como ella.

Era algo jipi, al menos por fuera. Vestidos largos, estampados de flores, pendientes y collares que hacían clin clin clin. Y trabajaba fuera de casa, y había estudiado Secretariado.

En esa casa diminuta en la que vivíamos ocho personas, su cuarto era como una máquina del tiempo. Allí no había hombres con puros, ni delantales, ni mujeres tan ajetreadas que no podían ni quejarse, ni partidos de fútbol por la radio con anuncios de Soberano. Allí, me leía a Miguel Hernández, me cantaba la versión de Víctor Jara de *El niño yuntero* «Carne de yugo ha nacido…» y repasábamos el libro *Maravillas del mundo* y yo le señalaba las fotos de todos los sitios a los que iba a ir cuando fuera mayor. Mi favorito era Machu Picchu. Cuando fui por primera vez, con VEINTE años, con unas Converse All Star y una mochila y una tienda alquiladas, fue en ella en la primera que pensé, al atravesar Inti Punku y mirar ese paisaje soñado de tanto verlo en fotos. Y pensé «aquí estoy, Iseba. He venido».

La segunda vez que fui, con 45 años, le mandé una foto por guasap desde la misma puerta que me recordó a ella. Y tuve que hacer

malabares con el iPhone para que no salieran demasiados de los miles de turistas que invaden ahora la ciudadela. «Qué gozada de viaje» me respondió. Pero sé que estaba pensando: «¿Cuándo iré yo?». También hacíamos gimnasia, me dejaba su Olivetti para jugar a secretarias y me cantaba canciones en inglés (que –ahora que sé inglés– he descubierto que era inventado). Me parecía la persona más interesante y libre del mundo. Lo era, de mi mundo. En ese cuarto con ventana a un patio había más libertad que en ningún otro sitio donde yo hubiera estado.

Luego se enamoró.

Y un día, nos invitó a toda la familia a conocerle. Para que no fuera muy formal, quedamos en la calle (en realidad en un bar, que es donde queda la gente decente vasca) y a mí me peinaron el txori más tirante de lo habitual y me pusieron un lazo más grande de lo habitual y un vestido con más lazos de lo habitual. Y allí nos plantamos. La recuerdo morenísima, con el pelo negro suelto y una flor blanca en la oreja, a juego con el vestido blanco de volantes, con los hombros al aire. Preciosa y expectante. Buscando con los ojos a su amor en la plaza de Mamariga petada, porque eran fiestas. Yo miraba en la dirección de sus ojos, a ver si veía la primera al amado. Cada vez que volvía a su mirada, para corregir la trayectoria, la espera se le iba notando. Seguía sonriendo, ella siempre sonríe, pero se le iba solidificando.

Cuando ya era solo una mueca, mi madre le dijo, mentirosa: «le habrá pasado algo».

La he visto fingir sonrisas muchas veces después, pero esta le salió fatal. «Sí, ¿verdad?». No se lo creía ni ella. Lo sé porque después miró hacia otro lado, para que no viéramos que estaba llorando.

Al día siguiente, me volvieron a poner lazos y estábamos toda la familia reunida en esa sala diminuta en la que no cabíamos, pero sí. Cada cual en su sitio. Yo podía elegir entre el suelo y el brazo del sillón. Los asientos eran para los mayores. Había un hueco libre.

Nadie me explicó nada, así que tuve que ir interpretando el contexto. Llegó un tipo, dio la mano a los hombres de la familia y un beso a

ella, que hizo como que lo rechazaba un poco, y se sentó en el hueco libre. Nos callamos y solo se oía la tele, que nadie había apagado. Puede que estuvieran dando los toros.

Él apartó el silencio con unas disculpas prefabricadas, como si las hubiera leído. Un poco como las del rey después de matar al elefante que lo cambió todo y no cambió nada. Mientras declamaba sus disculpas, miraba de reojo a la tele. Igual era fútbol.

Ella lloraba y el patriarca dijo unas palabras y todos fingimos que la cosa se había solucionado. Pero solo había empezado.

Un primero de enero, 25 años después, ella me llamó a mediodía:

–Quiero separarme. ¿Qué tengo que hacer?

Ya estoy acostumbrada a que la gente me llame cuando se le infecta el amor romántico.

El otro día se acordó, en el supermercado, de que ese día hubiera sido su aniversario y se compró una planta y una botella de cava, para no celebrarlo.

Ella siempre sonríe. Pero ahora la miras y sabes lo que está pensando.

2. yo

Eres factura y alcohol.

La Oreja de Van Gogh, *Pop*

Qué será eso. Quién será esa.

Ojalá haberle preguntado a la segunda terapeuta si notaba tocándome la cabeza por dónde iban los tiros de lo que es ser esta señora que soy y lo que ha sido ser la niña, la chica, el cuerpo, el cuadro con marco que he sido.

A lo más que he llegado es a ser capaz de juntar migas de partes de mí que reconozco como re(t)ales en algunas de las diapositivas que yo misma proyecto y con eso hacerme una idea. Es como que siento que nunca he terminado, como este libro. Siempre releyendo y revisando y esperando un poco de inspiración, un poco de tiempo, un poco de emoción, un poco de magia que cambie lo que es y lo que soy y así poder hacer una foto increíble de persona genial que me caería bien hasta si la conociera de verdad. Me dice mi terapeuta de ahora que tengo que dejar de decir que soy mala y que me da miedo que la gente lo descubra y no me quiera y lo he dejado de decir porque me lo ha dicho ella, pero lo sigo pensando.

La primera –y penúltima– vez que fui a una cena de las de la gente del colegio, el año de los cuarenta, me asustaba contar mi vida de verdad y pensé en bajarme unas fotos de un marido, una niña, un chalé adosado, un niño y un perro. Y dejar que la historia se la contaran ellos. Pero en vez de eso me planché el pelo, me puse un vestidazo corto y escotado y elegí el relato crudo. Cuando le conté a la empollona de clase que vivía de alquiler en Sanfran, que era autónoma, que no tenía un duro ni pareja y que no era capaz de describir exactamente mi curro, le di envidia. O eso me dijo.

No sé si todo el mundo está igual de perdido, igual de en borrador no definitivo, pero siento que el archivo en que me descargaron se ha quedado obsoleto y que no es compatible con el software del nuevo aparato este en el que me encarno. Hay que actualizar.

3. y todavía lo tiene

No espero nada, no temo nada, soy libre.

Nikos Kazantzakis, epitafio

La gente que me quiere y se preocupa por mí dice que no va a pasar nada, pero me da miedo que sea porque yo solo les he contado la versión que me contaba a mí. No la verdad, que me ha inundado el zulo hasta que me he dado cuenta, con la asfixia al cuello, de que todavía respiraba.

Pero, por si acaso, me van a acompañar.

Hemos quedado en el Muga, porque no hay quedada sin bar y porque así nos montamos en el coche y subimos hasta el loft, y nos ahorramos las calzadas de Mallona, que ya tengo bastante poco aire en el pecho como para subir todas esas escaleras.

He traído una nariz de payaso porque se me ha ocurrido que, si la cosa se pone chunga, me la puedo poner y hacer que la situación resulte tan ridícula y fuera de contexto que suavice la tensión. Pobrecita mía.

En el coche les cuento cómo creo que va a ser el proceso: cara de perro apaleado, pasivo-agresividad, alusión a mi peso y posible violencia. Piensan que exagero. Pero aquí están.

Llegamos y nos está esperando en la barrera que da acceso al callejón donde he vivido estos últimos tres años. Cara de perro apaleado. Y la ropa de cuando quiere parecer joven. La que elegí yo. Primera parada, el garaje. Le quita la lona a la vespa roja antigua que me regaló. La arregló y restauró él mismo y la pintó con pintura roja que robó del parque de bomberos y le puso de llavero una ficha de dominó que nos encontramos en una playa. Precioso todo y muy romántico. Si no fuera porque me obliga a ir los sábados por la mañana a Olabeaga a

practicar, mientras me mira con esa cara que me hace hacerlo todo mal. Y por todo lo demás. Odio esa moto. Me da miedo y me siento inútil y quiero estar en el suelo, andando con los pies. Hace mucho que no tengo alas.

La moto no arranca, pero la sacamos como si fuera una bici. La idea es no volver ni dejar nada allí que sirva de ancla. Cuando llegamos a la reja que lleva a la entrada del loft, se gira y es otra persona, a la que solo conozco yo. Los ojos de reptil ahora son de tiburón, la boca tan seca que se le pega el labio a las encías, la voz más grave que nunca. Se gira y corta el paso con su mano gigante a mis amigas: «vuestra excursión termina aquí. A partir de aquí solo pasa ella». Y este es el momento de mi vida en que más claro tengo que la mayor fuerza vital, el chaleco salvavidas y el mejor escudo son las amigas. Porque ni siquiera tuvimos que mirarnos para estar todas de acuerdo en que ni de coña iba a pasar yo sola.

Algunas veces después B me ha contado que ella cree que me estaba esperando con unas velas y unas flores y una cena romántica en plan reconquista. Yo siempre he estado segura de que me estaba esperando más en plan *Seven*. No sé si con puños, martillos, alicates o sierras, pero tengo claro que no hubiera pasado de la primera planta, donde guardaba las herramientas.

La cosa es que no entré. Por eso salí de aquella.

Le proponemos muchas alternativas. Que meta él las cosas en la maleta roja vacía, que nos las mande por correo, que entremos todas, que se quede él fuera… yo qué sé. En momentos como ese te pones creativa, negociadora y ridículamente resolutiva. Pero todas sabemos que nos vamos a ir sin mis cosas de allí. En un intento de apelar a su dignidad –pobrecita mía– le digo que es obvio que está intentando mantener un vínculo conmigo, aunque sea el peor, y en vez de su dignidad sale su mierda, que siempre estaba más a mano: «¿Para qué quiero yo nada con una gorda como tú?». ¡Ueeeeeee! ¡Me debéis una caña! ¿No os he dicho que me iba a llamar gorda?

Mis amigas no están preparadas para reírse ahora mismo así que activan el plan b que consiste en salir enteras de allí y –si no es con mis cosas– al menos con el dinero que me debe. El que le dejé cuando ya nos habíamos separado para que se comprara una cabaña y la pusiera en el viñedo que compró con el dinero de los dos pero puso solo a su nombre.

S está a punto de tragarse sus preciosas y blanquísimas paletas, porque a ella le pone el puño en la cara pocos minutos después de conocerla, pero ella le grita que está acostumbrada a tratar con mierdas como él, y es verdad, y le achanta y salva sus dientes y el sobre con la mitad de mi dinero.

Él, vencido en su intento homicida, me grita asqueado que me lo gaste «en Naturhouse». Porque cuando estaba flaca me gastaba el dinero allí para que no me mirara así.

Como todavía conservamos una cierta inocencia, llamamos a la Ertzaintza para contar que mi ex se ha puesto violento, nos ha amenazado, me ha insultado y me impide entrar en mi propia casa. El poli al otro lado me llama por mi nombre todo el rato, como si fuera un comercial de telefonía móvil, pero me dice «¿eres consciente de que, si vamos, nos lo vamos a llevar esposado?». Cuando yo le respondo «¿eres consciente de que me estás disuadiendo de denunciar?» su tono cambia y se nota que no le gusta tratar con listillas que se saben la lección. Antes de colgar me dice que si atendieran a todas las «chicas» que tienen «miedo de sus ex» «no darían abasto» y yo le digo que me extraña que no haya más víctimas, con esa policía, y alguien cuelga. Total, que no vienen.

Es el único momento en que me rindo a llorar.

Y B se va con sus ojos gigantes más grandes que nunca, porque hoy tiene certezas que no le gustan, a aparcar el coche (nunca supe quién le abrió la barrera) y S y yo bajamos corriendo las escaleras de Mallona con la maleta roja vacía y S repite todo el tiempo «es un maltratador, es un maltratador, es un maltratador» y yo me doy cuenta bajando

corriendo las escaleras de Mallona de que tiene razón y de que yo le he obedecido tanto que nunca me ha pegado.

Él corre detrás de mi amiga la que lleva la vespa roja en punto muerto por la cuesta de las calzadas de Mallona.

Llueve y parecemos una parodia de *Rojo* de Kieslowski.

La ropa, los libros, el mortero de olivo de mi bisabuela, las creaciones de mi madre en el taller de cerámica, las fotos de mi primera boda, las toallas de Amama, mis bolis, la silla Eames, todo lo que no me llevé en la primera escapada, la que debió ser la única, se lo queda.

Meses después un sobre con las fotos de mi primera boda aparece en mi mesa en el despacho que teníamos en la Plaza Nueva. Qué susto. Resulta que es E, que lo ha encontrado en el buzón, y lo ha dejado ahí sin saber lo que era.

Lo demás, el dinero, las cosas, los seis años, la inocencia, el viñedo… todavía lo tiene. Supongo.

La nariz de payaso sigue en un bolso.

1. Zierbena

Zierbena es un pequeño municipio de la costa
de Bizkaia

idóneo para quienes aman la mar, el deporte y
la gastronomía con sabor a mar.

Está situado en un enclave natural único y a tan
solo 20 minutos de Bilbao.

ZIERBENA.NET

Donde ella nació.

Y su madre. Y su padre.

La casa donde nació su padre ya no existe, pero estaba en el puerto. Yo la recuerdo. Estaba tan cerca del agua que cuando subía la marea, entraba en la cocina. Eso me lo han contado, nunca entré.

Es un pueblo pequeño y era precioso (ahora no lo sé, me gusta más el recuerdo) construido para el mar. Puerto, superpuerto, sardineras, pescadores, remeros. Pescar, vender pescado, saber nadar. La mar. Hay (había, hace años que no entro) un barco colgando del techo de la iglesia. La gente de la mar no le reza a otro dios. Y a la Virgen del Carmen. Todavía es sagrada, esa fecha, en nuestra casa. Comemos y bebemos un montón y vemos la procesión fumando en la ventana de Y, que se ve de lujo.

Una vez estaba tomando mojojones en un bar de La Cuesta y una mujer me reconoció. Bueno, me detectó. «Eres la hija de Rakel, ¿verdad?». Pues claro.

Una vez estaba en una reunión con el alcalde para un trabajo y me dijo, sin venir a cuento: «eres igual que tu madre, pero ella más guapa». No es el único que lo piensa.

2. zorras rojas

Frauen bildet Banden.

Rote Zora

Lo intentaron con las princesas, con las modelos, con las buenas, con las flacas, con las vírgenes, con las misses, con Ana de las Tejas Verdes, con Laura Ingalls.

Pero éramos Pippi Calzaslargas. Éramos las madrastras. Éramos las malas, las gordas, sin himen. Y no pediríamos la paz mundial si nos concedieran un deseo.

Pediríamos la guerra. Pediríamos las armas. Pediríamos el poder, la fuerza y la pasta. Pediríamos no llevar las heridas atávicas de los cuerpos de todas, no saber lo que es el miedo antes que el placer, no prestar nuestro cuerpo antes de conocerlo. Pediríamos impunidad para hacer lo que a nosotras nos hicieron. Pediríamos hogueras en las plazas, fuego, fuego, FUEGO. Pediríamos no vivir en un continente que se llama como una mujer raptada y violada y que se ha construido raptando, violando y matando a todos los demás. Pediríamos no ser el puto ángel del hogar y que nadie espere que dediquemos nuestra vida a sacrificarla por los demás, porque mamá, cariño, guapa, enfermera, la cena.

Pero no. Ya no lo vamos a pedir. Vamos a coger lo nuestro y a hacer lo que queremos con ello. Nuestro cuerpo, nuestro tiempo, nuestro dinero, nuestro espacio, nuestros lazos.

Vamos a volvernos peligrosas, violentas, vamos a empezar nosotras las broncas.

Porque cualquiera que llevara encima lo que llevamos nosotras habría empezado ya. Como hicieron ellas.

Algo hemos aprendido.

3. z de puta gorda

Me llevo mis ruinas conmigo, las respetaré y las interpretaré.

Haré de ellas un lugar hospitalario

y atenderé a los mensajes que me comuniquen sus fantasmas.

Y tal vez, quizás, llegará el día en el que sobre ellas construya mi nueva ciudad.

EDURNE PORTELA, *Formas de estar lejos*

La última vez que le vi queriendo ya le había dejado. Pero no me había librado de él. Como las drogas buenas, que son las peores, la decisión de dejarle no coincidió con la acción de romper el lazo pegajoso y podrido que nos unía. Cuando ya me había marchado y había encontrado un hueco en el que vivir y una vida en la que acomodar mis vacíos, todavía le veía porque quería. O eso creía, qué sé yo.

Estamos de fin de semana en el pueblo precioso y minúsculo e invadido por ese Opus Dei para pobres que son Los Kikos, en el que está el viñedo que compró con el dinero de los dos y que puso solo a su nombre. Ya le he dado el dinero para que se compre una cabaña con mi dinero y a su nombre, pero nos quedamos en una de las dos casas de agroturismo del pueblo. A la otra ya no vamos, porque la dueña me llamó para decirme que estaba de mi parte, que era un cerdo y que se había follado a la enóloga, a la que repartía las subvenciones del ayuntamiento y a la de la otra casa de agroturismo y que a ella le debía dinero, y yo se lo conté. Y él dijo que estaba celosa porque no se la había follado a ella. Y yo allí, ¿sabes?

Fui capaz de dormirme y de no morirme, ni me acuerdo cómo y me desperté pensando que había asesinado a ciento setenta y siete

personas. Porque yo a veces me acuerdo de los sueños y durante unos segundos larguísimos creo que son verdad. Cuando se me pasa el susto porque me busque la Interpol, pero no el remordimiento por haber matado a tanta gente, porque no lo he sentido –ese es el nivel de desconexión con mi propia humanidad que tengo– dice algo que me enfada tanto que recupero la maltrecha e inerte dignidad que no creía que me quedaba. Y le digo que nos vamos, que me lleve a mi casa. Porque en esa época yo no me acordaba de que sabía conducir.

En el coche, el capítulo que tantas hemos vivido pero que creíamos que no era peligroso hasta que nos han contado cuántas se han muerto así: la discusión a gritos con una persona que está conduciendo y que tiene serios problemas de control de su ira y de lo que viene siendo relacionarse básicamente con cuerpos humanos. Bueno, de discusión nada. Gritaba él, apartaba la vista del volante él, y yo tan aterrorizada y paralizada como siempre, pero mucho más porque me había dado tiempo a entender un poco que no era normal lo que me estaba haciendo y porque estábamos en un espacio reducido como un coche y porque los coches van por la carretera y a veces se chocan y la gente que va dentro se muere.

Grita mucho y me insulta mucho y me callo como siempre hasta que me dice lo que –así con esas palabras– nunca me había dicho «¡Puta gorda! ¡Putagordaputagordaputagorda!». Como el energúmeno que es, grita sin parar lo que siempre ha insinuado pero nunca se había atrevido a verbalizar, porque lo tenía guardado para el Gran Día de la Batalla Final, porque él se cree que es Leonidas y que la vida es el Paso de las Termópilas pero no sabe que es el traidor cobarde y herido por dentro que delató a sus propios compañeros y que yo soy Artemisa, aunque en los últimos seis años se me ha olvidado, pero me viene de repente la fuerza de mis ancestras y de todas las que han aguantado a cenutrios como ese y le grito que no me va a volver a ver en su puta vida.

Y me bajo del coche en cuanto llegamos a la ciudad y llamo a A, que me ha salvado de tantas que ya ni pregunta qué ha pasado y me pasa a buscar por el portal con el coche y se muere de risa cuando me monto,

completamente *overdressed*, con un vestido negro pegado y escotado y un bolso de mano de pedrería completamente inapropiado para ir a ver *Sexo en Nueva York II,* que es una mierda de película, pero que es un planazo en este momento.

Me río y lloro y vamos a tomar un vino después y ella no me pregunta nada porque estaba esperando a que yo me diera cuenta. Ella ya lo sabía.

Y así empieza todo.

Y lo que queda…

Bibliografía

una especie de prólogo

Carmen María Machado (2019), *En la casa de los sueños*, trad. Laura Salas Rodríguez, Barcelona, Anagrama, 2021.

A

2. Jean Shinoda Bolen (1984), *Las diosas de cada mujer*, trad. Alfonso Colodrón, Barcelona, Kairós, 1993.

B

1. Emilia Pardo Bazán (1897), «El encaje roto», en *Cuentos de amor*, Administración, Madrid, 1898.
3. Virginie Despentes (2006), *Teoría King Kong*, trad. Beatriz Preciado, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Melusina, 2007.

D

1. Katixa Agirre (2018), *Las madres no*, trad. Katixa Agirre, Madrid, Tránsito, 2019.

Leslie Feinberg (1993), *Stone Butch Blues*, trad. Judit del Río y Layla Martínez, Madrid, Levanta fuego, 2021.

3. Valerie Solanas (1967), *Manifiesto SCUM*, trad. Ana María Becciu, Madrid, Lastura, 2018.

E

2. Félix Lope de Vega (1634), «Soneto 126. Desmayarse», en *Rimas humanas y otros versos*, Barcelona, Crítica, 1998.
3. Cristina Morales (2018), *Lectura fácil*, Barcelona, Anagrama.

F

1. Jeanette Winterson (2011), *¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal?*, trad. Álvaro Abella, Barcelona, Lumen, 2012.

G

1. Hesíodo (c. VIII-VII a. e. c.), *Teogonía, Trabajos y días, Escudo, Certamen*, trad. Adelaida Martín Sánchez y María Ángeles Martín Sánchez, Madrid, Alianza, 2013.
3. Sun Tzu (c. V a. e. c.), *El arte de la guerra*, trad. Gabriel García-Noblejas Sánchez-Cendal, Madrid, Alianza, 2014.

H

3. Simone de Beauvoir (1949), *El segundo sexo*, trad. Alicia Martorell Linares, Madrid, Cátedra, 2017.

I

2. Carl G. Jung (1964), *El hombre y sus símbolos*, trad. Luis Escobar Bareño, Barcelona, Aguilar, 1969.

L

2. Monique Wittig (1992), *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, trad. Javier Sáez y Paco Vidarte, Barcelona, Egales, 2006.

N

3. Nerea Barjola (2018), *Microfísica sexista del poder*, Barcelona, Virus.

P

2. *El mundo de los niños* (1972), Barcelona, Salvat.

Manuel García Ferre (1982), *El libro gordo de Petete*, Alcalá de Henares, PTT.

Isabel Allende (1982), *La casa de los espíritus*, Barcelona, Plaza & Janés.

Robert Graves (1934), *Yo, Claudio*, trad. Floreal Mazía, Madrid, Alianza, 1979.

T

2. Michael Ende (1972), *Momo*, trad. Susana Constante, Madrid, Alfaguara, 1983.

V

1. León Tolstói, *Ana Karenina* (1878), trad. Irene y Laura Andresco, Madrid, Aguilar, 1952.

W

2. Andrea Momoitio (2022), *Lunática*, Madrid, Libros del KO.

Y

1. Miguel Hernández (1937), «El niño yuntero», en *Viento del pueblo*, Valencia, Ediciones Socorro Rojo.

Z

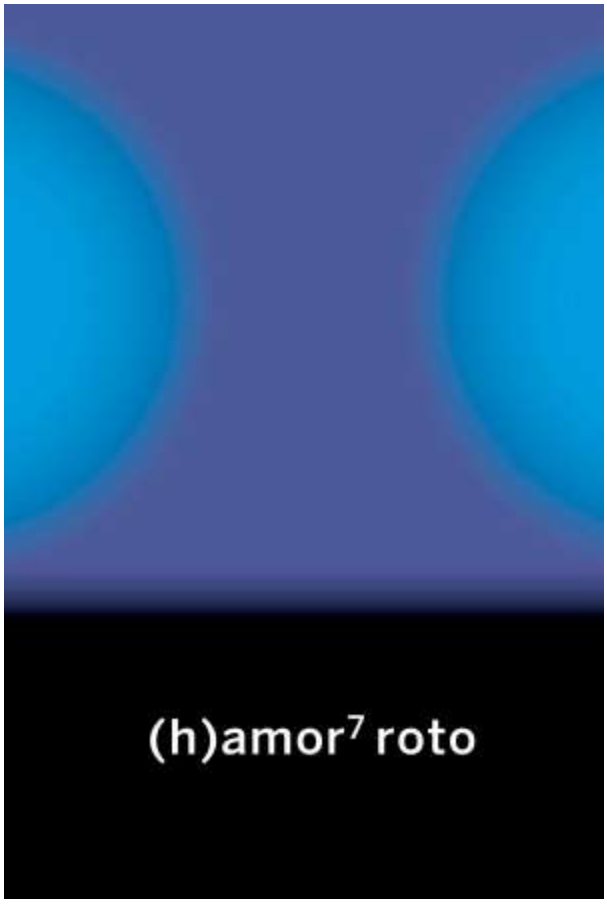
3. Edurne Portela (2019), *Formas de estar lejos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Lista de reproducción *Lo Que Quede*

Colección La Pasión de Mary Read

1. VV. AA., *(h)amor1*
2. VV. AA., *Sexo, mujeres y series de tv*
3. Carol Bensimon, *Todos adorábamos a los cowboys*
4. VV. AA., *(h)amor2*
5. Ana G. Borreguero, *(Des)atadas. Una introducción al bondage*
6. VV. AA., *(h)amor de madre*
7. Tikva Wolf, *Poliamor. Lo mejor de Kimchi Cuddles*
8. Laurie Penny, *Cibersexismo. Sexo, poder y género en Internet*
9. Laurie Penny, *De esto no se habla. Sexo, mentiras y revolución*
10. Susan Stryker, *Historia de lo trans. Las raíces de la revolución de hoy*
11. VV. AA., *(h)amor3. Celos y culpas*
12. Donna Haraway, *Como una hoja. Una conversación con Thyrza Goodeve*
13. Kate Bornstein & S. Bear Bergman, *eds., Disidentes de género. La nueva generación*
14. Eve Rickert & Franklin Veaux, *Más allá de la pareja. Una guía práctica para el poliamor ético*
15. Elisabeth Sheff, *Apuntes sobre poliamor. Una guía para comprender a las personas poliamorosas*
16. Phyllis Chesler, *Mujeres y locura*
17. VV. AA., *(h)amor4 propio*
18. Kate Millett, *A. D. A memoir*
19. VV. AA., *La fragilidad del cuerpo amado*
20. VV. AA., *Superbollo contra la LEFA*
21. Naomi Wolf, *El mito de la belleza*
22. Fumettibrutti, *Mi adolescencia trans*
23. VV. AA., *(h)amor5 húmedo*
24. VV. AA., *(h)amor6 trans*
25. Leonor Courtoisie, *Irse yendo*
26. Eli Clare, *Una brillante imperfección*

27. Carolina Meloni, *Sueño y revolución*
28. val flores, *Romper el corazón del mundo*
29. Víctor Mora, *¿Quién teme a lo queer?*
30. VV. AA., *Relatos de dos planetas*
31. Ailoveny Güats, *Ailoveny Güats*
32. VV. AA., *(h)amor7 roto*
33. Roberta Marrero, *Todo era por ser fuego*
34. Sonia Shah, *La próxima gran migración*
35. Meg-John Barker & Justin Hancock, *Sexo: DIY*
36. Meg-John Barker & Justin Hancock, *Relaciones: DIY*
37. Meg-John Barker & Justin Hancock, *Comprende tus fantasías*
38. Jessica Fern, *Una red segura. Apego, trauma y no monogamia consensuada*
39. Raquel Verdugo y Alma López, *Un fantasma*
40. Rafia Zakaria, *Contra el feminismo blanco*
41. VV. AA., *(h)amor8 gordo*
42. VV.AA., *Anarquía relacional. Una novela gráfica*
43. Monique Wittig & Sande Zeig, *Borrador para un diccionario de las amantes*
44. Juanpe Sánchez López, *Superemocional. Una defensa del amor*
45. Sayak Valencia, *Postales de R*
46. VV. AA.,*Vidas no binarias*
47. Flor M. Yustas y Lidia Toga, *Como comida. Un festín de bollerapps*
48. Andrea Galaxina, *Nadie miraba hacia aquí*
49. VV. AA., *(h)amor9 amigas*
50. Roberta Marrero, *Derecho a cita*


(h)amor7 roto

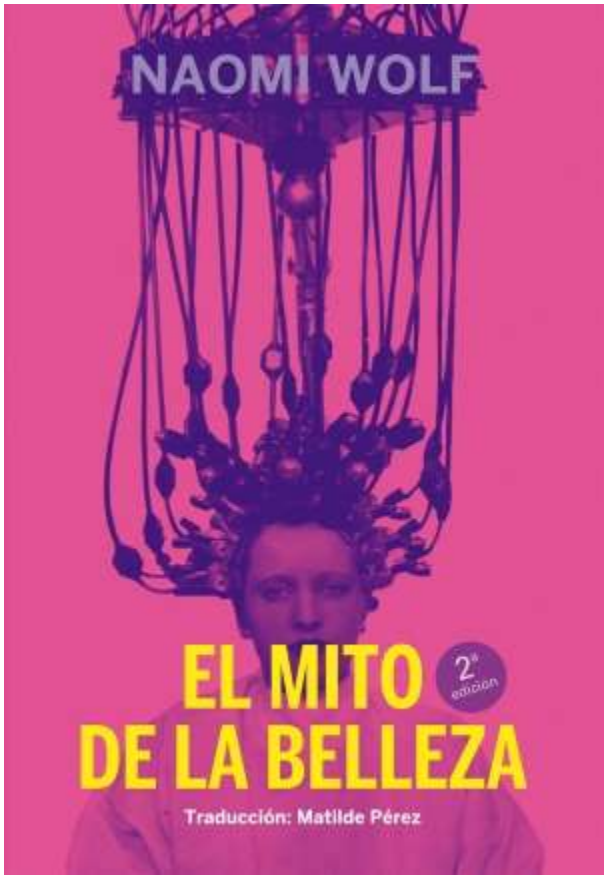
(h)amor 7

Moscoso, Mafe
9788412441673
303 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El séptimo volumen de la serie (h)amor aborda las rupturas, no solo las románticas, también en otro tipo de relaciones como las amistosas, familiares, etc.... Este libro aborda los cambios, habla de desprenderse y continuar, del tiempo compartido el tiempo para estar rotas, solas o acompañadas, desde perspectivas íntimas, políticas y feministas. Esta nueva entrega de la serie es una fiesta en la intimidad, con amigas y una manta que envuelva los malos momentos y una bebida caliente que nos temple las manos frías, es un lugar donde descansar de la exigencia de estar bien, un lugar desde el que salir de nuevo al mundo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


NAOMI WOLF
EL MITO
2ª edición
DE LA BELLEZA
Traducción: Matilde Pérez

El mito de la belleza

Wolf, Naomi
9788412087680
516 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El mito de la belleza es un ensayo clásico de la teoría feminista, escrito originalmente por Naomi Wolf a principios de la década de los 90 del siglo pasado. En él, la autora reflexiona, apoyándose en numerosos estudios e investigaciones, sobre la relación entre la liberación femenina, el avance de las mujeres y la exigencia de ideales de belleza cada vez más inalcanzables. Este «mito» de belleza, que oprime y encorseta a las mujeres, opera indistintamente en ámbitos como el trabajo, la sexualidad, la cultura y, por supuesto, la esfera privada, dando lugar a formas de violencia continuadas hacia todas aquellas que no responden a los cánones heteropatriarcales impuestos por el sistema normativo y capitalista. Con traducción de Matilde Pérez, y prólogo de Raquel Manchado.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

JESSICA FERN
UNA RED SEGURA
Apego, trauma y
no monogamia consensuada
Prólogo de Sandra Bravo
Traducción Miguel Vagalume

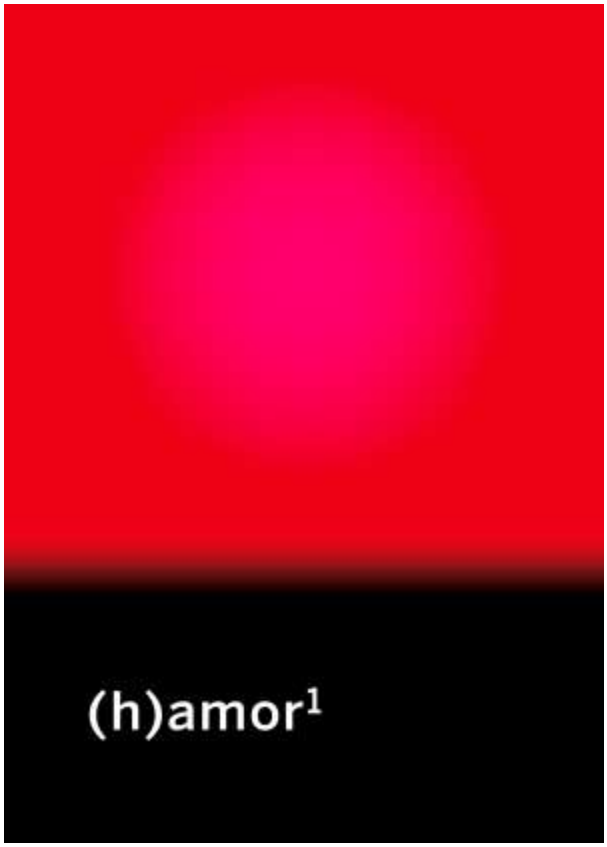
Una red segura

Fern, Jessica
9788419323026
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Este libro relaciona por primera vez la práctica de la no monogamia y la teoría del apego. La teoría del apego indaga en el tipo de relaciones que hemos tenido a lo largo de nuestra vida, especialmente durante la infancia, para tratar de entender nuestros patrones de comportamiento. Jessica Fern, lejos de patologizar a las personas no monógamas, adapta para ellas las herramientas de autoconocimiento y reparación que ofrece este modelo. Con traducción de Miguel Vagalume; y prólogo de Sandra Bravo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


(h)amor[1]

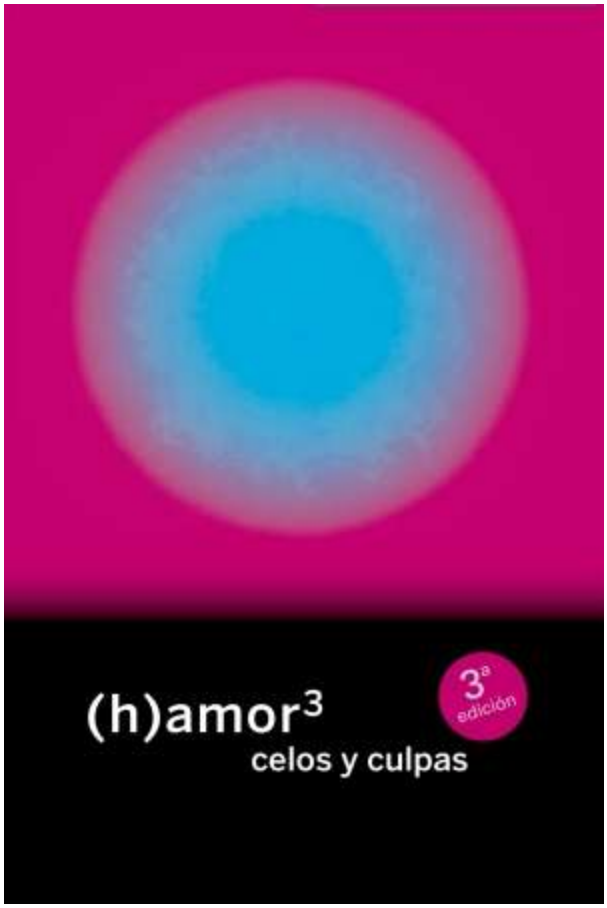
(h)amor1

Vasallo, Brigitte
9788412441635
226 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Este volumen colaborativo reúne artículos breves acerca de modos de relacionarse en lo sexoafectivo. Se trata de una lectura plural, que se presenta como una aproximación al concepto del amor, sus usos, maneras, grietas y posibilidades y que aborda temas como el poliamor, la anarquía relacional o el amor romántico. Este título, con h, paréntesis y minúscula, pretende ser solo una muestra del inabarcable y siempre cambiante abanico de formas que pueden adoptar el amor y los afectos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


(h)amor3
3ª edición
celos y culpas

(h)amor 3

Herrera, Coral
9788412441642
233 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

(h)amor 3 celos y culpas es un volumen colaborativo en el que diez autoras y autores se aproximan, desde la teoría y la práctica, a los celos y las culpas que surgen en las relaciones sexoafectivas contemporáneas. A través del análisis histórico, jurídico, o de la experiencia del poliamor, estos textos presentan algunas claves y herramientas para, desde una mirada siempre feminista, hacer frente a unas emociones propias del amor romántico, pero todavía presentes en nuestras relaciones.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)